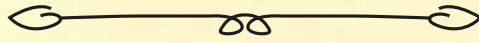


JORGE ISAACS



María

ADAPTACIÓN DE JULIO CÉSAR LONDOÑO



ALCALDÍA DE
SANTIAGO DE CALI
SECRETARÍA DE CULTURA
Y TURISMO

Construyendo hoy
la Cali del mañana

ALCALDÍA DE CALI

Jorge Isaacs



María

Adaptación de Julio César Londoño



María

© Jorge Isaacs

Adaptación de Julio César Londoño

Diseño: El Bando Creativo

Primera edición, diciembre de 2014

Impreso en Santiago de Cali, Colombia

Presentación

La tradición de publicar versiones infantiles o juveniles de los clásicos data del siglo XVIII. Gracias a ellas muchas generaciones de jóvenes han conocido *La divina comedia*, *Don Quijote*, *El viejo y el mar*, *Los viajes de Gulliver*, *La isla del tesoro* o *Platero y yo*, entre muchas otras obras literarias.

Por el Camino de Swann, circula en formato cómic, lo mismo que *Moby Dick*, *Gargantúa y Pantagruel*, *el Cid Campeador*, *Los miserables*, etc.

Michín, el gato bandido, *La pobre viejecita*, *El renacuajo paseador* y *Simón el bobito* son versiones libres de Rafael Pombo de viejas y anónimas tonadas infantiles estadounidenses. No hace mucho que Dylan Thomas reescribió *La playa de Falesá*, de Robert Louis Stevenson, y Alessandro Baricco publicó con mucho éxito su versión de la *Ilíada*, en 2004, y la leyó para la Radio Italiana.

De manera que intentar ahora adaptaciones de *María* y *El alferez real* es un ejercicio válido, una estrategia perfectamente lícita de popularización de estos libros fundacionales de la vallecaucanidad.

Como todas las adaptaciones, estas que ahora presentan la Alcaldía de Cali y su Secretaría de Cultura y Turismo, buscan la formación de nuevos públicos, seducir a otros lectores, que el libro circule con fluidez, que se reviva su lectura en las casas y en las bibliotecas; que libros escritos para los adultos de hace muchos años, puedan ser leídos con los ojos (y la impaciencia) de los jóvenes de hoy.

Podemos decir que la adaptación es a las letras lo que el ensayo de divulgación es a la ciencia. Ambos buscan poner los textos en un lenguaje más asequible para lectores no especializados.

No se trata, hay que dejarlo en claro, de hacer resúmenes, parodias ni modernizaciones de nuestros dos clásicos, sino de reescribirlos como ejercicios de actualización literaria. Para lograrlo se deben obviar repeticiones innecesarias de ciertos pasajes, cambiar algunas palabras, en especial los arcaísmos que no tengan un peso específico en la atmósfera ni en el estilo de los libros, y modificar un poco la estructura espacio-temporal de los relatos para lograr versiones más rápidas y de lenguaje más llano.

Todo esto debe hacerse conservando, en lo posible, el estilo, el melodrama e incluso algunas de las ingenuidades narrativas de los originales, para acuñar versiones que logren:

Revivir dos obras emblemáticas de la vallecaucanidad.

Inducir a los jóvenes a la lectura en general y a la lectura de estos dos clásicos en particular.

Hacer un ejercicio intercultural entre épocas a partir de nuevas lecturas de estas viejas y queridas obras.

Es por estas razones que la Alcaldía de Cali y su Secretaría de Cultura y Turismo coordinan y patrocinan las adaptaciones de *María* y *El alférez real*, un proyecto que encaja perfectamente con el eje de equidad de nuestro Plan de Desarrollo, que fortalece la identidad de los habitantes de Cali y del Valle del Cauca, y se inscribe dentro del Plan Nacional de Lectura y Escritura *Leer es mi Cuento*.

Rodrigo Guerrero Velasco

Alcalde de Santiago de Cali

Diciembre de 2014

María, un amor de mal agüero

La novela romántica necesitó de los símbolos. Isaacs no encontró otro, para *María*, que el ave negra del amor contrariado, rasante y malhumorada, del amor aplazado, del amor sumiso, del amor sin besos, del amor florido. Un amor de mal agüero.

A una obra literaria se entra por distintas puertas. La de un lector cualquiera que solo busca una buena historia. O la de un lector académico, que intenta con un método, descubrir lo que el autor no sabe de ella. La del traductor, que desde su lengua trasmigra a la del autor, para encontrarse con el alma de otra lengua. Como un editor, que busca convertir la obra en libro. O como un adaptador, que la reescribe.

Jorge Larrosa, el traductor barcelonés, apoyado en la obra de Maurice Blanchot, sostiene que el acto de escuchar la lengua en un texto, equivale a dar un paso, que en cualquier operación de lenguaje supone una traducción. “Toda lectura de un poema es una traducción que transforma la poesía del poeta, en la poesía del lector”. Cierra Larrosa citando a Octavio Paz, que da firmeza a la idea de la lectura como traducción. Pues bien: valiéndome de Larrosa, he querido reconocer en la tarea de adaptar un texto, la de alguien que hace una traducción del texto por la reescritura.

¿Qué tarea supone adaptar una novela del siglo XIX? Y más aún, un texto canónico de la historia de la literatura nacional y regional: *María*, de don Jorge Isaacs. Un primer asunto a resolver.

El proceso de adaptación—literaria, gráfica o cinematográfica—comienza en la humilde lectura del original, unas veces en voz baja, y otras, en voz alta. Una lectura de reconocimiento del terreno, de la escenificación, los recursos y el tono. Una lectura que algunos filólogos llaman “lectura lenta”. Lectura de adaptador, que permite hacerse al clima de tonos, de estructura y de luz novelesca, la del desvaído aire malva de las seis de la tarde en la sierra, con el Valle del Cauca al fondo, incendiado por la filigrana celeste de un arrebol. La paleta de Dios.

La primera vez que leí *María*, en algún momento de los años setenta, lo hice menos movido por el entusiasmo de un profesor enamorado de la novela, y más, porque la dejó de tarea. La tarea de leer un libro, aun siendo un buen libro, muchas veces desconoce los derechos del lector, aunque al sistema educativo todavía la cosa no le preocupe. Porque dice tener un intocable canon de lecturas curriculares, del que yo mismo me declaro víctima perentoria. Y como tal, debí leer lo que los maestros dijeron que debía leer, lo que a pesar de todo, aunque suene a víctima agradecida, no dejo de reconocer, porque de no haber sido por ellos, seguramente no habría leído *María* entonces. Así que mi primer tránsito por la novela, en aquellos tumultuosos y felices años setenta, fue el de un muchacho palmirano que se fatigó con las descripciones y las lánguidas escenas, y que sin embargo fue tocado por la potencia del romanticismo escrito más pulcro de la época.

La lectura de adaptador deja el texto original al desnudo, para ser recorrido en el intento de reescribirlo. Debí volver a escribir la novela sobre el cuerpo expuesto de la *María* original, más o menos como los hiperrealistas dibujan sobre la proyección de una imagen.

Introducirme al texto original a través de una operación de lectura, permitió fijar unas variables –elementos tocables– y unas constantes del original –o elementos intocables–, que le dieron marco de referencia a la labor de adaptación. La adaptación, que es una intervención en obra ajena, pone la reescritura en los límites de la obra de Isaacs. ¿Qué se puede tocar? La extensión, tanto en la descripción como en el diálogo. La velocidad, agilización de la acción evitando las digresiones. ¿Qué no se puede tocar? La historia y el tono en el que se cuenta. Una fórmula para describir el proceder sería: respeto profundo por la forma, e irrespeto creativo en el fondo. Pero las cosas para el adaptador no acaban ahí. Queda el asunto de su relación con el personaje, que termina siendo tan suyo en la reescritura, como lo fue del autor en la original. Ignoro si una relación tal pueda ser comparable a la del actor con su personaje, o a la del cuentista con su narrador. Meterse en *María* o dejar que *María* se meta en uno. El segundo asunto a resolver.

Dejar que la obra sea en el lector y que el lector sea en la obra, sería una buena opción filológica, pero insuficiente. Dejar que la obra “sea” en el adaptador, es darle las riendas al autor para que guíe la adaptación, de donde saldrán seguramente versiones sumisas, sin luz propia, que apenas se arriesgan a cautos maquillajes. Como ha sucedido a todos los adaptadores cinematográficos de las obras de García Márquez. “Ser” en la obra, por el contrario, supone entrar con derechos de lector, derecho al corte, al cambio y a la acentuación, como en la adaptación de García Márquez de *María* para televisión en la serie que dirigió Lisandro Duque.

Los límites de la adaptación son los mismos de la novela. Una trasgresión de linderos argumentales, dentro de los cuales se da cuenta de un mundo contenido en la historia; o la voz que le da

forma literaria, daría a la adaptación el carácter de un mutante. Y desde luego, nunca busqué hacer una novela mutante de *María*, que sería tan interesante como la mutante de Madame Bovary o la de Ana Karenina. Busqué trabajar dentro de los límites de la voz y la luz de Jorge Isaacs. Incurro ahora en un lugar común de los prólogos, para decir que serán los lectores los que juzguen si conseguí el propósito, o si apenas hice un ejercicio de estilo. En cualquier caso, lo importante es que se logre el objetivo de esta adaptación: que *María* vuelva a ser leída y amada.

¿Por qué adaptar a *María*? Por las mismas razones que esgrimen los adaptadores para cine: para recrearla en un intento de preservación patrimonial de la literatura. Me embarqué en la larga tarea de adaptación, solo para que *María* tenga nuevos lectores. Una especie de *Isaacs reloaded*, que seduzca lectores del siglo XXI, con el gancho del romanticismo rural decimonónico, de esclavos felices, patrones buenos, judíos conversos, cacerías de tigre, tiernos erotismos de sofá, generosos buñuelos y chocolate de bola.

La adaptación es otra obra, desde luego, pero lo es dentro de los límites del alma literaria original. La reescritura siempre danzó al mismo ritmo y con la misma melodía que le dieron identidad y soberanía, como obra, a nuestra *María*.

Creo que los nadaistas fueron muy ingeniosos cuando rodaron su versión de *María*. El ave negra, un crudo y sobreactuado simbolismo, tenía que haber sido baleado. Así nada puedan Efraín y María contra el destino de un amor de mal agüero, también me hubiera gustado hacer que Efraín agarrara su escopeta inglesa, saliera al jardín de los rosales, apuntara y disparara contra el cuervo del paraíso.

Julio César Londoño

A los hermanos de Efraín:

He aquí la historia del adolescente al que amaste y ya no existe. Sé que han esperado mucho tiempo estas páginas. Aunque después de escritas me han parecido pálidas e indignas de ser ofrecidas como prueba de gratitud y afecto. Ustedes saben lo que dijo aquella noche terrible, al entregarme el libro de sus recuerdos: “Lo que ahí falta tú lo sabes: podrás leer hasta lo que mis lágrimas han borrado”. Léanlas y si suspenden la lectura para llorar, su llanto me probará que he cumplido.

I

Era niño cuando me alejaron de mi casa paterna para enviarme a estudiar en Bogotá. La noche antes de mi partida, después de la velada, entró al cuarto mi hermana, y sin decirme nada, en medio de sollozos, cortó un mechón de mi cabello.

Esos cabellos robados a una cabeza infantil, aquella precaución del amor contra la muerte, delante de tanta vida, me estremeció. Me dormí llorando, lleno de miedos, como si presintiera las tragedias que me deparaba el futuro.

A la mañana siguiente, mi padre tuvo que arrancarme de los brazos de mi madre. Mis hermanas me llenaron de besos. María balbuceó su despedida juntando su mejilla a la mía. ¡Estaba helada!

El golpe de los cascos de los caballos en el sendero ahogaron mis últimos sollozos. Y el rumor del Zabaletas murió. Desde la colina que nos servía de mirador, volví la mirada y vi a María bajo las enredaderas de las ventanas del cuarto de mi madre.

II

Seis años después, durante los últimos días de un agosto, regresé al valle. Era la última jornada del viaje, y gozaba de la mañana. El cielo azul pálido; sobre las crestas de las montañas vagaban nubecillas doradas, como las gasas de una bailarina. Hacia el sur flotaban las nieblas que durante la noche habían arropado los montes. Mis ojos se fijaban en los sitios medio ocultos al viajero por los guaduales; los perfumes del valle eran tan gratos y el canto de aves sin nombre traía armonías dulces a mi corazón. Estaba mudo ante tanta belleza, algunas de mis estrofas conservaban algo de ella. Cuando en un salón de baile nos encontramos con quien hemos soñado a los dieciocho años, su voz enmudece las otras voces; entonces nuestra voz se hace impotente, nuestros oídos no escuchan y la mirada no puede seguirla. Pero cuando horas después, recobrados, percibimos su acento, descubrimos que remeda aquel canto. Las grandes bellezas no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas: es necesario que vuelvan al alma débilmente reproducidas por la memoria infiel.

Antes de que el sol se pusiera, vi sobre la falda de la montaña la casa de mis padres. Al acercarme, contemplé a través de los sauces y los naranjos las luces de las habitaciones y respiré el olor inolvidable del huerto de mi infancia.

Las herraduras de mi caballo sacaron chispas en el empedrado del patio. Oí un grito indefinible; entonces mi madre vino a abrazarme. Traté de reconocer en las mujeres que veía, a mis hermanas, que dejé niñas. María se ruborizó intensamente cuando rocé con mi brazo su talle.

III

A las ocho nos sentamos al comedor, en la parte oriental de la casa. Los aromas de los rosales danzaban en el aire, mientras a través del viento se filtraba el rumor distante del río.

Mi padre ocupó la cabecera, me hizo sentar a su derecha; mi madre a la izquierda; mis hermanas y los niños se situaron indistintamente, y María frente a mí.

Mi padre, encanecido, me sonreía con una dulzura que jamás he visto en otros labios. Mi madre hablaba poco, aunque sé que era la más feliz de todos. Mis hermanas querían que yo probara las colaciones y las cremas.

María me ocultaba sus ojos; los más brillantes y hermosos que cupieran a una mujer de su raza. Dos o tres veces se encontraron de lleno con los míos; sus labios, rojos y húmedos, insinuaban el velado esplendor de su dentadura. Llevaba, como mis hermanas, su pelo castaño oscuro recogido en dos gruesas trenzas, en cuyo nacimiento florecía un clavel encarnado. Vestía un traje de muselina, casi azul. Un pañolón de algodón púrpura le ocultaba el seno, casi hasta el blanquísimo cuello. Suspiré con el delicioso envés de sus brazos y sus manos regiamente cuidadas.

Concluida la cena, los esclavos levantaron los manteles; uno rezó el Padrenuestro y los amos completamos la oración.

Quiso mi madre que viera el cuarto que me había destinado, y mis hermanas y María no quisieron perderse el efecto que me causaría el esmero con que había sido adornado. Estaba situado en el extremo del corredor principal, su única ventana, abiertas las hojas y las rejas, permitía que las floridas ramas de los rosales, que engalanaban la mesa, junto con azucenas, lirios, claveles y campanillas moradas del río, penetrasen regalándome su

insondable perfume. Las cortinas del lecho eran de gasa blanca y lucían atadas con cintas anchas; cerca de la cabecera estaba la Dolorosa, que había engalanado mis altares siendo niño. Había algunos mapas, asientos cómodos y un hermoso juego de baño.

—¡Qué bellas flores! —exclamé.

—María recordó cuánto te agradaban —observó mi madre.

—María —dije— sácalas, son nocivas mientras se duerme.

—¿Verdad? —respondió ella—, mañana te las repondré.

¡Qué dulce era su acento!

—¿Hay tantas?

—Muchísimas, se repondrán todos los días.

Mi madre me abrazó, Emma tendió su mano, y María abandonó la suya, un instante entre las mías, y sonrió como cuando era la niña de mis amores infantiles, en el instante fugaz en que su rostro se iluminó con la luz de una virgen de Rafael.

IV

Dormí tranquilo, como cuando en la niñez lo hacía tras escuchar los cuentos del esclavo Pedro. Soñé que María entraba a cambiar las flores, y que al salir rozaba las cortinas de mi lecho con su falda.

Cuando desperté, las aves revoloteaban entre los follajes de los naranjales y los pomarrosos. Los azahares inundaron la estancia y la voz de María penetró dulce, como una voz de niña, pero más grave, y lista a entregarse a las modulaciones de la ternura y la pasión. ¡Cuántas veces en mis sueños su acento llegó hasta mi alma! ¡Y cuántas veces mis ojos han buscado en vano aquel huerto donde la vi una lejana mañana de agosto!

La niña cuyas inocentes caricias habían sido todas para mí, no será ahora la compañera de mis juegos. Mientras cavilaba me vestí, abrí la ventana y divisé a María en una de las calles del jardín, acompañada de Emma. Llevaba un vestido más oscuro que el de la víspera, su cabellera suelta le ocultaba su espalda y su pecho. Ambas iban descalzas. Llevaban vasijas de porcelana que iban llenando de rosas abiertas durante la noche. Reían, entonces Emma me vio, y luego María, que sin pensarlo se precipitó de rodillas para ocultarme sus pies. Con seguridad las hijas de los patriarcas nunca fueron más hermosas cuando recogían flores para sus altares.

Pasado el almuerzo, me llamó mi madre al costurero.

Emma y María bordaban junto a ella. María volvió a sonrojarse.

Emma no cesaba de preguntarme mil cosas sobre Bogotá; me pidió que le hablara de los bailes espléndidos, de los vestidos de moda, de las mujeres de la alta sociedad. Todas escuchaban sin

abandonar sus labores. María me miraba de reojo. Y se le iluminaron los ojos cuando mi madre propuso que les diese a las muchachas lecciones de gramática y geografía, materias de las que apenas tenían nociones. Convinimos que comenzaríamos pasados ocho días.

Más tarde me avisaron que el baño estaba listo. Un pabellón situado bajo un corpulento naranjo, agobiado de frutos maduros en un estanque de cantera bruñida, sobre cuyas dulces aguas sobrenadaban legiones mustias de rosas frescas; las mismas que en la mañana María había recogido.

V

Pasados tres días de la llegada, mi padre me invitó a visitar sus haciendas del valle. Bien sabía él de mi interés en favor de sus empresas. Mi madre nos pidió que regresáramos pronto y mis hermanas entristecieron. Aunque María no dijo nada, no dejó de seguirme con súplica muda, mientras hacíamos los preparativos.

En mi ausencia, mi padre había mejorado sus propiedades. Una fábrica de azúcar, fanegadas de caña, dehesas de ganado vacuno y caballar, cebaderos y casas de habitación. Los esclavos iban bien vestidos y se les notaba contentos, hasta donde es posible estarlo en servidumbre; se veían sumisos y afectuosos para con su amo.

Hallé entre los esclavos a los que de niño me habían enseñado a poner trampas a las chilacoas y guatines. Solamente a Pedro, el buen amigo y fiel ayo, no encontré: él había llorado junto al caballo el día de mi partida para Bogotá, diciendo: "Amito mío, ya no te veré más".

Mi padre, sin dejar de ser amo, daba un trato cariñoso a sus esclavos, se mostraba celoso de la conducta de sus esposas y acariciaba a los niños.

Una tarde regresábamos de las labranzas a la fábrica, mi padre, Higinio (el mayordomo) y yo. Ellos hablaban de trabajo, yo pensaba en mi infancia. En el olor de los bosques recién derribados y las piñuelas, la algarabía de los loros, el tañido lejano del cuerno de algún pastor, los arreboles vistos a través de los cañaverales. Recordé la tarde en que, abusando de alguna licencia de mi madre, mis hermanas, María y yo nos divertíamos recogiendo guayabas, sacando nidos de piñuelas y espiando polluelos de

perico. Al encontrarnos con un grupo de esclavos, dijo mi padre a un joven negro:

—¿Entonces qué?, Bruno. ¿Todo lo del matrimonio arreglado para pasado mañana?

—Sí, mi amo.

—¿Quiénes son los padrinos?

—Doña Dolores y don Anselmo, si su merced quiere.

—Remigia y tú estarán bien confesados, ¿no?

—Sí, mi amo.

—¿Compraste todo lo que necesitan con el dinero que mandé?

—Todo está ya, mi amo.

—¿Y qué más necesitan?

—Su merced verá.

—El cuarto que te ha dado Higinio, ¿es bueno?

—Sí, mi amo.

—¡Ah! Y el baile...

Bruno rio.

—Es justo, te portas muy bien. Arregla todo para el baile —agregó dirigiéndose a Higinio— para que todos queden bien contentos.

—¿Y sus mercedes? —preguntó Bruno.

—Nosotros —le respondí— nos damos por convidados.

En la madrugada del sábado se casaron Bruno y Remigia. Esa noche montamos para ir al baile. Cuando llegamos, Julián, el esclavo capitán de cuadrilla, salió a tomarnos el estribo y a recibir nuestros caballos. Estaba con su vestido de domingo y su machete de guarnición plateada. Una sala de nuestra antigua

casa había sido desocupada y rodeada de tarimas. Los músicos y “cantaores”, mezcla de esclavos y manumisos, permanecían cerca de una de las puertas. Había dos flautas de caña, un tambor, dos alfandoques y una pandereta. Las voces de los negros entonaban bambucos; había en sus cantos una combinación de melancólicos, alegres y ligeros acordes; aunque los versos eran sencillos, un hombre culto hubiera escuchado en éxtasis aquella música semisalvaje. Penetramos en la sala con zamarros y sombreros. Bailaban Remigia y Bruno; ella con follao de boleros azules, tumbadillo de flores rojas, camisa blanca bordada de negro, gargantilla y zarcillos de cristal rubí. Bruno, con su ruana de hilo, calzón de manta, camisa blanca, y un *cabiblanco* nuevo a la cintura, zapateaba con destreza.

Pasada la “mano” –cada pieza de baile–, tocaron un bambuco para el amo. Remigia, animada por su marido y por el capitán, bailó con mi padre sin atreverse a levantar los ojos. Una hora después nos retiramos.

Quedó mi padre contento con mi actitud durante la visita a las haciendas. Le dije que en adelante quería participar del trabajo, siempre a su lado. Pero él dijo que tenía otros planes para mí, quería cumplirme la promesa de enviarme a Europa a estudiar Medicina, a más tardar dentro de cuatro meses. Era su resolución irrevocable.

Empezaba a anochecer en el camino de la sierra. El resto del camino lo hicimos en silencio.

La noticia del viaje arruinó la felicidad que me embargaba por volver a ver a María.

VI

¿Qué había pasado en aquellos cuatro días en el alma de María?

Me acerqué a saludarla recién desmontamos de los caballos, la había echado de menos. Estaba pálida, y alrededor de sus ojos flotaba una sombra casi imperceptible. Miré a mi madre. En el nacimiento de una de las trenzas, María tenía un clavel marchito, el que yo le había dejado. Llevaba la crucecilla de coral que yo le había regalado. Estaba muy silenciosa.

—¿Te afectó el viaje? —preguntó inquieta.

—No. Solo que he recibido mucho sol... y hemos andado tanto.

No podía más que mirarla, con una indiscreción que la ruborizaba. Como mi padre nos miraba con malicia, dejé el salón, me encerré en mi cuarto y olí con fruición las rosas que había cortado para mí.

VII

Cuando mi padre estuvo la última vez en las Antillas, su primo Salomón acababa de enviudar. Muy jóvenes habían venido juntos a Sudamérica. En uno de los viajes, mi padre se enamoró de la hija de un español, capitán de barco, que tuvo que tomar las armas en 1819 para defender la corona española y terminó fusilado en Majagual, el 20 de mayo de 1820.

Como la muchacha era católica, su familia le exigió a mi padre que renunciara a la religión judaica, condición que mi padre aceptó sin problema y se hizo cristiano a los veinte años de edad.

A Salomón, su esposa le dejó una niña de tres años. Mi padre se ofreció como responsable de crianza de la niña, y le sugirió que la bautizara y se la dejara para que el pudiera marcharse a la India, viaje que, según los cálculos de Salomón, mejoraría su espíritu adolorido y remediaría su pobreza. “Las cristianas son dulces y buenas –le dijo Salomón– y si el cristianismo ofrece el alivio que tú me has dado, lo mejor es que la hagas cristina. No lo digas a nuestros parientes; ah, y por favor, cuando vayas a bautizar a Ester, ponle María”.

Mientras navegaban en la goleta que los traía a la Nueva Granada, Salomón entró al camarote de mi padre llevando a Ester en sus brazos, y se la entregó deshecho en llanto.

Cuando mi padre regresó yo tenía siete años. Recuerdo que ni miré qué me había traído, por admirar a esa muchachita dulce y sonriente. Mi madre y mis hermanas se enloquecieron con esa muñeca. Mi padre se la entregó a mi madre y le dijo:

—Es la hija de Salomón.

Una tarde, seis años después, al pasar por su habitación lo oí sollozar. Al entrar lo encontré echado de bruces sobre el escritorio, destrozado. A su lado, mi madre también lloraba. Sobre la mesa, una carta con sellos de Kingston que daba cuenta de la muerte de Salomón.

Pocos sabían entonces que María no era hija de mis padres. Hablaba bien nuestro idioma, era amable, viva e inteligente. Ya había llegado a los nueve años. Tenía una cabellera abundante, castaño claro. Los ojos parleros. Fue la imagen que me llevé de ella cuando abandoné la casa paterna.

VIII

Emma llamó a mi puerta para que fuera a comer. Me lavé la cara y me cambié la camisa.

María no estaba en el comedor. Mi padre preguntó por ella, Emma la disculpó diciendo que había tenido dolor de cabeza y se había acostado. Hablé con aparente entusiasmo de las mejoras que había encontrado en las fincas. Mi padre se retiró temprano; Emma y mi madre se levantaron para ir a acostar a los niños y ver cómo estaba María.

Y aunque Emma regresó al comedor, aquella noche no tuvimos sobremesa. Felipe y Eloísa me insistieron para jugar a los naipes, pero yo no tenía ánimo de nada.

Una vez en la intimidad, creí adivinar la molestia de María. Recordé la manera abrupta como abandoné el salón tras la llegada y la forma, tal vez brusca, como le contesté. Dudé del amor de María. Me sentí indigno de su belleza inocente. Pecador... Incestuoso. Fue tal mi consternación, que pensé con placer en mi próximo viaje.

IX

Me levanté apenas amaneció. Las selvas del valle se veían como a través de un vidrio azulado. Cabañas blancas. Los penachos de las chimeneas de sus cocinas. Al frente de mi ventana, los rosales y los follajes del huerto, y aunque todo era muy vivo, me pareció muy triste.

Me eché la escopeta al hombro, hice una señal a Mayo y tomé el camino a la montaña. A medida que penetraba sentí una insólita frescura. Las garzas apenas se levantaban, bandadas de loros surcaban los maizales vecinos y el pájaro diostedé emitía su triste canto.

Bajé a la vega del río por el camino que tantas veces durante mi vida había recorrido. Caminé hasta donde las aguas se precipitan en un salto. Me detuve en el puente. Mayo ladró. Tomamos la ribera y cruzamos el río por el sendero que lleva a la cabaña del viejo José. Desde el campo sembrado de legumbres, divisé la cabaña. Algunas vacas bramaban a la puerta del corral. Las aves domésticas corrían nerviosas. Entonces escuché nítido el grito del pajarero, que con su honda espantaba las guacamayas hambrientas que hacían fiestas en el maizal.

Los perros del antioqueño ladraron. Mayo, temeroso, se me acercó. José salió a recibirme, con el hacha en una mano y el sombrero en la otra. Me hizo seguir a la sala, perfectamente barrida; se veían aquí y allá esteras de junco y pieles de oso, algunas estampas de santos clavadas en las paredes sin blanquear. A lado y lado, las alcobas. Atrás, la cocina, levantada en caña menuda. Y a su lado un pequeño sembrado de perejil, manzanilla, poleo y albahacas.

Las muchachas, Lucía y Tránsito, llevaban faldas de zaraza morada y camisas blancas con golos de encaje. Eran un manojito de timidez hasta que José las animó.

¡Acaso no es el mismo niño Efraín, aunque venga del colegio sabido y mozo!

Poco a poco fueron entrando en confianza, reímos, recordaron nuestros juegos infantiles. José lucía viejo, iba sin barba y su rostro tenía un aire bíblico. Sus cabellos estaban casi completamente blancos. Tenía la frente ancha y la sonrisa generosa. Luisa, su mujer, conservaba en sus maneras y en el vestido el modo de la cultura antioqueña.

Luego, en el río, José me habló de sus siembras y de cacerías. Al regreso encontré un provocativo almuerzo con sopa de mote y arepas doradas. Los únicos cubiertos de la casa estaban cruzados sobre mi plato, blanco con orillo azul. Mayo se sentó a mis pies.

Cerramos el almuerzo con un vaso de leche, tras lo cual José y yo salimos a recorrer el huerto. Admiró mis conocimientos sobre las siembras y volvimos a la casa una hora más tarde, a tiempo de despedirme y emprender el regreso.

A todos les dejé algo: al viejo, un cuchillo de monte, a Tránsito y Lucía, rosarios benditos, y a Luisa, un relicario.

X

Caminando de regreso no pude más que evocar a María. La soledad del bosque tropical, las flores, las aves y el río, todo me hablaba de ella. La escenografía era perfecta, solo faltaba ella. Aspiraba el perfume de las azucenas silvestres y volvía a pensar en ella.

Apenas llegué a casa fui hasta el costurero, donde María se encontraba con mi madre. Mis hermanas habían ido al río. María bajó los ojos sobre la costura. Mi madre se alegró.

—Ya habíamos enviado a alguien a buscarte. Se ha hecho tarde.

María levantó los ojos, se fijó en el ramo de azucenas que yo traía. Pero por un temor inexplicable o por un respeto a mi madre, no fui capaz de ofrecérselo. Qué preciosas se habrían visto las azucenas en sus cabellos.

Cuando entré a mi cuarto no vi una sola flor. Me molestó tanto, como si hubiera encontrado una víbora en el lecho. Así que no me amas, me dije. Y ahora qué hago con este estúpido ramo. Lo besé, como si estuviera despidiéndome, y lo arrojé por la ventana.

XI

Hice esfuerzos para mostrarme jovial. En la mesa hablé con entusiasmo de las mujeres hermosas de Bogotá. Mi padre se complacía oyéndome. Eloísa habría querido que la sobremesa durase hasta la noche. María estuvo callada. Al final de la conversación, jugó con la cabellera de Juan, mi hermano de tres años, y luego, sin más, se incorporó y salió con el bebé al jardín.

El resto de tarde y durante la noche ayudé a mi padre en los trabajos de escritorio. A las ocho, cuando las mujeres terminaron sus rezos, llamaron a cenar. Al sentarnos, me sorprendió ver a María ataviada con azucenas en la cabeza. No pude evitar contemplar indiscretamente su rostro bellísimo y el aire de dulce resignación. Era la mujer con la que había soñado, aunque se mostraba resignada ante mi desdén. Divinizada por la resignación, llegué a sentirme indigno de mirarla. Mi padre se percató de mi turbación.

—Hermosas azucenas, pero no creo haberlas visto en el jardín —dijo dirigiéndose a María.

María trató de disimular su desconcierto y respondió con voz casi imperceptible.

—De estas... solo se encuentran en la montaña.

—¿Y quién las ha enviado? —preguntó mi padre.

Aunque la turbación de María era insostenible, respondió con acento firme.

—Efraín botó unas al huerto pero me parecieron tan raras y preciosas, como para que se perdieran.

—María —dije—, de haber sabido que te gustaban tanto, te las habría guardado... aunque si quieres que sea sincero, me parecen menos bellas que las que ponen en el florero de mi mesa.

Comprendió la causa de mi resentimiento, y me lo confirmó con su mirada. Temí que todos oyeran el latir acelerado de mi corazón. María estaba sentada junto a mí. Después de haber vacilado mucho, le dije.

—Eran para ti...

Ella balbuceó algo y dejó que su mano rozara la mía bajo la mesa. Se mantuvo en silencio y sus ojos huyeron de los míos. Unos instantes más tarde se incorporó y dijo:

—Entonces recogeré todos los días las flores más lindas...

Y desapareció. María ignoraba el lenguaje mundano del amor; pero se dobló frente a la primera caricia, como la adormidera bajo el ala de los vientos. Le había confesado mi amor, ella me había animado a hacerlo, humillándose, como si fuera una esclava, recogiendo las flores que yo había arrojado. Su voz persistió nítida en mi oído: "Entonces recogeré todos los días las flores más lindas".

XII

La luna llena difundía una nocturna claridad hasta el fondo del valle. La imaginé descalza, en medio de los rosales. Me preguntaba si había llegado la hora de decirle que la amaba ¡Mañana! Me prometí.

Y fue ella, la que sin saberse cómo, se me presentó recién bañada, la cabellera húmeda, a medio rizar, con una sonrisa castísima de felicidad. Su mirada tenía un brillo apacible. Al acercármele sentí estar quemándome con la luz de su belleza.

Le hablé, sí le hablé, pero del deseo que había manifestado, con mis hermanas, de hacer estudios elementales. Ella dijo sí, sí, y se decidió que ese mismo día empezaríamos.

Convertimos un ángulo del salón principal en estudio, desclavamos los mapas de mi cuarto; desempolvamos el mapamundi; y despejamos de adornos dos consolas. Y convinimos en reunirnos dos horas diarias, durante las cuales les explicaba la geografía, un capítulo de la historia universal y, desde luego, la lectura en voz alta, del *Genio del Cristianismo*.

Todo lo que yo decía quedaba grabado en la memoria de María, su comprensión se adelantaba a mis explicaciones. Emma, que había descubierto el secreto de nuestro enamoramiento, se complacía con nuestra felicidad. Debió percatarse de mi mirada azul, definitiva. Habría visto temblar la mano de María, cuando yo dejaba que la mía rozara la suya, mientras buscábamos un lugar en el mapa. O cuando bajo la mesa, su pie y el mío se tocaban fugazmente, o cuando se inclinaba sobre el libro, rozando mis cabellos, y acto seguido, se enderezaba pudorosa.

Había veces que los oficios domésticos reclamaban a Emma, quien debía apartarse de la clase por momentos. Entonces, a

solas con María, mi corazón se desbocaba, y ella, lánguida, risueña, abandonaba a mi mano una de las suyas y su palabra se hacía lenta, profunda, sonora. Jamás he vuelto a oír palabras como aquellas, porque pronunciadas por otros labios no son las mismas, y escritas en estas páginas carecen de sentido. Pertenecen a un idioma, del cual hace años, no viene a mí ni una frase.

XIII

Las páginas de Chateaubriand dejaron huellas de fuego en la imaginación alada de María. Cristiana y llena de fe, se regocijaba al encontrar la misma belleza literaria de los libros del culto católico. Su alma revolvía los colores del mundo para retocar el azul del cielo, el verde de la pradera, el indómito transparente del aire y una catarata de fuego poético, don del cielo, la iluminaba, como a los hombres y a las mujeres, capaces de dar un nuevo brillo al semblante del rostro humano. Los pensamientos del poeta habían sido acogidos por ella, los que ahora volvían a mí corazón, como eco recién inventado de armonías lejanas.

Una tarde manchada con nubes violeta y lampos de oro pálido, sentados los tres sobre una ancha piedra desde donde veíamos la honda vega, les leí un episodio de *Atala* a Emma y María. Abandonadas al curso de la historia, estaban extasiadas con el tránsito melancólico de la voz que “hace llorar al mundo”. Mi hermana, apoyando su brazo en uno de los míos, y la cabeza casi unida a la mía, seguía las líneas. María, medio arrodillada junto a mí, se desvanecía en un trance con los ojos aguados. Ocultó el rostro mientras les leía la despedida de Chactas sobre el sepulcro de su amada, pasaje que tantas veces me había conmovido: “¡Duerme en paz en extranjera tierra, joven desventurada! En recompensa de tu amor, de tu destierro y de tu muerte, quedas abandonada hasta del mismo Chactas”.

En un momento María dejó de escucharme, descubrió su cara y dejó que se precipitaran sin rubor las lágrimas. Nunca la vi tan bella, mucho más que la creación del poeta.

Nos dirigimos en silencio a la casa. Mi alma y la suya habían sido conmovidas por la lectura... y por los presentimientos...

XIV

Tres días más tarde, al bajar de la montaña, noté algún sobresalto en los esclavos. Mi hermana me contó que María había sufrido un ataque nervioso y que estaba sin sentido. Sin precaución alguna, me precipité a su alcoba. Se hallaba mi padre adusto, mi madre compungida, que seguramente sabiendo de mi amor, me compadeció. Permanecí inmóvil, contemplándola, sin decir nada. Estaba como dormida, su cara cubierta de una palidez cetrina, que se me antojó mortal, y un ligero sudor le humedecía las sienes.

Comprendió mi padre mi sufrimiento, así que se puso de pie, tomó el pulso de María y dijo:

—¡Pobre niña! Es el mismo mal de su madre.

Yo sabía que su madre había muerto de epilepsia, así que olvidándome de todos, le tomé una de las manos y la bañé con mis lágrimas. De repente sentí que había empezado a respirar con regularidad, sus labios se esforzaron en decir algo ininteligible, al fin percibí que era mi nombre. Abrió sus ojos y me miró con un suave fulgor herido.

¿Qué me ha pasado? —dijo dirigiéndose a mi madre.

No es grave, tranquilízate.

—Yo lo temía —musitó María y se quedó sumida en su tristeza pálida.

Volví por la noche a verla, cuando mi padre lo permitió. Estuve en silencio contemplándola largo rato.

—Hasta mañana —dijo ella acentuando la última palabra.

XV

Cuando salí al corredor un viento oscuro azotaba los sauces. Relámpagos indómitos refulgían sobre el fondo del valle.

Me apoyé en una de las columnas, sin sentir la lluvia. Quería volver a verla en noche silenciosa. Y sin sentido del tiempo, percibí que de la oscuridad salía algo que rozó con delicadeza mi frente.

Al alejarse, alcancé a verla, era un ave negra.

Cuando regresé a mi cuarto estaba helado; las rosas marchitas; sentí un viento enclaustrado que apagó la lámpara y de lo profundo de la alta noche un trueno se desgajó como un gigante despeñado.

Acababa de dar las doce el reloj del salón. Sentí la voz de mi padre al otro lado de la puerta.

—Levántate —gritó.

—¿Qué pasa?

—María sigue mal.

Abrí la puerta, él dijo que el acceso le había repetido.

—Juan Ángel te está ensillando el retinto. Ve donde el doctor Mayn que está en la otra hacienda, y lo traes.

Monté y como una centella herrada descendí hacia el valle buscando el camino a la otra casa, tres leguas más allá. Era tal mi impaciencia que a pesar de que el caballo volaba, yo lo sentía pesado.

La llanura arrollada por un huracán parecía ir alejándose a medida que avanzaba. Los cascos del caballo chispeaban sobre

las piedras. Y lo hacía tan rápido que ya no veía las cabañas de Santa Elena, y dejé de oír los ladridos de los perros.

El Amaimé bajaba crecido, su estruendo me llegaba anticipado. Había hecho dos leguas en una hora. Clavé las espuelas en los ijares, el caballo resoplando entró como viento a las aguas crecidas, pero sobrecogido por un terror invencible, retrocedió girando sobre las patas. Le acaricié el cuello y las crines, lo aguijoneé de nuevo, levantó las manos, pidió toda la rienda y se soltó. Lo abandoné a la creciente, el agua lo cubrió todo, las olas se encrespaban alrededor de mi cintura. Traté de hacerle dar una curva hacia la línea de corte, porque de la parte baja de la ladera era imposible llegar al otro lado. Con la última de sus fuerzas vadeó la corriente y tomó por el camino a la hacienda. Una de las cinchas se había reventado.

Un cuarto de legua más allá atravesé el Nima y dejé la pampa de Santa Rita. Eran las dos de la madrugada cuando desmonté a la puerta de la casa donde se alojaba el doctor Mayn.

XVI

El mismo día el doctor Mayn dejó completamente restablecida a María. Dijo que no había peligro alguno. Una vez el médico salió de la habitación, ella se puso a trenzar sus cabellos frente a un espejo que mi hermana sostenía entre almohadones.

—Estas no son ocupaciones de enferma, ¿verdad? —dijo ruborizada— Ya estoy bien, ¿verdad?

—Más bella que ayer —respondí.

—Espero no volver a causarte viajes tan peligrosos, como el de anoche.

—En ese viaje no hubo peligros —le respondí.

—¡El río, sí, el río! Yo pensé en eso y tantas cosas que podían sucederte por causa mía.

—¿Un viaje de tres leguas? ¿A eso llamas peligro?

—Te has podido ahogar, lo dijo el doctor, estaba sorprendido.

—No lo haría sin tu permiso...

—... Antes de tomarme el pulso, ya hablaba de eso. Dijo que al regreso tuvieron que esperar dos horas a que bajase el río.

—El doctor a caballo es un tullido, y su mula no es como mi caballo.

—El hombre que vive en la casita del paso —interrumpió María— dijo que no se explicaba cómo no se había ahogado el jinete que anoche se botó al río... ¡Ay! No, no, no quiero volver a enfermarme.

—Él me ha dicho que no dejará pasar dos días sin venir a verte.

—Entonces no tendrás que hacer otro viaje de noche. ¿Qué habría hecho si...

—¿Me habrías llorado? —agregué sonriendo.

Me miró sin responder.

—¿Puedo morir en cualquier momento convencido de que tú...?

—¿De qué?

Y adivinando lo demás en mi mirada, respondió.

—¡Siempre, siempre! —añadió casi en secreto.

—Y yo...

—Tengo cosas muy tristes que decirte —continuó— que son la causa de mi enfermedad. Cuando estabas en la montaña oí que papá le decía a mamá que mi madre había muerto de un mal cuyo nombre no alcancé a oír, y que tú estás destinado a hacer una carrera, y que yo... ¡Ah! no sé si es cierto lo que oí... ¿Será que no merezco que seas como eres conmigo?

Soltó dos velados lagrimones que rodaron sobre los cojines de seda.

—No lo pienses, no lo digas —le dije— te lo suplico.

—Pero sí lo he oído, luego fue cuando no supe de mí...

—Mira, te lo ruego... yo... ¿Quieres que te prohíba hablar más de eso?

Mientras estrechaba su mano entre las mías oí que alguien se acercaba.

A la hora de la cena, estábamos en el comedor mis hermanas y yo esperando a mis padres, que tardaban. Por fin se les oyó hablar en el salón. Mi padre entró con el rostro de quien ha librado

un combate moral. Mi madre pálida, como un lirio, pero sin hacer el menor esfuerzo para mostrarse tranquila, dijo al desgaire.

—José estuvo esta mañana para convidarte a una cacería, prometió volver mañana temprano. ¿Sabes si es cierto que se casa una de sus hijas?

—No sé —observó distraídamente mi padre.

—Se trata de una cacería de osos —respondí.

—¿De osos? ¡Qué! ¿Cazas tú osos? —me preguntó él.

—Sí, es divertido, ya lo hemos hecho otras veces.

—En mi país —repuso mi padre— te tendrían por un bárbaro o por un héroe.

—Es menos peligrosa que la de venados...

Mi padre nos contó cómo se cazan ciervos en Jamaica, y de lo aficionado que había sido Salomón a eso.

Tras la sobremesa mi padre dijo:

—Tu madre y yo tenemos que hablar algo contigo, ven luego a mi cuarto.

Cuando, más tarde, entré a la habitación de ellos, mi padre escribía dando la espalda a mi madre, quien se hallaba sentada en su butaca.

—Siéntate Efraín —dijo él, dejando de escribir y mirándome por encima de los espejuelos.

Cerró el libro de cuentas, acercó un asiento y me habló en voz baja:

—Le he pedido a tu madre que esté con nosotros, porque se trata de un asunto grave.

Se levantó y fue hasta la puerta para cerrarla y botar el cigarro.

—Hace tres meses que estás con nosotros. Hay que esperar todavía a que A... emprenda su viaje a Europa, tú irás con él. Es bueno para nosotros tenerte después de seis años de ausencia, veo que es el estudio lo que te interesa. Estoy seguro de que terminarás la carrera. La familia va a necesitar de tu apoyo, más que nunca, después de la muerte de tu hermano. Pero Efraín, hay algo en tu conducta que no está bien, tienes veinte años y un amor tan temprano puede echar por la borda todas las esperanzas. Amas a María, pero María es casi mi hija. Tu edad y tu posición no nos permiten pensar en matrimonio. María es muy joven. Pero escucha, hay algo que debes saber, María puede arrastrarte, arrastrarnos a la desgracia de la que está amenazada. El doctor Mayn casi asegura que morirá joven, del mal que mató a su madre. Lo de ayer fue un síncope epiléptico, que terminará en epilepsia. Respóndeme Efraín, piensa bien lo que me vas a decir. Sabes lo de la mamá de María, sabes que su mal ya comenzó. ¿Si tu madre y yo lo consintiéramos, te casarías hoy con María?

—Sin duda, lo haría ya.

—¿Lo arriesgarías todo?

—¡Todo, todo!

—Créeme Efraín, no le hablo al hijo sino al caballero que ya eres.

Mi madre ocultó el rostro en el pañuelo.

—Bien —continuó— si es así, no podrás casarte antes de cinco años. No soy yo el que lo digo, lo dice Mayn, las emociones intensas que María siente por ti, son las que han hecho aparecer los síntomas de la enfermedad. Así que exijo, que para bien de ella, de nosotros, y especialmente de ti, que sigas las órdenes de Mayn. Nada, nada le debes prometer a María. Decirle que vas

a ser su esposo dentro de cinco años, no haría sino aumentar la intimidad entre ustedes, y con ello los riesgos para su salud. De tu prudencia depende la vida de María. Ni lo relativo a su salud ni lo que atañe a la relación de ustedes ni mi oposición a su matrimonio en su estado actual. Ah, y otra cosa: Salomón dejó un capital de alguna consideración, destinado a la dote de María. Si ella muere sin casarse, el capital pasa a manos de su abuela materna, en Kingston.

Mi padre se levantó, agitó los brazos, dio vueltas en el cuarto. Me puse en pie, pero él volvió a ocupar su asiento y reanudó su discurso.

—Hace cuatro días que recibí una carta de M... pidiéndome la mano de María para su hijo Carlos.

Sentí que un cuchillo me rasgaba las entrañas.

—M... nos da quince días de término para responder a su propuesta, durante los cuales vendrán a hacernos una visita que me tenía prometida. Todo te será fácil después de lo pactado entre nosotros. Ahora ándate.

Me levanté y fui a darle un beso a mi madre, sumida en un silencio triste.

—Que seas feliz en tu cacería —dijo el viejo antes de que yo traspasara la puerta— tráeme la piel del oso, para ponerla a los pies de mi catre.

Me era imposible hacerme cargo de mi situación. María amenazada de muerte. Pedida en mano por el hijo de M. Yo obligado a aceptar un compromiso al que me ata mi padre. Obligado a aceptar una conducta dictada por la necesidad y la razón. No podré ser ya su confidente; mis labios no tocarían ya ni siquiera

las puntas de sus trenzas. Mía y de la muerte. Un acercamiento a ella sería perderla.

¡Maldito corazón cobarde! Le grité a mi corazón, después de reprocharle que no hubiera ardido en el fuego de amor.

Juan Ángel llamó a mi puerta al amanecer.

—¿Cómo está la mañana? —le pregunté.

—Mala, mi amo, quiere llover.

Soplaba un viento helado que cortaba los rosales y despeinaba los sauces. Los pellaes pasaban arrastrando su canto triste de invierno.

En horas, las montañas desaparecieron bajo la lluvia nutrida. Turbios arroyos descendieron quebrando los pajonales de las laderas del río, que baja grande e iracundo.

XVII

Diez días habían pasado desde que tuvo lugar aquella penosa conferencia. Sintiéndome incapaz de cumplir los deseos de mi padre sobre el trato que debía yo tener con María, y preocupado dolorosamente con la propuesta de matrimonio de Carlos, había buscado toda clase de pretextos para alejarme de la casa. Pasé aquellos días encerrado en mi cuarto, o en la posesión de José, o vagando a pie por los alrededores. Llevaba en mis paseos algún libro que no era capaz de leer, mi escopeta, que nunca disparaba, y a Mayo, que no me perdía pisada. Mientras dominado yo por una honda melancolía dejaba correr las horas oculto en los sitios más agrestes, él procuraba en vano dormirar enroscado sobre la hojarasca, de donde lo desalojaban las hormigas o lo hacían saltar impaciente los tábanos y los zancudos.

Una mañana entró mi madre a mi cuarto, antes de que yo me levantara, y sentándose a la cabecera de la cama, me dijo:

—Esto no puede ser, no debes seguir viviendo así.

Como yo guardara silencio, continuó:

—Lo que haces no es lo que tu padre ha exigido, es mucho más, y tu conducta es cruel para con nosotros y más cruel aún para con María. Estaba persuadida de que tus frecuentes paseos tenían por objeto ir a casa de Luisa con motivo del cariño que te profesan allí, pero Braulio, que vino ayer tarde, nos hizo saber que hacía cinco días que no te veía. ¿Qué es lo que te causa esa profunda tristeza que no puedes dominar ni en los pocos ratos que pasas con la familia, y que te hace buscar constantemente la soledad, como si te fuera ya enojoso el estar con nosotros?

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—María, señora —le respondí—, debe ser completamente libre para aceptar o no la buena suerte que le ofrece Carlos, y yo, como amigo de él, no debo entrometerme.

Así revelaba, sin poder evitarlo, el más insoportable dolor que atormentaba desde la noche en que supe la propuesta de los señores de M... Nada eran para mí ahora, comparados con esa propuesta, los fatales pronósticos del doctor sobre la enfermedad de María, ni la necesidad de separarme de ella por muchos años.

—¿Cómo has podido imaginar tal cosa? —me preguntó sorprendida mi madre— Apenas habrá visto ella dos veces a tu amigo. Justamente una en que estuvo aquí algunas horas, y otra en que fuimos a visitar a su familia.

—Pero, madre mía, poco es el tiempo que falta para que se justifique o se desvanezca lo que he pensado. Me parece que bien vale la pena esperar.

—Eres muy injusto, y te arrepentirás de haberlo sido. María, por dignidad y por deber, sabiéndose dominar mejor que tú, oculta lo mucho que tu conducta la está haciendo sufrir. Me cuesta trabajo creer lo que veo, me asombra oír lo que acabas de decir. ¡Yo, que creí darte una gran alegría y remediarlo todo haciéndote saber lo que Mayn nos dijo ayer al despedirse!

—¡Diga usted, dígalos! —le supliqué incorporándome.

—El doctor asegura que el mal de María no es el que sufrió Sara.

—¿Él lo ha dicho?

—Sí, y tu padre, tranquilizado ya por esa parte, ha querido que yo te lo haga saber.

—¿Podré, pues, volver a ser con ella como antes? —pregunté loco de alegría.

—Casi...

—¡Oh! Ella me disculpará, ¿verdad? ¿El doctor ha dicho que no hay ya ninguna clase de peligro? Es necesario que lo sepa Carlos.

Mi madre me miró con extrañeza antes de responder:

—¿Y por qué se le había de ocultar? Réstame decirte lo que debes hacer: puesto que los señores de M... vienen mañana, según lo anuncian., dile esta tarde a María... Pero, ¿qué puedes decirle para justificar tu conducta, sin faltar a las órdenes de tu padre? Y aunque pudieras hablarle de lo que él te exigió, no podrías disculparte, pues para hacer lo que has hecho en estos días hay una causa que por orgullo y delicadeza no debes descubrir. He ahí el resultado. Es forzoso que yo manifieste a María el motivo real de tu tristeza.

—Pero si usted lo hace, si he sido ligero en creer lo que he creído, ¿qué pensará ella de mí?

—Pensará menos mal que considerándote capaz de una veleidada más odiosa que todo.

—Tiene usted razón hasta cierto punto, pero yo le suplico que no diga a María nada de lo que acabamos de hablar. He incurrido en un error, que tal vez me ha hecho sufrir más a mí que a ella, y debo remediarlo, le prometo que lo remediaré, deme dos días para hacerlo como se debe.

—Bien —convino sonriendo—. ¿Sales hoy?

—Sí señora.

—¿A dónde vas?

—Voy a pagar a Emigdio su visita de bienvenida, y es imprescindible, porque ayer le mandé a decir con el mayordomo de su padre que me esperara hoy a almorzar.

—Pero volverás temprano...

—A las cuatro o cinco.

—Ven a comer aquí.

—Sí. ¿Está usted otra vez satisfecha de mí?

—Cómo no —respondió sonriendo—. Hasta la tarde. Dale recuerdos a las señoras de parte mía y de las muchachas.

XVIII

Emma entró a mi cuarto.

—¿A dónde vas? —preguntó.

— A ver a Emigdio, que se queja de mi inconstancia...

—¡Qué injusto! —exclamó riendo— ¡Inconstante tú!

—¿De qué te ríes?

—De la injusticia de tu amigo.

—No, tú te ríes de otra cosa.

—De eso —dijo—. Deja que te peine, porque sabrá usted, señor constante, que una de las hermanas de su amigo es linda. Lástima que te hayas puesto pálido estos días. Para las bugueñas la belleza varonil no es nada sin el color...

—Estás demasiado habladora hoy.

—¿Sí? Y tú muy alegre por la visita. Mírate al espejo y dime...

—¿Qué visita? —gritó María desde la otra habitación.

—María te llama —interrumpí.

—Ya sé para qué es.

—¿Para qué?

—Para que le ayude a hacer una cosa que no debiera...

—¿Qué?

—Me está esperando para que vayamos a coger flores para tu cuarto. Si yo fuera ella no volvería a poner ni una más ahí.

—Si tú supieras...

—Y si supieras tú...

Nos interrumpió mi padre, que gritó desde su cuarto; me quería junto a él. Cuando entré, examinaba la máquina de un reloj de bolsillo.

—Es admirable, vale las treinta libras. Lo encargué a Londres.

—Es mejor que el tuyo.

—El mío es muy exacto, y el tuyo muy pequeño: regálaselo a las muchachas y toma para ti este.

Sin darme tiempo añadió:

—¿Vas a casa de Emigdio? Di a su padre que preparé el potrero de guinea para la ceba en compañía. El ganado debe estar listo el quince del mes entrante.

Volví al cuarto a tomar mis pistolas. María, desde el jardín al pie de mi ventana, entregaba a Emma un manojo de montenegros, mejoranas y claveles. Tenía en sus labios uno de gran tamaño, rosado y lozano.

—Buenos días —le dije mientras recibía las flores.

Ella palideció, el clavel se le cayó de la boca y me entregó las flores.

—Te cambio todas estas por ese clavel.

—Lo he pisado —respondió bajando la cabeza para buscarlo.

—Por eso mismo... te daré todas estas por él.

Se inclinó, lo tomó y me lo entregó sin mirarme.

Aproveché para apretarle la mano.

Alzó los ojos e improvisó una mirada que vacilaba entre la reconvención y las lágrimas.

XIX

Había hecho más de una legua y bregaba por abrir la puerta de golpe a los mangones de la hacienda. Tuve suerte de no caer en el antiguo lodazal cuya agua estancada espejeaba en su pudrición.

Atravesé el llano y la zarza entre gramales pantanosos; ramoneaban caballos rapados de crin y cola, potros y burros viejos, lacerados y mutilados por la carga y los arrieros.

De la casa, grande y antigua, rodeada de cocoteros y mangos, destacaba su techumbre cenicienta y alicaída.

No se habían agotado los obstáculos para llegar a la casa, tropecé con los corrales rodeados de hierba enmontada. Entonces vinieron en mi auxilio dos negros, él, sin más vestido que unos calzones, ella con follao de fula azul, armados de rejos de enlazar.

Cuando me apeé bajo el alar de la casa, dos perrazos inhóspitos descansaban bajo los escaños del corredor.

Algunas angarillas y sudaderos de junco deshilachados bastaron para persuadirme de que los planes hechos en Bogotá por Emigdio, se habían estrellado contra las chocheras de su padre. En cambio se había mejorado la cría de ganado menor. Unos pavos reales saludaron mi llegada y unos patos de ciénaga nadaban en la acequia.

A Emigdio, su padre lo había enviado a Bogotá con el objeto de ponerlo en camino de hacerse mercader y buen tratante. Carlos, que entonces vivía conmigo, una mañana de domingo apareció en nuestro cuarto.

—¡Mira lo que te traigo!

Yo corrí a abrazar a Emigdio. Venía de sombrero de pelo, color habano. Flaco, de patillas ralas y lacias, tez amarillenta, el cuello de la camisa hundido sin esperanza bajo las solapas de un chaleco blanco cuyas puntas se odiaban, los brazos aprisionados en las mangas de una casaca azul, los calzones de cambrún con anchas trabillas de cordobán, y los botines de cuero de venado. Llevaba un par de espuelas orejonas en una mano y en la otra una encomienda para mí.

Unas copas de vino y algunos cigarros amenizaron nuestro encuentro.

Pasados dos días, estaba ya Emigdio vestido convenientemente y aunque su ropa y las botas nuevas le molestaban, se resignó a lo que llamaba un martirio. Nos divertía en las sobremesas refiriéndonos las aventuras de su viaje.

Por fortuna había terminado Emigdio sus compras cuando vino a saber que la hija de la señora de la casa, se moría por él. Carlos, sin reservas, lo convenció de que Micaelina había despreciado los galanteos de todos los comensales; pero el diablo, que no duerme, hizo que Emigdio sorprendiese en romances a su amada con un sujeto una noche en el comedor. Así que apenas pensó en acelerar su regreso, me hizo sus confidencias, la noche víspera del viaje.

—En Bogotá no hay señoras: todas son unas... coquetas de siete suelas. No hay nada como las de nuestra tierra, aquí no hay sino peligros.

Esperando verlo venir del interior de la casa, oí que me gritaba desde el corral. Cuando llegó se puso a lavarse las manos, que estaban ensangrentadas.

—¿Qué hacías? —le pregunté después de nuestros saludos.

—Como hoy es día de matanza, mi padre madrugó a irse a los potreros...

—¿Cómo está él?

—Bien, en lo posible.

—¿Tu madre?

—Con muchos deseos de verte. Voy a avisarle que estás aquí. Quién sabe si logremos que las muchachas salgan, se han vuelto más cerreras... ¡Choto! —gritó.

Se presentó un negrito medio desnudo con un brazo seco lleno de cicatrices.

—Lleva a la canoa ese caballo y límpiame el potro alazán.

—¿Qué le pasó en el brazo? —pregunté.

—Metiendo caña al trapiche. Son tan brutos estos negros que no sirven sino para cuidar caballos.

Empezaron a servir el almuerzo. Un poco antes me había encontrado con doña Andrea, con la que hablé un cuarto de hora. Emigdio nos presentó una negra engalanada que llevaba en uno de sus brazos una toalla primorosamente bordada. Luego Emigdio fue a ponerse una chaqueta blanca para sentarse a la mesa.

El almuerzo fue sopa de tortilla aromatizada con yerbas, frito de plátanos, carne desmenuzada, roscas de harina de maíz, chocolate de la tierra, queso de piedra, pan de leche y agua servida en jarros de plata.

Mientras almorzábamos alcancé a ver a una de las muchachas espiando por entre una puerta medio entornada; su carita traviesa, iluminada por unos ojos negros como chambimbes.

A las once me despedí de la señora Andrea; habíamos resuelto ir a ver a don Ignacio en los potreros y aprovechar para darnos un baño en el Amaime.

Emigdio con una ruana de hilo, se abrochó unos zamarros blancos de piel de cabrón; y caló su sombrero de Suaza. Montó en un alazán al que tuvo la precaución de vendarle los ojos. Descargó un latigazo con el perrero palmirano. Después de dos o tres corcoveos, nos pusimos en camino.

Mientras llegábamos al sitio del rodeo, distante media legua, desembuchó cuanto sabía respecto a las pretensiones matrimoniales de Carlos.

—¿Y tú qué dices? —acabó por preguntarme.

Esquivé la respuesta y él continuó.

—¿Para qué negarlo? Carlos es trabajador, aunque espero que se convenza de que no puede ser hacendado si no deja los guantes y el paraguas. Se burla de mí porque enlazo, hago talanquera y barbeo muletos, pero él tiene que hacer lo mismo o reventar. ¿No lo has visto?

—No.

—Pues ya lo verás. No va a bañarse al río por el sol, para no ponerse moreno, y si no le ensillan no monta, para no ensuciarse las manos. Pero es un caballero. Hace ocho días me sacó de un apuro prestándome doscientos patacones. En cuanto a su matrimonio... te voy a decir una cosa, si me prometes no delatarme.

—Di, hombre, di lo que quieras.

—En tu casa viven con mucho tono, y las niñas criadas entre holán necesitan ser tratada como cosa bendita.

Soltó una carcajada y prosiguió.

—Lo digo porque don Jerónimo, el padre de Carlos, tiene más cáscaras que un sietecueros y es bravo como un ají. Mi padre no lo puede ver desde que lo tiene metido en un pleito por linderos.

Habíamos llegado al lugar del rodeo. Don Ignacio se acercó a saludarme. Vestía zamarros de león raídos, espuelas de plata con rodajas encascabeladas, chaqueta de género sin aplanchar y ruana blanca recargada de almidón y un sombrero de jipijapa. Le dije que mi padre me había encargado decirle lo del ganado en compañía.

—Está bien —respondió—. ¿No quiere entrar a divertirse un rato?

A Emigdio se le iban los ojos viendo la faena de los vaqueros en el corral.

—¡Ah Tuso! —gritó don Ignacio—, cuidado con aflojar el lazo ¡A la cola! ¡A la cola!

El vaquero iba aplicando la marca al rojo vivo a los toros tendidos y maniatados. Mientras la ponía, gritaba. A cada grito seguía un berrido. Como al levantarse podía haber peligro, nos pasamos a la corraleja vecina. Después nos despedimos.

Una vez en el río nos hicimos bajo una densa sombra y sobre la acolchonada hojarasca donde extendimos las ruanas.

En el fondo del profundo remanso que estaba a nuestros pies, se veían guijarros y sardinas. Al interior de la selva oíamos, de rato en rato, el trino melancólico de las chilacoas.

—Cuelga tus zamarros lejos de aquí —dije a Emigdio— porque si no, saldremos del baño con dolor de cabeza.

—¿Quieres que huela a rosas? El hombre debe oler a chivo.

—Llevas en tus zamarros almizcle de cabrero.

Durante nuestro baño, Emigdio me confesó que después de haber guardado como reliquia el recuerdo de Micaelina, se había enamorado de una mulata, a escondidas de don Ignacio, que de seguro se opondría a esa relación porque la muchacha no era señora.

—¡Como si pudiera convenirme a mí casarme con una señora —continuó—, para que resultara que tuviera yo que servirle a ella, en vez de ella servirme a mí! Y por más caballero que yo sea, ¿qué diablos iba a hacer con una mujer así? Si conocieras a Zoila... Hasta le harías versos. Sus ojos son capaces de hacer ver a un ciego. Tiene la risa más ladina, los pies más lindos, y una cintura que...

—¡Estás tan enamorado que te echarás a ahogar si no te casas con ella!

—¡Me caso aunque me meta en una trampa!

—¿Con una mujer del pueblo? ¿Sin consentimiento de tu padre?

—¡No faltaba otra cosa! ¡Dios me libre!

—Ya sabrás lo que haces. Y Carlos ¿tiene noticia de todo eso?

—La fortuna es que Zoila vive en San Pedro y no va a Buga sino cada año.

—¡Pero a mí me la presentarás!

—Cuando quieras te llevo.

A las tres de la tarde nos despedimos y las cuatro llegué a la casa.

XX

Mi madre y Emma salieron al corredor a recibirme. No había acabado de desmontar cuando me llamaron al comedor. Mi padre había salido.

—Como esos señores vienen mañana, las muchachas están afanadas por terminar unos dulces —dijo mi madre.

Iba a levantarme de la mesa, cuando José, que subía del valle con dos mulas, se detuvo y me gritó.

—¡Buenas tardes! No puedo llegar, porque llevo una mula arisca y se me hace noche. Ahí le dejo un recado con las niñas. Madrugue mucho mañana, porque la cosa está segura.

—Bien —le contesté—. Iré temprano. Saludes a todos.

—¡No se olvide de los balines!

Fui a preparar la escopeta para no permanecer más en el comedor. Estaba limpiando el arma cuando vi a María. Me traía café. Me dio las buenas tardes, y buscó por un instante con ojos ariscos los míos.

—¿Y es que se necesitan todos esos balines? —preguntó.

—Es una cacería muy peligrosa, un error de tiro sería fatal.

—Estos son los que el doctor te regaló el otro día, los ingleses...

—María, tú lo oyes todo.

—Algo daría por no oír. Tal vez sea mejor que no vayas a esa cacería... José te dejó un recado.

—¿No quieres que vaya?

—¿Y cómo podría exigir eso?

—¿Por qué no?

—Me voy —dijo poniéndose en pie—, el café se enfría, pruébalo y deja de cargar esa escopeta ahora...

—Voy a guardarla, pero no te vayas.

Hizo con los hombros un movimiento que significaba: como tú quieras.

—Te debo una explicación —le dije acercándome—. ¿Quieres oírme?

—¿No te digo que hay cosas que no quisiera oír?

—Creía que lo que yo...

—¿Es cierto lo que vas a decir?

—¿Qué?

—No... nada. Bobadas mías.

—¿Qué mal habrás pensado de mí en estos días!

—Nada te diré, pero dime qué has supuesto.

—¿Para qué?

—Pensé que te pasaba algo... pero como pareces contento, yo también lo estoy.

—No merezco que seas tan buena conmigo.

—Quizá seré yo quien no lo merezca...

—He sido injusto contigo, y si lo permitieras, te pediría de rodillas que me perdonaras.

—¡Ay! no, ¡Dios mío! Yo lo he olvidado todo... ¿Oyes bien? ¡Todo! Bueno, pero con una condición.

—La que quieras.

—El día que yo haga algo que te disguste, me lo dirás y no volveré a hacerlo.

—¿Puedo exigir lo mismo de tu parte?

—No, porque yo no puedo aconsejarte a ti, ni saber siempre si lo que pienso es lo mejor, además, tú sabes lo que voy a decirte antes que te lo diga.

—¿Vivirás convencida de que te amo? —le dije en voz baja.

—Sí, sí —respondió quedo y casi tocándome los labios hizo un gesto para que no dijera más.

Dio algunos pasos.

—¿Qué vas a hacer? —le dije.

—¿No oyes que Juan me llama? Lloro porque no me encuentra.

XXI

Al día siguiente, al amanecer, tomé el camino a la montaña, acompañado de Juan Ángel y Mayo. Pasando el puente del río, encontré a Braulio, y a su tío José, quienes me propusieron que matásemos un tigre que se estaba comiendo a los corderos. Le tenían el rastro y creían que una de sus guaridas estaba en el nacimiento del río, media legua arriba de la posesión. Juan Ángel nos escuchaba como si se tratara de un asesinato.

—Respondo con mis orejas que no se nos va. Ya veremos si el valluno Lucas es tan verraco como dice. Por Tiburcio respondo. ¿Trae la munición gruesa?

—Sí —respondí—, y la escopeta larga.

—Braulio quiere verlo en acción. Le he dicho que cuando usted le apunta a la frente a un oso y se lo mete en un ojo, lo considera un tiro errado.

Río con ganas mientras le daba palmadas en el hombro a su sobrino.

—Bueno, vámonos —continuó y se echó a la espalda el cesto de Juan Ángel—. ¿Serán cosas dulces que la niña María pone para su primo?

—Ahí viene algo que mi madre le envía a Luisa.

—¿Qué ha tenido la niña? Yo la vi ayer a la pasada, tan fresca como un botón de rosa de Castilla.

—Está bien.

—¿Y tú qué haces ahí que no te largas negrito? —le dijo José a Juan Ángel— Vete para que vuelvas pronto, más tarde no conviene andar solo por aquí.

—¡Cuidado con no volver! —le grité cuando estaba del otro lado del río.

Juan Ángel desapareció entre los juncos como un guatín asustado.

Braulio tendría mi edad y hacía dos meses había venido para acompañar a su tío. Estaba enamorado de su prima Tránsito.

La señora Luisa y las muchachas salieron a recibirnos a la puerta de la cabaña. El frecuente trato en los últimos meses había hecho que las muchachas fuesen menos tímidas conmigo.

—¡Al fin, al fin! —dijo la señora Luisa tomándome por el brazo.

Las muchachas me miraban sonriendo maliciosamente.

—Pero ¡Jesús! ¡Qué pálido está! —exclamó.

—¿Y a ustedes cómo les parezco? —les dije a las muchachas.

—¡Eh! —contestó Tránsito— pues ¿qué nos va a parecer?

—Habíamos guardado un poco de cosas buenas para usted —interrumpió Lucía—, la primera badea, que se dañó. El jueves, creyendo que venía, le teníamos una natilla...

—Ha tenido inconvenientes —José salió al quite—, pero pronto lo convidaremos a que pase con nosotros un día entero... ¿verdad, Braulio?

Braulio miró a Luisa y luego a Tránsito, que se pudo roja como una grana.

—Eso tarda —respondió Luisa—, falta blanquear la casita y ponerle las puertas. Vendrá siendo el día de Nuestra Señora de Guadalupe, porque Tránsito es devota de ella.

—¿Y eso cuándo es? —pregunté.

—¿Y no sabe? Pues el doce de diciembre. ¿No le han dicho estos muchachos que quieren hacerlo su padrino?

—No, y la tardanza no se la perdono a Tránsito.

—Yo le dije a Braulio que le dijera...

—Yo agradezco y acepto honradísimo. ¡Háganme pronto su compadre!

Braulio miró a su novia, que salió avergonzada con el pretexto de disponer el almuerzo, con Lucía.

Mis comidas en casa de José eran como en familia; recibía mi ración de frisoles, mazamorra y leche, de manos de la señora Luisa.

En el almuerzo no hablamos más que de la cacería.

A las diez, listos todos, cargado Lucas con el fiambre y José habiendo terminado de poner en su bolso de nutria los tacos de cabuya, nos pusimos en marcha. Éramos cinco: el mulato Tiburcio, peón de la chagra; Lucas, neivano, agregado de una hacienda vecina; José, Braulio y yo. Todos con escopetas. De cazoleta las de los dos primeros. Braulio, además, llevaba lanzas enastadas. En la casa no quedó ni un solo perro. Todos, amarrados en tramojos de dos en dos, engrosaron la expedición, hasta Palomo, al que los conejos habían dejado ciego.

Las mujeres quedaron intranquilas, especialmente Tránsito.

Ascendimos por la ribera septentrional del río. Un cauce con fondo selvático, encañonado por peñascos en los que se erguían helechos prehistóricos, obstruido a trechos por piedras del tamaño de una casa. Habíamos caminado media legua cuando José se detuvo ante un montón de huesos mal roídos, dispersos en la arena. Braulio, José y yo nos metimos por el zanjón. Los rastros subían. Después de un trecho, Braulio nos ordenó detenernos. Puso oído a los rumores de la selva; aspiró todo el aire

que pudo y siguió. En la primera estación nos mostró los rasguños impresos en un árbol.

—Por aquí salió, está bien comido.

Regresamos a buscar la ribera del río. A poco halló Braulio huellas de tigre en una playa. Vadeó el raudal atándose a la cintura un rejo, cuyo extremo retenía José. Se hizo un silencio profundo, ni los perros dejaban escapar un ladrido.

—Ya no hay rastro acá —dijo Braulio después de examinar las arenas y la maleza.

Al ponerse en pie, vuelto hacia nosotros, se zafó la escopeta; la apoyó en el pecho, se inclinó firme y disparó.

—¡Allí! —gritó señalando hacia el arbolado de las peñas.

Los perros desaparecieron por entre los cañaverales.

—¡Quietos! —volvió a gritar Braulio— usted aquí, patrón.

Los latidos de los perros venían de la falda.

Braulio tomó una lanza.

—Ustedes más abajo, para cuidar este paso, Tiburcio con ustedes.

Y dirigiéndose a Lucas.

—Vete a costear el peñón por arriba.

Puso un pistón en la chimenea de la escopeta.

—Es un gatico, y está herido.

Nos dispersamos.

José, Tiburcio y yo subimos. José era todo ojos.

De los seis perros, dos habían quedado fuera de combate: uno de ellos destripado, el otro dejaba ver las entrañas por entre los costillares, desgarrado.

De espaldas a un robledal, serpenteando la cola erizada, los ojos llameantes, el tigre lanzaba bufidos roncros, sacudía la cabeza. Hostigado por el resto de perros, de su ijar izquierdo chorreaba sangre.

Braulio y Lucas salieron del cañaveral, un poco más distantes de la fiera que nosotros. Formábamos un triángulo de cazadores, pudiendo disparar a un tiempo sobre la fiera.

—¡Fuego, todos a un tiempo! —gritó José.

—¡No, no, los perros! —respondió Braulio.

Un mal disparo terminaría con ellos. Braulio, con la boca entreabierta, jadeante, asomó por entre el cañaveral, enristrada la lanza.

José gritó.

—¡Hubi! ¡Mataleón! ¡Hubi! ¡Pícalo! ¡Truncho!

No convenía dar tregua a la fiera. Pero los perros se habían ensañado. Otro de ellos quedó muerto sin dar un quejido. El tigre lanzó un maullido que se escuchó por entre la cañada. Dio la vuelta y Braulio ordenó:

—¡Fuego! ¡Fuego! —y de una brincó al punto desde donde había arrojado la lanza.

Lucas había desaparecido. Tiburcio estaba del color de las aceitunas. José disparó, el tigre rugió y de un salto volvió instantáneamente sobre Braulio. Este, dando una nueva vuelta en el límite del robledal, agarró en el aire la lanza que José le arrojó. La fiera se le puso de frente. Disparé. El animal se tambaleó y cayó sobre su rabo.

Todos gritamos de alegría. La fiera arrojaba espuma sanguinolenta por la boca: tenía los ojos empañados e inmóviles. Estiró las piernas y desenrolló la cola.

—¡Qué tiro! —exclamó Braulio, poniéndole un pie al animal sobre el cogote— ¡En la frente!

—No, no... ¡Santísimo Patriarca! ¡Qué animal tan criado! Un demonio! —José miraba los cadáveres de los perros.

—Campanilla es la que más siento... ¡Tan guapa mi perra!

José, tendiéndome su ruana en lo limpio, dijo:

—Siéntese niño, vamos a sacarle el cuero —y gritó— ¡Lucas!

Braulio soltó una carcajada.

—Ya estará metido en el gallinero.

—¡Lucas! —volvió a gritar José.

—Tío, el valluno zafó desde que erré la lanzada —bromeó Braulio.

—¡Cobarde! —y elevando la voz para que se escuchara en todas las montañas repitió— ¡Lucas del demonio!

—Aquí tengo un buen cuchillo para desollar —ofreció Tiburcio.

Del neivano apenas había quedado su mochila. José abrió y sacó las provisiones. Masas de choclo, queso y carne asada, envueltos entre hojas de platanillo. Sacó también una botella de vino tinto, pan, higos y ciruelas, mandó a Tiburcio a recoger agua y dividió la carne. Agotamos el tinto. Después del banquete humearon mis cigarros. José estaba de excelente humor, y Braulio se había atrevido a llamarme padrino.

Tiburcio desolló el tigre, le sacó el sebo. Acomodamos en las mochilas la piel, la cabeza y las patas, y nos pusimos en el camino de regreso. Apenas nos detuvimos para que José volviese a maldecir a Lucas.

Cuando llegamos las mujeres no sabían si estaban asustadas o alegres.

—¿Lo mataron? —preguntó Tránsito.

—Sí —respondió su padre—. ¿No ha bajado Lucas por aquí?

—Él no —respondió Marta.

José masculló otra maldición.

—¿Dónde está? —preguntó Luisa.

—Aquí tía —contestó Braulio.

Ayudado por su novia, soltó las mochilas. Extendió en el patio el cuero. Las mujeres exhalaban un grito, cuando rodó la cabeza sobre la grama.

—¿Cómo lo mataron? ¡Cuenten! —dijo Luisa.

—Cuenten —añadió Lucía.

—El tigre iba a matar a Braulio —dijo José— cuando este señor le disparó preciso en la frente.

Mostró la cabeza. Todos volvieron a mirarme.

José terminó la historia contando la muerte de los tres perros.

Después las mujeres volvieron a sus faenas, y yo me eché a dormir, en la salita que Tránsito y Lucía me habían improvisado, con colchón y ruanas.

XXII

A las cuatro de la tarde nos pusimos en camino con Braulio, después de larguísimas despedidas.

Durante la marcha hablamos de su matrimonio.

Habíamos pasado el río y salido de la última ceja de monte para empezar a descender, cuando Juan Ángel se nos apareció de súbito.

—Yo vine, mi amo... yo iba... pero no me haga nada sumercé... yo no vuelvo a tener miedo.

—¿Qué has hecho? ¿Qué pasó? —le interrumpí— ¿Te han enviado de casa?

—Sí, mi amo... y como me dijo sumercé que volviera...

—¿No volviste del puro miedo? —preguntó Braulio riendo.

—Eso fue, sí, así fue... Mayo pasó por aquí asustado, y luego el señor Lucas, que me encontré pasando el río, dijo que el tigre había matado a don Braulio...

—¿Y estuviste todo el día metido entre estos matorrales?

—Don José me dijo que volviera pronto, que no debía andar solo por allá arriba...

—¿Convienes? —le pregunté.

—Sí, mi amo.

—Pues vamos, y tú Braulio, gracias, pero no te molestes en acompañarme... más bien regresa a tu casa.

—Era lo que quería...

—No, regresa, Tránsito está nerviosa.

Nos dimos un apretón de manos y nos separamos.

—En la mochila va una muestra del mineral que le encargó su papá a mi tío.

Tenía un cariño especial por Juan Ángel, que contaba a la sazón doce años; era simpático y casi bello. Aunque inteligente, un poco huraño. Feliciano, su madre, criada que había desempeñado funciones de aya, procuró siempre hacer de su hijo un buen paje para mí.

Cuando nos aproximamos a la casa, noté que la familia estaba aún en el comedor, Carlos y su padre deberían estar todavía, pensé. Así que salté el vallado del huerto para llegar a mi cuarto sin ser visto.

Colgaba el saco y la escopeta cuando mi madre entró.

—Todavía están aquí —dijo apurada—, ya sabes, Jerónimo habla como si estuviera a la orilla de un río.

¡Carlos en casa! —pensé molesto— Es un tormento peor del imaginado.

—No te entristezcas Efraín...

—No, no lo haré, estoy un poco cansado.

—¿Qué tal la cacería?

—Muy feliz.

—Habrá sido horrible...

—Por favor, no digas que he regresado.

Te pido que tengas presente lo que hablamos...

Iba a servirse el café a la visita, cuando Juan Ángel se presentó en el comedor para anunciar mi llegada y ofreció a mi padre el contenido de la mochila. A todos sorprendió, que sin más, de sus entrañas rodara una inmensa cabeza de tigre.

—¡El tigre! —dijo Juan Ángel.

Jerónimo derramó el café. Carlos y mi padre dejaron sus asientos.

Emma y María dieron un paso atrás.

—¡Monstruoso! —dijo Jerónimo.

—¡Horrible! —agregó Carlos.

Felipe se puso en pie sobre un taburete. Eloísa se agarró del brazo de mi padre. Juan, llorando, trató de subírsele a las rodillas de María; y ella, pálida y angustiada, miró hacia las colinas.

—¿Quién lo mató? —preguntó Carlos a Juan Ángel.

—La escopeta del amito.

—¿La sola escopeta?

—La escopeta del amito. Don Braulio dijo que le debía la vida...

—¿Y a todas estas dónde diablos está Efraín? —preguntó impaciente mi padre, mirando a María.

Mi madre que recién entraba al comedor exclamó:

—¡Ay mi hijo!

—¿Viene ya? —indagó mi padre.

—Aquí fue el balazo —dijo Carlos inclinándose a mostrar la frente.

—¿Pero es posible —preguntó don Jerónimo a mi padre— que usted permita esto a Efraín?

—Le encargué una piel de oso, pero prefirió traerme una de tigre.

María vio en los ojos de mi madre la señal que podía tranquilizarla. Salió del comedor llevando a Juan de la mano.

—¿Llorando? ¡Qué feo! ¿Un hombre con miedo?

—Efraín se ha hecho un cazador de fieras —dijo Carlos a Emma, sentándose a su lado— aunque en el colegio no mataba una mosca... ¿Y las cacerías son frecuentes?

—Algunas veces salen y traen osos pequeños y lobos.

—Había pensado que hiciéramos mañana una cacería de venados. ¡Hasta vine con mi escopeta inglesa!

—Si hubiese usted venido ayer...

—¡Ah! si lo hubiera sabido...

Mayo, que había ido a calmar hambres en la cocina, entró sin disimulo, erizó el cogote y el espinazo, olfateó con miedo la cabeza y se puso a aullar, movido por sus instintos. Mi padre, que creía en pronósticos y agüeros, se preocupó.

—Mayo, Mayo, ¿qué hay? —dijo acariciándole la cabeza.

Al momento ingresé yo. Apenas hubo tiempo para que cambiásemos un saludo con María. Di un abrazo a Carlos, quien se adelantó a recibirme; por un momento quise olvidar lo que había sufrido por su culpa.

La conversación versó sobre la cacería, claro. Emma me hizo saber que Carlos había venido preparado para una cacería de venados. Luego de que salió mi hermana, Carlos insistió en mostrarme su escopeta inglesa.

Una vez en la habitación, vi que era igual a la que mi padre me había regalado a mi regreso de Bogotá, aunque él con presunción quiso hacerme creer que era la primera de su género en el país.

—Bueno —dijo— con esta también matarías animales a distancia.

—Seguramente que sí, a sesenta varas de distancia...

—¿A sesenta varas se hacen esos tiros?

—Es peligroso contar con todo el alcance del arma en tales casos, cuarenta varas es ya un tiro largo.

—¿Qué tan lejos estabas cuando disparaste al tigre?

—A treinta pasos.

—Necesito que salgamos, de otro modo la escopeta se me va a enmohecer.

—Tranquilo, ya verás, te haré lucir, el venado entrará al huerto.

Luego hablamos de nuestros condiscípulos, vecinas y amigas de Bogotá. Y, desde luego, de Emigdio; se rio del cómico desenlace de los amores con Micaelina. Hablamos del trabajo, de la esperanza fundada que tenía de ser un propietario acomodado. Evité interrumpirle para no tener que hablar de mis asuntos.

—Pero —dijo poniéndose en pie delante de mi mesa— tienes muchos libros. Yo también estudio, leo... aunque no hay tiempo para más, tengo una prima que se empeña en que yo engulla un mar de novelas.

—Veamos —empezó leyendo títulos— *Frayssinous, Cristo ante el siglo, La Biblia...* Aquí hay mucha cosa mística. Don Quijote... no he podido leer siquiera dos capítulos.

—¿No?

—Blair... —continuó— Chateaubriand... mi prima Hortensia tiene debilidad por la gramática inglesa ¡Qué lengua tan rebelde! No he podido.

—Pero ya hablabas algo.

—El “how do you do” como el “comment ca va’til” del francés.

—Pero tienes buena pronunciación.

—Eso dicen, pero es solo por estimularme.

—¿Shakespeare? Calderón... *Teatro español. Versos y más versos*. ¿Todavía haces versos? Recuerdo que hacías algunos que me entristecían...

—No, ya no...

—Me alegro, habrías acabado por morirte de hambre.

—Cortés —continuó— ¿*Conquista de México*?

—No, es otra cosa.

—Tocqueville, *Democracia en América*...

Sonó la campanilla. El refresco estaba servido. Carlos suspendió la revisión de mis libros, se acercó al espejo, peinó sus patillas y cabellos, alzó el lazo de su corbata azul, y salimos.

XXIII

Carlos y yo nos presentamos en el comedor. Mi padre preside; a su izquierda mi madre; a su derecha don Jerónimo, que hablaba a torrentes acerca del pleito por linderos que sostenía con don Ignacio; enseguida María y Emma, y después los niños. Cumplí con señalar a Carlos uno de los asientos vacantes. María, sin mirarme, apoyó una mano en la silla que tenía inmediata. Buscó mis ojos. Le ofrecí a Carlos la silla junto a ella, y me senté al lado de Emma.

—Les ha costado interrumpir la conferencia —dijo Ignacio dirigiéndose a Carlos y a mí— casi olvido cuánto deseaban verse... él fue capaz hasta de proponerme venir solo.

—No les perdono que hubieran retardado tanto esta visita... —afirmé.

—Era difícil venir, hay mucho trabajo, mañana empiezan las datas de sal. Y no hay remedio. Debo estar allá.

—Tenemos mucho que hacer —apuntó Carlos con suficiencia de hombre de negocios.

María esquivaba mirarme. Para entonces la conversación se había animado. Emma me preguntó en secreto por qué había cedido el asiento junto a María. “Así debe ser”, le respondí. Por supuesto que no me creyó.

Levantados los manteles se hizo la oración de costumbre. Don Jerónimo y mi padre permanecieron en la mesa y los demás pasamos al salón. Se quedaron en la mesa hablando, mientras los demás desfilamos al salón.

—Préstense a Carlos la guitarra de mi hermana —dije.

Después de alguna insistencia convino en tocar. Preguntó a Emma y a María, mientras templaba, si no bailaban, dirigiéndose en particular a ella.

—Jamás he bailado —repuso lacónica.

—¡Hombre, Efraín! ¿Será posible que no hayas dado algunas lecciones de baile a tu hermana y a tu prima? No te creería tan egoísta. ¿O será que Matilde te prohibió compartir sus conocimientos?

—Ella confió en los tuyos para hacer del Cauca un paraíso de bailarines —le contesté.

—¿En los míos? Me obligas a decirles a las señoritas que habría aprovechado más, si tú no hubieras asistido a tomar lecciones conmigo.

—Ella tenía esperanza de satisfacerte en el primer baile de diciembre pasado...

La guitarra estaba templada y Carlos tocó una contradanza que él y yo teníamos motivos para no olvidar.

—¿De qué te acuerdas con esta pieza? —preguntó mientras sostenía la guitarra en las rodillas.

—Muchas cosas, aunque ninguna en particular.

—¿Ninguna? ¿No te acuerdas del lance que tuvimos en casa de la señora...?

—¡Ah! Sí, ya caigo.

—Se trataba —dijo— de evitar un mal rato a nuestra maestra. Tú ibas a bailar con ella, y yo...

—Se trataba de saber cuál de nuestras parejas debía poner la contradanza.

—Y debes confesar que triunfé, pues te cedí mi puesto —replicó Carlos riendo.

—Yo tuve la fortuna de no verme obligado a insistir.

Mientras duró el diálogo, María fijó su mirada en mi interlocutor, notó que yo estaba horriblemente contrariado. Insistió mi madre en que Carlos cantara. Él entonces entonó la canción de moda:

*El ronco son de la guerrera trompa
llamó tal vez a la sangrienta lid,
y entre el rumor de belicosa pompa
marcha contento al campo el adalid.*

Y cuando terminó, les pidió a las niñas que cantasen. ¿Será que Carlos adivina mis sentimientos y por eso se complace en hablar como lo hace y comprometerme con sus infidencias? pensé. Pero en el fondo admití que si bien era capaz de una ligereza, jamás de una bellaquería.

—¿Cantamos? —preguntó Emma a María.

—¿Pero qué puedo yo cantar?

Me aproximé a María para decirle a media voz.

—¿No hay nada que te guste cantar, nada?

—Sí, las *Hadas* —contestó.

Se trataba de una canción compuesta por Emma, con unos versos míos que encontró en el último cajón del escritorio.

Una noche de verano, María, Emma y yo estábamos en el corredor, arrancando acordes a una guitarra. Ellas juntaron sus voces incultas y vírgenes, tan bellas que hicieron parecer bellas mis mediocres estrofas. Una vez terminaron, murmuré al oído

de María, el último verso. Conservan de María el aroma de esa noche; algo como la humedad de sus lágrimas.

*Soñé vagar por bosques de palmeras
Cuyos blondos plumajes, al hundir
Su disco el sol en las lejanas sierras,
Cruzaban resplandores de rubí.
Del terso lago se tiñó de rosa
La superficie límpida y azul,
Y a sus orillas garzas y palomas
Posábanse en los sauces y bambús.
Muda la tarde, ante la noche muda
Las gasas de su manto recogió:
Del indo mar dormido en las espumas
La luna hallola y a sus pies el sol.
Ven conmigo a vagar bajo las selvas
Donde las Hadas templan mi laúd;
Ellas me han dicho que conmigo sueñas,
Que me harán inmortal si me amas tú.*

Mi padre y Jerónimo entraron al salón a tiempo que la canción terminaba.

Don Jerónimo, después de sentarse tan cómodamente como pudo, bostezó dos veces.

—No había oído esa canción —observó Carlos.

—Los versos los encontró Emma en un periódico —le contesté— y les puso música. ¡Pero son tan malos! Los periódicos publican cualquier cosa. Creo que son de un mal poeta habanero.

Todas se miraron con extrañeza, sorprendidas con mi frescura.

—Esos versos los debes haber visto en *El Día*, firmados por un tal Almendárez.

—Creo que son los que le he oído recitar a mi prima... pero francamente me parecen mucho mejores cantados por estas señoritas.

—¿Cómo empieza el primero? —preguntó María a Ema— Si se me olvidan, me ayudas...

—Pero acaban de cantarlos —observó Carlos a María—, recitarlos es más fácil, aunque por malos que sean, dichos por usted suenan bellísimos.

María los repitió; pero en la última estrofa su voz se hizo trémula.

—Ahora recuerdo... —dijo Carlos— Sí, estoy casi seguro de haberlos oído antes.

XXIV

Cuando la velada llegó a su fin, temí lo peor, que se les hubiera ocurrido tenderle cama a Carlos en mi habitación. Así que cuando estaba llegando me encontré a mi madre y María que salían.

—No me digan que voy a tener que compartir el cuarto con Carlos —pregunté inquieto.

—No, desde luego que no, este cuarto es para él —dijo mi madre.

—¡Ah! Y las flores —viendo que María cargaba el florero— ¿a dónde las llevas?

—Al oratorio...

Le agradecí cuanto pude, no sabe cuánto, que mis flores, las que ella cortaba para mí, no adornasen esa noche mi cuarto, destinado a otro.

—Llévate también las azucenas. Tránsito me las dio para ti. Me pidió que te avisara que te han elegido para madrina de su matrimonio.

—¿De verdad? —respondió— ¡No puedo creer, qué emoción, yo madrina, ya tengo el vestido para ese día.

Mis hermanos recibieron con sorpresa la noticia de que yo pasaría la noche en el mismo cuarto que ellos. Se acomodaron dos en una cama, y a mí me dejaron la de Felipe. Los niños rezaron arrodillados, me dieron las buenas noches, y se durmieron después de haberse reído de los miedos que les causó en la tarde la cabeza del tigre.

XXV

Me despertó un cuchicheo de niños. Las palomas gemían, mientras los primeros rayos de luz se filtraban por las rendijas.

—No abras —dijo Felipe al otro— mi hermano duerme.

—María nos llamó ya —replicó el chiquito.

—No, no ha llamado.

—Lo que quieres es irte de primero a la quebrada, para decir que solo en tus anzuelos han caído negros.

—Me cuesta mucho trabajo ponerlos bien... —interrumpió Felipe.

—Si es Juan Ángel el que te los pone, mentiroso...

—¡No abras! —volvió a decir Felipe enfadado—, déjame ver si Efraín sigue dormido.

Se acercó en puntillas a mi cama. De repente lo sorprendí tomándolo por el brazo.

—¡Ah bandido! Conque le quitas los pescados al chiquito.

Terminamos riéndonos los tres. Quedó todo arreglado con la promesa de que en la tarde iría, cuando fueran a poner los anzuelos.

Me levanté, salí y atravesé el jardín. Al pasar frente a la ventana de Emma, oí que hablaba con María. Interrumpían para reír, los susurros de sus eses sonaban a palomas que despiertan alegres entre follajes de naranjos y madroños.

Al mismo tiempo, y un poco más allá, conversaban, bajo, don Jerónimo y Carlos, paseándose por el corredor.

—Veo que madruga usted como un buen hacendado —me dijo Jerónimo—. Creía que era tan dormiloncito como su amigo

cuando recién vino de Bogotá. Los que viven conmigo tienen que acostumbrarse a mañanear.

La llegada de Braulio, a quien Juan Ángel había ido a llamar de madrugada, interrumpió la conversación. Llegó con un par de perros, que no eran otros que los héroes sobrevivientes de la jornada del día anterior. Mayo gruñó al verlos. Braulio saludó con humildad y nos saludamos con afecto.

—Tendremos ocasión de ensayar tu escopeta —dije a Carlos—, saldremos con este par de perros...

—¿Esos? —preguntó desdeñosamente Carlos.

—Son un par de chandosos —afirmó Jerónimo—. Hasta que no los vea, no lo creeré.

Trajeron café para todos. Carlos y su padre no disimularon la extrañeza que les causó mi cortesía para con el montañés.

A la media mañana, mi padre y Jerónimo montaron para visitar los trabajos de la hacienda. Braulio, Carlos y yo, nos dedicamos a preparar las escopetas y a graduar la carga. Estábamos en eso, cuando mi madre me hizo saber disimuladamente que quería hablarme. Me esperaba en su costurero. María y mi hermana estaban en el baño.

Haciéndome sentar junto a ella, dijo:

—Tu padre insiste en que le digamos a María de la pretensión de Carlos. ¿Crees que debemos decirle?

—Lo que mi padre disponga.

—Me respondes por obedecerle, pero no es lo que el corazón dice.

—Me he comprometido a actuar según lo acordado. María no es mi prometida, y se halla en libertad para decidir lo que le

parezca. Ofrecí no decirle nada de lo acordado con ustedes y he cumplido.

—Me temo que la emoción que va a causarle a María, saber que tu padre y yo no aprobamos lo que pasa entre vosotros, le vaya a caer muy mal. Tu padre no le ha dicho nada de la enfermedad a M, temerosos de que se interprete como un pretexto para sacarle el cuerpo al asunto. Ellos saben que María tiene dote... lo demás no quiero decirlo, tú lo comprendes. ¿Qué debemos hacer? Dime, no quiero que María piense que nos oponemos a que sea tu esposa, pero quiero cumplir lo acordado.

—Hay solo un medio.

—¿Cuál?

—Se lo diré a condición de que lo apruebe, por favor. Revelémosle a María el secreto que mi padre ha impuesto sobre el consentimiento para que sea mi esposa. Seré prudente y nada haremos notar a mi padre de la infidencia. Confíe usted en mí.

Mi madre guardó silencio, y tras unos instantes dijo:

—Con una condición, no vayas a olvidar nunca que no debes prometerle sino aquello que puedas cumplir. Pero dime ¿cómo le hablaré de la propuesta de Carlos?

—Como le hablaría a Emma. Sus palabras le van a causar dolor, no comprenderá el motivo para que se opongán. Ella los escuchó hablando de su enfermedad. Yo quisiera estar escuchando lo que hablen, tras del bastidor.

—¿Tú? —preguntó admirada.

—Sí señora, yo.

—¿Y para qué?

—Quiero estar atento a los resultados.

—¿Cuál en especial?

—Quiero saber lo que es capaz de hacer por mí.

—Pero ¿no será mejor que ella ignore siempre que tú lo oíste, y que yo lo consentí?

—Si es lo que usted desea, así será.

—Hacer lo que pretendes es prometer algo que no sé si pueda cumplirle. En caso de aparecer nuevamente la enfermedad, tu padre se opondrá furioso a vuestro matrimonio. Y yo...

—¿Usted qué, madre?

—Tendría que hacer lo mismo.

—Ella no consentirá ser mi esposa si ese mal reaparece.

—Ya sabes lo que dijo el médico, conoces el peso de la herencia...

—Ya están aquí. Evita que Emma esté.

María atravesó con paso leve el aposento de mi madre.

—¿Usted aquí? —exclamó— ¿Se siente bien? ¡Qué pálida está! ¿Le duele la cabeza? ¿No le caería bien un baño?... ayuda tanto...

—No, no te preocupes, estoy bien, te esperaba para hablarte a solas.

—¿Qué será? ¿Qué es?...

—Siéntate aquí —le dijo mi madre señalándole el taburetico.

—Diga usted —dijo tratando de dominar la emoción.

—Voy a hablarte como le hablaría a Emma, en igual circunstancia.

—Sí, señora, la oigo.

—Tu papá me ha encargado que te diga... que M ha pedido tu mano para su hijo Carlos...

—¿Yo? —preguntó asombrada mientras involuntariamente quiso ponerse en pie, para volver a caer derrotada un segundo después. Se cubrió el rostro con las manos y sollozó.

—¿Qué debo decirle, María?

—¿La ha mandado a que me lo diga? —preguntó con voz ahogada.

—Sí, hija, cumplo con hacértelo saber.

—Pero, usted ¿por qué me lo dice?

—¿Y qué querías que yo hiciera?

—¡Ah! Decirle que yo no... que no puedo... que no. ¿Todos lo saben, todos han querido que usted me lo diga?

—Sí, todos lo saben, menos Emma.

—Solamente ella... ¡Dios mío! ¡Dios mío! —añadió ocultando la cabeza en los brazos que apoyaba sobre las rodillas de mi madre y permaneció así unos segundos.

—Bueno —dijo—, ya usted cumplió.

—Dime María —le interrumpió dulcemente mi madre—, ¿es muy desgraciado que Carlos quiera ser tu esposo?

—Yo no quiero, no necesito saber más. ¿Cómo han dejado que me lo proponga? ¡Todos lo han consentido! Pues yo se lo voy a decir con toda claridad —agregó con una energía que le desconocía—: antes de consentirlo, me moriré. ¿Ese señor sabe que tengo la enfermedad que mató a mi madre?

Lloré lágrimas ardientes.

—Te lo dije, porque es necesario que ese “no” salga de tus labios.

—Tal vez algún otro lo supuso también. ¡Si supieras cuánto dolor, cuántos desvelos le ha causado este asunto al que tú juzgas más culpable!

—¿A papá? —dijo menos pálida ya.

—No, a Efraín.

María exhaló un débil grito y se quedó inmóvil. Cuando volvió a enderezarse, lentamente se arregló los cabellos con manos temblorosas.

—He hecho mal en llorar así, ¿verdad?

—Cálmate, quiero volver a verte tan contenta como siempre. Debes estimar la caballerosidad de su conducta...

—Sí, señora. Que no sepa él que he llorado ¿no?

—¿No ha hecho bien Efraín en consentir que te lo dijera todo?

—Tal vez...

—Pero lo dices de un modo... tu papá le puso por condición, aunque no era necesario, que te dejara decidir libremente.

—¿Condición? ¿Condición para qué?

—Le exigió que no te dijese nunca que sabíamos y consentíamos lo que pasa entre ustedes.

—¿Por qué? —dijo con una voz que apenas alcancé a oír—
¿Acaso tengo yo la culpa?

—No, hija, pero tu papá creyó que tu enfermedad necesitaba precauciones...

—¿Precauciones?... ¿Cómo puede ser Efraín causa de mi mal?

—Sería imposible... queriéndote tanto, quizá más que tú a él.

—¿Qué debo hacer? Yo hago ya todo cuanto quieran.

—Carlos tendría hoy ocasión de hablarte de sus pretensiones.

—¿A mí?

—Sí, por supuesto conserva toda la serenidad que te sea posible, dile que mucho te honra, que eres muy niña, dejándole saber que te causa pena la negativa...

—Pero eso será cuando estemos reunidos todos.

En un instante su ternura se hizo más diáfana. Echó una mirada amorosa a mi madre, atravesó el aposento y desapareció.

XXVI

Almorzamos temprano, Carlos, Braulio y yo. Con dificultad logré que el montañés se sentara a la mesa. Aceptó, pero se hizo en el extremo contrario a donde estábamos Carlos y yo.

—Braulio responde por la carga de mi escopeta, pero insiste en que no es tan buena como la tuya, a pesar de que son de una misma fábrica, y de haberla disparado él mismo —dijo Carlos—. ¿No es así, mi amigo?

—Yo lo que digo —contestó Braulio— es que el patrón mata a setenta pasos un pellar con esa escopeta.

—Ya veremos si yo mato un venado —agregó Carlos dirigiéndose a mí.

—Braulio —tercié yo— sube con los perros de Levante. Juan Ángel se queda dentro de la quebrada con dos de los cuatro perros de Santa Elena. Tu paje con los otros dos esperará en la orilla del río y tú y yo estaremos listos.

Monté el retinto. Carlos un quiteño castaño coral, que el general Flórez había regalado a mi padre. Salimos del patio empedrado para iniciar el ascenso, que terminaba treinta cuabras al oriente. Cuando pasé frente a los balcones. Eloísa jugaba con los bucles destrenzados y espesos de María, que estaba apoyada en el barandal. El ruido de caballos y los ladridos la sacaron de su enajenamiento. Carlos y yo nos despedimos de ellas agitando las manos.

Mayo nos acompañó hasta el primer torrente; se detuvo como si reflexionara y regresó.

Mientras trepábamos le hablé a Carlos de las cacerías de venados que habíamos hecho. De pronto los gritos de Braulio y los ladridos nos alertaron.

Braulio descendió a la cañada. Juan Ángel soltó los perros. Estaban alebrestados. La presa estaba cerca. Carlos y yo nos desplegamos en la falda. A poco, vimos un venado que bajó veloz perseguido por uno de los perros de José. Pero al caer a la vega, los perros perdieron el rastro. Carlos y yo echamos pie a tierra. Perdida más de una hora en idas y venidas, Carlos juró que el negro había dejado escapar la pieza.

—¡Allá va, allá va! Dejen uno con escopeta allí y sálganse a lo limpio, vuelve a la Honda —gritó Braulio.

Dejamos al paje en su puesto, y nosotros volvimos a los caballos.

—Apéate —grité a Carlos—, espéralo sobre el cerco.

Cuando vio al venado, Carlos disparó pero erró el tiro.

Braulio llegó, yo salté del caballo, botándole las bridas a Juan Ángel.

El venado corrió hacia la casa, Jerónimo, escopeta en mano, apuntó al animal, pero se tropezó y cayó al suelo.

—¡Cuidado, cuidado! —dijo mi padre— Ya por ahí vienen todos.

Braulio siguió de cerca al venadito para evitar que los perros lo despedazaran. El animal entró al corredor, y se acostó casi ahogado debajo de uno de los sofás, de donde lo sacó Braulio. Emma y María se aproximaron a tocar el venadito, que las miró con sus grandes ojos líquidos y asustados. Braulio se encargó de ponerlo en un sitio conveniente. Mayo se acercó al prisionero, lo olió a la distancia y volvió a tenderse en el piso.

Al despedirse, Braulio me dijo:

—Su amigo está furioso... quién lo manda a burlarse de mis perros.

Le pedí una explicación.

—Me supuse —continuó Braulio— que usted le cedería el mejor tiro, y por eso dejé la escopeta de don Carlos sin municiones, cuando me la dio a cargar.

—Has hecho muy mal.

—No lo volveré a hacer, aunque se me pone que no cazaré más con nosotros... ¡Ah! La señorita María me ha dado mil recados para Tránsito, le agradezco tanto que esté gustosa de ser nuestra madrina...

XXVII

Carlos no me había hecho confidencias sobre sus pretensiones, pero cuando nos encontramos solos en mi cuarto, con el pretexto de que leyésemos, advertí que me iba a poner en difícil situación. Se acostó en mi cama quejándose de calor.

—¿Qué quieres que leamos?

—Nada —me contestó.

—¿Quieres un baño en el río?

—No, el sol me ha producido dolor de cabeza.

Le ofrecí álcali para que absorbiera.

—No, eso pasa —respondió rehusándolo.

Golpeó las botas con el látigo.

—Juro no volver a cacería de ninguna especie. Mira cómo erré ese tiro...

—Nos sucede a todos.

—No, errarle a un venado a esa distancia, solamente a mí...

Tras un momento de silencio, preguntó buscando algo con la mirada.

—¿Qué se han hecho las flores que había aquí ayer?

—No las han repuesto. ¿Quieres que las ordene? En Bogotá no eras aficionado a las flores.

Entreabrí uno de los libros.

—Jamás lo he sido —contestó Carlos—, pero... ¡No leas! Siéntate cerca, tengo que decirte algo. Cierra la puerta.

Su padre, que llegó hasta el umbral de la puerta, me libró.

Carlos —dijo desde afuera—, te necesitamos.

Carlos se puso en pie de un salto.

—Voy.

Por el ruido de las pisadas, supe que entraban al cuarto de mi padre.

No queriendo verme de nuevo en peligro de que Carlos me hablase del asunto, me dirigí al aposento de mi madre. Juan dormía en la alfombra. María se hallaba en el costurero. Estaba sentada. De su silla caían espumosas cintas celestes. Apenas sintió pasos levantó los ojos; se pasó por las sienes las manos para despejarlas de cabellos y se inclinó a recoger la costura.

—¿Dónde está mi madre? —le pregunté.

—En el cuarto de papá.

Me arrodillé a secarle el sudor de la frente al chiquito.

—¡Ay! —exclamó María— Voy a acostarlo.

Yo lo sostenía, María lo esperaba, besé los labios de Juan entre abiertos. María los besó también y lo estrechó contra su pecho.

Volvió pocos momentos después a terminar de arreglar la caja de costura.

—¿Has hablado con mi madre sobre la propuesta de Carlos?

—Sí —respondió sin mirarme.

—¿Qué te ha dicho? —deja eso ahora y hablemos.

Buscó aún algo en el suelo y tomando un aire serio, contestó.

—Muchas cosas.

—¿Cuáles?

—Esas que usted aprobó que ella me dijera.

—¿Yo? ¿Y por qué me tratas de usted?

—Algunas veces me olvido...

—Cuéntame.

—Ella no me ha autorizado a decirlo...

—A ver.

—Le dije que... no, tampoco se pueden decir esas.

—Ya me las dirás en otra ocasión, ¿no es verdad?

—Sí, hoy no.

—Mi madre me dijo que le dirás a él lo que debes, a fin de que sepa el honor que te hace.

Me miró sin responder.

—Así debe ser —continuó.

Bajó los ojos y siguió guardando silencio, distraída al parecer en clavar en orden las agujas en su almohadilla.

—María, ¿no me has oído? —agregué.

—Sí.

Y volvió a buscar mis miradas. Vi entonces que en sus pestañas brillaban lágrimas.

—Pero ¿por qué lloras? —le pregunté.

—No, si no lloro... ¿acaso he llorado?

Y tomando mi pañuelo se enjugó los ojos.

—Te han hecho sufrir con eso, ¿no? Si te has de poner triste, no hablemos más.

—No, no, hablemos más.

—¿Es mucho sacrificio oír lo que te dirá Carlos?

—Yo debo darle gusto a mamá. Ella me prometió que me acompañarían. Estarás ahí, ¿no es cierto?

—¿Y para qué? ¿Cómo podrías hablar con él?

—Bueno, pero tan cerca cuanto sea posible.

—Viene mamá —continuó.

Puso su mano sobre la mía un instante.

Entró mi madre.

—¿Y el baño? —dijo María.

Estaba acabando de vestirme a la sombra de los naranjos del baño, cuando Jerónimo y mi padre llegaron. El agua estaba a nivel con el chorro, y se veían en ella nadando errantes sobre el fondo diáfano, las rosas que la esclava Estéfana había derramado en el estanque. Tenía doce años y su belleza la hacía simpática a todos. Adoraba a María, quien se esmeraba en que vistiera con gracia.

Estefanía me pasó una copa con jugo de naranja, vino y azúcar.

—Hombre, su hijo vive como un rey —dijo Jerónimo a mi padre.

—Seis años ha vivido como estudiante, y le faltan por vivir así otros cinco cuando menos.

XXVIII

Aquella tarde, antes de que se levantaran las señoras a preparar el café, como lo hacían siempre, traje a colación las pescas de los niños y conté que les había prometido ayudarles a poner los anzuelos en la quebrada. Solamente María me miró como diciéndome “¿No hay remedio?”.

Atravesábamos el huerto. Esperamos a María y a mi hermana. Le ofrecí el brazo a mi madre. Emma rehusó cortésmente apoyarse en el de Carlos, so pretexto de llevar de la mano a uno de los niños. María lo aceptó casi temblando, y al poner la mano en él, se detuvo a esperarme.

Habíamos llegado y la voz de Carlos tomó un tono confidencial. María intentó detenerse, en su mirada había una súplica. Debí notar mi tormento, aunque noté un gesto de resolución extraño en ella. Había empezado a responderle, y lo hacía con voz nerviosa y segura a la vez.

—Habría sido mejor que usted hablase solamente con ellos... Sé estimar el honor que me depara, y lamento que deba llevarse una negativa por respuesta.

Carlos se desconcertó. María se soltó de su brazo, y se puso a jugar con los cabellos de Juan, asido a su falda.

Jerónimo con las manos en los bolsillos de su chaqueta azul, se acercó con mi padre. Para retrasarse, María se puso a coger moras con Juan. Aproveché para acercármele.

—¿Qué hago para no volver con ese señor?

—Te toca —respondí.

Sin embargo, le propuse a Carlos que camináramos hasta un paraje que quería mostrarle. El sol se ocultaba en medio de una

luz apacible y misteriosa que los campesinos llaman “el sol de los venados”. A la hora en que los habitantes de la oscuridad salen a husmear en los pajonales de las altas cuchillas.

—No pasemos por enfermizos, por endeble —dijo mi padre a Jerónimo—, pero regresemos acompañados.

Tomó la mano de María y dejó que Jerónimo llevara a mi madre y a Emma.

—Han estado más galantes que nosotros —dije a Carlos.

Yo llevaba a Juan en brazos. Me había pedido que lo cargara, por las espinas.

—¿Qué le dijiste? —preguntó mi padre a María.

—Que no.

—¿Por qué?

—Porque no.

—No es una respuesta.

—Nunca me casaré con él.

—Otro hombre...

—Sí —dijo María asustada.

—Será mejor que Carlos.

Le pasó la mano por la cabeza y la obligó a que lo mirase.

—¿Crees que eres muy linda?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No señor.

—Cuéntame cómo es.

María enmudeció.

—Vamos, confiesa.

Pero María no encontró las palabras. Temblaba.

—Lo sé todo. No debes tener secretos conmigo... ¿me entiendes?

—Aturdida, repitió.

—Lo sabe todo.

Mi padre guardó silencio. Habían llegado a las gradas del corredor del huerto.

En la noche, la mirada de María me reveló que algo había pasado con mi padre. Él intentó hacer menos difícil la situación de Jerónimo y su hijo. Aunque habiendo dicho que madrugarían al día siguiente, insistió Jerónimo, ahora, en anticipar la salida, pretextando la necesidad de estar temprano en su hacienda. A las nueve de la noche se despidió de la familia en el salón.

Mi afecto por Carlos revivió durante las últimas horas. Su carácter, del que tantas veces había recibido pruebas, cuando éramos estudiantes, se ratificó en su nobleza. Me sentí culpable de las reservas que le tuve. Si cuando supe de sus pretensiones, le hubiera hecho saber mi amor a María, hoy nada tendría que echarme en cara. Lo que en realidad había pasado, tenía que pasar y pasó. El amor que se apoderó de mi corazón, lo hizo insensible a todo sentimiento que no viniese de María.

—Tengo que disculparme por no confiar más en ti —confesó Carlos.

—¿De qué confianza hablas? —le respondí.

—¿Qué? ¿No lo has notado?

—No.

—Tú sabes el objeto de nuestra visita.

—Sí.

—¿Estás al corriente del resultado de mi propuesta?

—No bien, pero...

—Pero lo adivinas.

—Es verdad.

—¿Por qué crees que no hablé contigo sobre lo que pretendía, antes de hacerlo con cualquier otro y antes de consultárselo a mi padre?

—Una delicadeza de tu parte...

—No, lo que hubo fue torpeza, imprevisión, olvido... no tengo idea para qué diablos le sirve a uno haber vivido veinticuatro años. Hace más de un año que nos separamos cuando me vine al Cauca, ojalá te hubiera esperado, como propusiste. Desde mi llegada a tu casa, todos me atendieron, vieron en mí a un amigo tuyo, les habías hecho saber la amistad que nos une. Antes de que llegaras, vi dos o tres veces a la señorita María y a tu hermana. Hace un mes mi padre me habló del placer que le daría que yo tomara por esposa a una de las dos. Convine en que pediría la mano de la señorita María. Te preguntarás por qué no te busqué ¿Por qué no te escribí? ¿Sabes por qué? Creí que al hacerte la confianza te ponía en situación de hacer algo a mi favor, y el orgullo me lo impidió. Olvidé que eras mi amigo.

—Siempre lo seré...

—Sabes que no soy hombre de echarme a morir. Recordarás que siempre me reí de las grandes pasiones exaltadas en los somnolientos dramas franceses que leías en el invierno. Pero lo que hay de fondo es otra cosa. Necesito casarme, y me halagaba la idea de entrar a tu casa, de ser casi tu hermano. No ha sido así, comprendo que debo buscar una mujer que me ame, sin hacerme merecedor de tu odio...

—¿De mi odio? ¡Cómo se te puede ocurrir! —interrumpí molesto.

—Perdona mi franqueza. ¡Qué barbaridad habría sido! Debes amarla mucho —continuó después de la pausa— pocas horas me han bastado para comprenderlo todo ¿La amas como creíste llegar a amar cuando tenías dieciocho años?

—Sí.

—¿Y tu padre lo sabe?

—Sí.

—¿Sí? —preguntó admirado.

Le conté la conversación con mi padre.

—¿Y la enfermedad, la misma de su madre? Vas a pasar la mitad de tu vida sentado en una tumba.

Sus palabras me estremecieron de dolor. Pronunciadas por Carlos tenían una fatalidad solemne. Aun así, me levanté y nos unimos en un estrecho abrazo lleno de ternura. Me separé de él abrumado de tristeza, aunque libre de remordimiento y humillación.

Cuando volví al salón, mi hermana ensayaba en la guitarra un vals y María me contó la conversación con mi padre. Nunca antes la sentí tan expresiva conmigo. Le vi el placer del encuentro retozando en sus labios.

XXIX

La visita nos había represado las tareas de escritorio. Trabajamos todo el día. A las ocho de la noche nos desocupamos y acompañé a mi padre hasta su alcoba.

—Hoy hemos hecho bastante, pero todavía falta mucho. Mañana temprano debemos continuar.

María me esperaba en el salón, estaba con Emma y mi madre, leyendo la *Imitación de la Virgen* y enseñando oraciones a los niños. Le parecía natural que pasáramos unos momentos juntos.

—¿Hablaste con tu amigo antes de partir? —preguntó María.

—Sí ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quiero saber.

—¿Y cuál es el interés?

—¿Te invitó a que le devolvieras la visita?

—Sí.

—¿Irás?

—Seguramente.

—Te quiere mucho.

—...

—¿Lo quieres como cuando estaban en el colegio?

—¿Por qué quieres hablar de esto?

—Quiero que sea siempre tu amigo... ¡no le habrás contado nada!

—¿Nada de qué?

—¡Pues de lo nuestro!

Y como me quedé en suspenso para picarle la curiosidad, siguió.

—Bueno, está bien, no me digas —se puso a hacer torrecillas con las fichas.

—Si no me miras —le dije— no te cuento.

—Ya pues... di.

—Se lo he contado todo.

—¡Ay no! ¿Todo?

—¿Hice mal?

—Sí se lo ibas a contar ¿por qué no lo hiciste antes de que viniera?

—Mi padre no quiso.

—Sí, pero él no habría venido. ¿Quedaron de amigos?

—Claro, no hay motivo para dejar de serlo.

—Sí, porque yo no quiero que por esto...

—María, él no te estima menos que antes por lo que has hecho.

—¿Sabes por qué se resolvieron así las cosas con ese señor?

—¿Por qué?

—¡Pero no te rías...

—No me reiré.

—Pero si ya estás riéndote.

—No, no me estoy riendo.

—Ha sido porque yo se lo pedí a la Virgen.

—¿Y si la Virgen no te hubiera concedido lo que le pedías?

—Imposible, siempre me concede lo que le pido.

Cuando se fue a dormir, olvidó su pañuelo. Fue mi tesoro en las noches.

XXX

Mi padre dictaba y se afeitaba mientras yo escribía. Entrebrió la puerta y llamó a mi hermana.

—Está en la huerta —respondió María desde el costurero—. ¿Necesita usted algo?

—Ven tú, María —le contestó a tiempo que yo le presentaba las cartas—. ¿Quieres que bajemos mañana?

—Sí.

—Hay mucho que hacer. Yendo ambos, nos desocuparemos más pronto. Entra, hija.

—Buenos días —dijo María.

Mientras mi padre acababa de firmar las cartas, ella miró las láminas del cuarto.

—Mira —le dijo mi padre mostrándole sus cabellos—, ¿no te parece que tengo mucho pelo?

—Sí, señor.

—Pues córtalo —y tomó unas tijeras que le extendió.

Se acomodó dando la espalda a la ventana y a nosotros.

—Cuidado pues con trasquilarme. ¿Está la otra carta? —añadió dirigiéndose a mí.

—Sí, señor.

Y comenzó a dictar otra vez.

—Alguna vez mis cabellos fueron negros y abundantes —se interrumpió—. ¿Sabes por qué se cayeron y encanecieron tan pronto?

—No, señor.

—Pues cuando yo tenía veinte años —explicó—, cuando me casé, acostumbraba bañarme la cabeza todos los días con agua de colonia. Qué disparate, ¿no?

—Y todavía —observó ella.

Mi padre rio. Yo leí el final de la frase escrita.

—¿Terminaste?

Cuando María se inclinó a recoger los cortes de cabello, la rosa de una de sus trenzas le cayó a él a los pies. Iba a alzarla ella misma, pero mi padre se anticipó.

—Yo te la pondré ahora donde estaba.

Se acercó y le colocó la flor con tanta gracia como lo hubiera podido hacer Emma, la besó en la frente y dijo en voz baja: “Todavía puedo despertar envidias”.

XXXI

Serían las once. Terminado el trabajo estaba yo acodado en la ventana de mi cuarto mientras mis pensamientos volaban por regiones desconocidas; las palomas a la sombra de los naranjos se arrullaban amorosas. Divisé en el camino de las lomas a Tránsito y a su padre.

Salí. Crucé el huerto y fui al puente a esperarlos.

Cuando nos encontramos pregunté por Braulio a Tránsito.

—Se quedó aprovechando el buen sol —dijo—. ¿Y la Virgen de la Silla?

Era la forma que tenía Tránsito de preguntarme por María.

—Bien y esperándote.

Cuando nos acercamos a la casa, María y Emma salieron a recibir a Tránsito. José se zafó la mochila de la espalda, llena de legumbres, y entró con nosotros al cuarto de mi madre. A su paso, Mayo le gruñó, y el montañés le dijo riendo:

—¡Hola abuelo! ¿No me quieres? ¿Será porque estoy tan viejo como tú?

—¿Y Lucía? —preguntó María a Tránsito— ¿Por qué no los acompañó?

—Es tan floja, y tan montuna...

—Pero Efraín dice que con él no es así —observó Emma.

—Con él menos, porque como va tanto le ha ido perdiendo el miedo.

—¿Y para cuándo el matrimonio? —preguntó Emma.

—De hoy en ocho días. Llegaremos al pueblo cuando asome el sol. Saliendo ustedes de aquí a las cinco nos alcanzarán. Será

un domingo como todos, solo que ustedes nos visitarán —concluyó José.

—¿Y Tránsito irá a pie al pueblo? —pregunté.

—¿Y cómo más? —preguntó ella.

—A caballo. Ahí están los míos.

—A mí me gusta andar a pie...

—Lucía les tiene miedo a las bestias —respondió Tránsito.

—¿Por qué? —preguntó Emma.

—En la provincia solo los blancos andan a caballo.

—¿Quién te ha dicho que no eres blanca? —pregunté a Tránsito.

—A las que me refiero es a las blancas ricas.

José fue a saludar a mi padre, se despidió prometiéndonos pasar por la tarde y quedarse a comer con nosotros.

A las cinco, cuando salimos a acompañarlos para que tomaran camino a la montaña, María, que iba a mi lado, dijo.

—Quedó divina, si la vieras con el vestido que le hice, y los zarcillos y la gargantilla que le regalaron Emma y mamá.

—¿Y por qué no me llamaste para verla?

—Porque no se usa, Tránsito no quiso.

—Ya veremos cómo los ahijados nos enseñarán a responder lo que responden los que se casan, por si se nos llega a ofrecer...

Nada en María pareció responder a mi alusión, siguió pensativa.

Braulio esperaba a Tránsito.

—Se les va a hacer tarde para regresar —nos dijo Tránsito.

Nos despedimos de los montañeses y estuvimos unos instantes más viéndolos cómo se internaban en la selva.

Bajamos las últimas colinas, ella llevando de la mano a Juan.

—María está cansada —dijo Juan.

Le ofrecí mi brazo. Poco a poco el sol se fue apagando, la luna se levantaba a nuestras espaldas. Yo observaba discretamente el rostro de María, sentía los pasos de su mal, que se anunciaba con una súbita y espesa melancolía.

—¿Por qué tan triste? —pregunté.

Y como si hubiera despertado de repente de un sueño, me dijo.

—Siempre estoy triste.

—¿Y no podría yo contentarte?

—Basta que seas alegre.

—¿Y lo estarás tú también?

—Sí, sí —dijo—, estaré como quieras que esté.

—¿Y lo prometido... y que no me has dado?

—¿Qué?

—Los cabellos.

—¿Y si se nota, al peinarme?

—Dirás que fue un accidente.

—¿Será esto? —dijo después de sacar algo debajo del pañolón que me entregó con reserva.

Su mano rodó, poco a poco, hasta encontrarse con la mía.

—¿Ahora sí estás contento?

Quiso mi padre que leyéramos de sobremesa un número de *El Día*. Terminada la lectura, se me acercó Juan y puso su cabeza en mis rodillas.

—¿Por qué no te has dormido? —pregunté acariciándolo.

—Quiero que tú me hagas dormir —contestó a media lengua.

—¿Y por qué no María?

—Estoy muy bravo con ella —repuso.

—¿Con ella? ¿Qué te ha hecho?

—No me quiere esta noche.

—¿Cómo así que no te quiere esta noche?

—Le pedí que me contara el cuento de Caperucita, y no quiso. Le he pedido besos y no me ha dado ni uno.

—Y si esta noche tienes sueños miedosos —le dije—, ¿quién te acompañará?

—Tú... Ya no le ayudaré a coger más flores, ni le llevaré los peines al baño.

—Ella te quiere mucho, te adora, ve y dile que te dé los besos y que te cuente un cuento, ya verás...

—No —dijo poniéndose en pie—, voy a traértela para que la regañes.

—¿Yo?

Y salió en su busca. A poco se presentó conduciéndola de la mano.

—¿Por qué me traes aquí?

—Te haces aquí —respondió Juan, obligándola a sentarse a mi lado.

—¡Ah ingrato! Duérmete pues con él.

Juan se puso a llorar, tendiéndome sus bracitos para que lo tomase.

—No mi amor, no me creas —dijo ella— no es verdad, son bromas de tu Mimiya.

Pero Juan insistió en que yo lo recibiera.

—Conque así es la cosa —continuó María— bueno, haré que te lleven la cama al cuarto de tu hermano, ya no me necesitas. Me quedaré sola y llorando, si tú no me quieres.

María se cubrió la cara fingiendo llanto. Juan esperó, se fue escurriendo hacia mis rodillas y se acercó tratando de descubrirle el rostro.

—Te quiero como a los ojitos... Ya no estoy bravo ni tonto —dijo Juan—, voy a rezar para que me hagas otros calzones.

—Muéstrame los calzones que te hacen —le dije.

Juan se puso en pie sobre el sofá, entre María y yo, para mostrarme sus primeros calzones.

—¡Qué lindos! —exclamé abrazándolo— Si me quieres, conseguiré que te hagan muchos, y te compraré una silla, zamarros, espuelas...

—Y un caballito negro —interrumpió.

—Sí.

Me abrazó, me dio un prolongado beso, y luego se abrazó al cuello de María, se arrodilló, juntó las manos, y cuando terminó de rezar se reclinó soñoliento sobre las faldas de María.

XXXII

Esa mañana me resultó penoso acompañar a mi padre a las haciendas de abajo, mientras Emma y María, empacaban en morrales, provisiones para una semana, que Juan Ángel iba cargando en las bestias.

—Con todo lo que están echando, se puede tener contento a un obispo —dijo mi padre.

María, que por acomodar las provisiones daba la espalda a mi padre, se volvió a él, al tiempo que yo llegaba.

—Pues como van a estar tantos días...

—No muchos niña, ni te creas —replicó riéndose—, todo está muy bien, te lo agradezco, aunque Efraín se desgana cuando salimos.

—¿Qué cosa? —pregunté sin entender del todo.

—Con todo lo que nos han echado, podemos quedarnos quince días.

—Fue mamá la que ordenó —observó María.

—No hagas caso judía —solía llamarla así cuando chaceaban— todo está bien, salvo la cantidad de botellas de tinto, allá no hay vino y es necesario llevar suficiente.

—No cabe —respondió María.

—¿No cabe el vino? Ya veremos si no cabe.

Y se fue a la bodega con Juan Ángel, regresaron cargados de botellas y unas cuantas latas de salmón.

—Ahora veremos si no caben.

—¿Y las latas también?

Se puso a sacar cosas que ya estaban empacadas, con lo que hizo que María se alarmase.

—No puedes dejar la comida por llevar el vino.

—¿Y como por qué no, judía?

—Porque son pastas y... porque las he hecho yo.

En esas avisaron que el almuerzo estaba servido, y todos nos dirigimos al comedor, mientras mi padre decía.

—Dejemos que Estéfana nos resuelva el problema, ella hará caber todo.

Cuando los demás se adelantaron, María sacó unas tijeras.

—Corta —me dijo.

—¿De dónde?

—De donde no se note.

Había abierto el relicario que llevaba suspendido al cuello.

—Ponlo aquí —agregó.

—¿Y el de tu madre?

—Va por encima, para que no se vea el tuyo.

—No quisiera irme María, no quisiera dejarte.

—Pero me parece que te vas contento.

—No, al contrario. Si parezco feliz, es solo por no contrariar a mi padre. Debo ayudarle con su trabajo.

—Yo también procuraré no mostrarme triste, por mamá y Emma...

—Piénsame —le dije mientras guardaba el pelo.

Nos separamos para llegar al comedor por diferentes entradas.

XXXIII

Los soles de siete días se habían apagado sobre nosotros. Mi padre desde un catre dictaba, y yo escribía. Era un hombre incansable, pero el trabajo había sido excesivo. Disminuí la luz del cuarto, cerré ventanas y puertas, y esperé a que despertase. Era una noche serena y silenciosa de verano, en los naranjos revoloteaban las candelillas, de repente sentí el aleteo de un ave asustada entre los suspiros del viento.

El blanco pórtico que da al patio contrastaba con la oscuridad de la llanura lejana, a ratos iluminada por los celajes de una tormenta que se incubaba a lo lejos, quizá en el mar.

María se habrá dormido sonriendo, aunque despertó alarmada por la inminencia de mi viaje. Me pareció oír el galope de un caballo. Imaginé que podría haber sido el criado que habíamos enviado a la ciudad hacía cuatro días por la correspondencia. El galope se fue acercando a la casa.

—¿Camilo? —pregunté cuando lo sentí encima.

—Sí, mi amo —respondió entregándome el paquete de cartas.

El ruido de sus espuelas despertó a mi padre.

—¿Qué es esta hora de llegar? —interrogó mi padre con molestia.

—Me despacharon a las doce, mi amo, pero el Cauca se creció en Guayabo, y ahí me quedé detenido.

—Pídele a Feliciano que te haga de comer, y cuídame mucho el caballo.

Revisó las cartas y cuando encontró la que deseaba, dijo.

—Empieza por esta.

Leí en voz alta y al llegar a un punto me detuve involuntariamente. Me quitó la carta, devoró el contenido y cuando terminó arrojó el papel sobre la mesa.

—¡Ese hombre me mató! Sucedió lo que tu madre temía.

Recogí la carta.

—Léela alto —añadió mi padre mientras se paseaba.

—Eso ya no tiene remedio —dijo apenas concluí—, pero yo soy el único culpable.

Le interrumpí para decirle que tal vez había un recurso para hacer menos grave la pérdida.

—Moriré sin haber aprendido a desconfiar de los hombres.

Muchas veces en la vida comercial había recibido dolorosas lecciones. Una vez, un dependiente a quien había mandado a los Chocoes a cambiar una considerable cantidad de mercancía por oro, que urgía enviar a los acreedores en el extranjero, jugó y perdió todo el oro.

A tiempo de acostarse, mi padre dijo desde su lecho.

—Hay que ocultarle a tu madre lo que ha sucedido. Será necesario demorar un día más nuestro regreso.

Cuando lo vi dormido, hallé en su semblante el aire de una cansada resignación. No pude menos que seguir contemplándolo. No había amanecido aún, pero tuve que salir a buscar aire para calmar la fiebre que me había atormentado durante el insomnio.

Se iba apagando la tarde, del día siguiente, cuando mi padre y yo subíamos por el camino que lleva a la casa de la sierra, divisamos el corredor occidental, donde toda la familia nos esperaba; mi padre me pidió, una vez más, que no contara nada.

XXXIV

Antes de llegar a la casa, encontramos a María que estaba de pie junto a Emma, sobre una de las grandes piedras que dominan el valle. Nos acercamos, María se sentó para evitar que el viento le agitase la falda.

—Niña —dijo mi padre entre sorprendido y risueño—, ¿cómo te trepaste?

—Como estábamos solas... vinimos y me trepé.

—¿Debemos irnos para que puedas bajar? —preguntó mi padre.

—Yo le ayudé —intervino Emma.

—Yo no tenía susto.

—Vámonos pues —concluyó mi padre.

Pero María me dijo con los ojos: “No te vayas”. Mi padre volvió a montar y se dirigió a la casa.

—Por aquí fue por donde subimos —me dijo María mostrándome unas grietas en la roca.

Descendí del caballo, ella me extendió la mano, demasiado trémula para ayudarme, así que me senté a sus pies, y ella dijo.

—Papá creará que estamos locas.

La luz de sus ojos me decía que ella era tan feliz como yo.

—Me voy —dijo Emma súbitamente mientras se alejaba algunos pasos.

—No, no te vayas. Esperanos un instante —suplicó María poniéndose en pie.

—Aquí estamos tan bien —dije.

—Sí, pero Emma quiere irse, mamá nos estará esperando, ayúdame a bajar, ya no tengo miedo. Alcánzame tu pañuelo.

—Tómalo de esta punta, y cuando ya no me alcances a dar la mano, me cojo yo de él.

Una vez descendió del peñasco, dijo.

—Ahora tú.

Salté al pasto, le ofrecí el brazo y nos dirigimos a casa.

—Si no hubiera llegado ¿cómo habrías bajado? Eres una loca.

—Pues habría bajado sola. Ayer también subimos, y bajé sola. Pero dime ¿Por qué han demorado tanto?

—Cosas de los negocios. ¿Qué has hecho en estos días?

—Desear que pasaran.

—¿Nada más?

—Cosas y pensar mucho.

—¿En qué?

—En muchas cosas que se piensan y no se dicen.

—¿Ni a mí?

—A ti menos.

—...

—Porque tú las sabes.

—¿No has leído?

—No, porque me da tristeza leer sola, y ya no me gustan los cuentos de las *Veladas de la Quinta*, ni las *Tardes de la Granja*. Iba a volver a leer *Atala*, pero como has dicho que tiene un pasaje, no sé cómo...

Y dirigiéndose a mi hermana, que se nos había adelantado.

—¿Emma qué es ese afán?

Emma se detuvo, sonrió y siguió andando.

—¿Qué estabas haciendo antenoche a las diez?

—¿Antenoche? —repuso ella deteniéndose— ¿Por qué la pregunta?

—Porque a esa hora estaba yo muy triste pensando en ti. Cosas que no se dicen.

—Tú sí las dices.

—Cuéntame lo que hacías, y te diré.

—Me da miedo.

—¿Miedo?

—Es una tontería. Estaba sentada con mamá en el corredor, me había dicho que no tenía sueño, cuando oímos que sonaban las hojas de la ventana de tu cuarto, creímos que se hubiesen quedado abiertas, así que tomé una luz para ir a ver... ¡Qué tontería! Vuelve a darme susto cuando me acuerdo de lo que sucedió.

—¿Qué sucedió? Cuenta, por favor.

—Abrimos la puerta, y sobre una de las hojas de la ventana, que agitaba el viento, había un ave negra del tamaño de una paloma muy grande. Dio un chillido horroroso, que yo jamás había escuchado, pareció encandilarse, se sacudió nerviosa y tras revolotear un instante apagó la luz, mientras pasaba veloz sobre nuestras cabezas. Huimos espantadas. Esa noche me soñé... ¿por qué te quedas así?

—¿Cómo?

Lo que María me contaba había pasado a la misma hora en que leíamos la carta. El ave era la misma que me había azotado la sien la noche en que a María le repitió el acceso.

—Veo que he hecho mal en contarte.

—Dime, ¿qué soñaste?

—No, no debo decírtelo.

—¿Ni siquiera más tarde?

—Quizás nunca.

Emma abrió la puerta del patio.

—Espéranos —le dijo María.

Nos reunimos, ellas se cogieron de la mano mientras llegábamos al corredor. Sentí un pavor sin nombre, miedo oscuro de algo. Una vez adentro me retiré a mi cuarto con el pretexto de cambiarme el traje.

XXXV

El día siguiente, doce de diciembre, era el matrimonio de Tránsito. Resolvimos que mi madre, María, Felipe y yo seríamos los del paseo, porque mi hermana debía quedarse arreglando los regalos para que los novios los encontrasen a su regreso.

Pasada la cena, mi hermana tocó la guitarra. María y yo conversábamos reclinados en la baranda.

—Tienes algo que te está molestando —dijo.

—¿No me ves contento?

—No, sé... algo te pasa. Estás haciendo algo que nunca pensé que harías.

—¿Qué?

—Fingir.

—¿Contigo?

—Sí.

—Sí, tienes razón. Estoy fingiendo. Hace cuatro meses que vivo engañando...

—¿Engañarme tú a mí?

Me buscó los ojos para confirmar lo que temía, pero como me reí de su afán, dijo avergonzada.

—Explícame.

—No tiene explicación.

—Por Dios, por lo que más quieras, explícamelo.

—Para vengarme de lo que acabas de pensar, no te lo diré si no me lo ruegas...

—¿Cómo te lo puedo pedir?

—Piensa.

—Ya pensé —dijo María tras una pausa.

—Di, pues.

—Por lo que más quieras, después de Dios y de ti...

—No, así no...

—¿Cómo entonces?

—De otro modo.

Entonces se resolvió a decir en voz muy baja.

—Por María que te...

—... Ama tanto —concluí yo.

Tomé sus manos entre las mías.

—Dime ya —insistió ella.

—He estado engañándote, porque no me he atrevido a confesarte todo lo mucho que te amo.

—¿Más todavía? ¿Y por qué?

—Por temor...

—¿Temor de qué?

—De que tú me ames menos, menos que yo.

—Entonces el engañado eres tú.

—Si yo te lo hubiera dicho...

—Los ojos jamás dicen las cosas que uno no quiera decir.

—¿Lo crees?

—Los tuyos me lo han enseñado. Dime ahora por qué estás así. ¿Viste al doctor?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho de mí?

—Lo mismo que antes: que no volverás a tener novedad, pero no hablemos de eso.

—Solo una cosa más: ¿cree él que mi enfermedad es la misma de mi madre?

—Nunca lo ha dicho.

—Estoy bien, es cierto, pero muchas veces he pensado con horror en ese mal. Tengo fe que Dios me haya oído.

—Es cierto que hay algo por lo que me esforzaba, esta noche, por estar sereno, pero tú me lo has hecho olvidar...

Le referí la noticia que habíamos recibido en la carta.

—¿Y esa ave negra? —preguntó alarmada cuando concluí.

—Una casualidad.

—Lo que soñé me preocupa.

—¿Y si no me cuentas?

—Hoy no, algún día.

Media hora después nos separamos. Quedamos en madrugar para emprender viaje a la parroquia.

Antes de las cinco llamó Juan Ángel a mi puerta.

—Buenos días. Todo está listo —dijo María entrando al salón con café para Felipe y para mí.

—Hoy —dijo Felipe— el retinto está furioso. Lo que es el miedo...

María lucía un sombrero de terciopelo negro con cintas escocesas, abrochado bajo el mentón. La cara medio oculta por el velillo azul. Una rosa salpicada de rocío en las trenzas. Una falda

negra que ceñía bajo un corpiño del mismo color, cinturón azul y broche de brillantes, y una capa que caía desde sus hombros.

—¿En cuál caballo quieres ir? —le pregunté.

—En el retinto.

—¡No, no puede ser! —respondí sorprendido.

—¿Por qué? ¿Temes que me bote?

—Por supuesto.

—Ya lo he montado.

—Hoy no quiere que ni se le toque, hace mucho que no lo montas....

—Prometo no mostrarle el fuate.

Felipe, sobre el Chivo, lo encabritaba con sus espuelas.

Mi madre iba en su rosillo predilecto. María tomó el retinto. Antes de trepar le acarició el cuello, hasta que se quedó inmóvil mordiendo el freno.

—¿Ves? —dijo María, ya sobre el animal— me reconoce. Cuando papá lo compró para ti, tenía enferma esta mano, y yo hacía que Juan Ángel lo curara bien todas las tardes.

El caballo estornudó. Partimos, Juan Ángel nos siguió llevando en la cabeza de la silla una bolsa de tela bolsa con los vestidos de las señoras. La cabalgadura de María lucía un paso blando y airoso. Sus crines temblaban sobre el cuello arqueado. María cabalgaba confiadamente, como si estuviera meciéndose en su poltrona, pero yo seguía intranquilo. Me dijo sin que mi madre alcanzase a oírla.

—Voy a darle un fuetazo, uno solo.

—¡Cuidado!

—Uno solamente, para que veas que nada hace. Tú eres un ingrato con el retinto, quieres más a ese rucio... en este ibas la noche que fuiste a llamar al doctor.

—¡Ah! Un animal excelente.

—Pero lo quieres cuanto merece.

—Tú menos, quieres mortificarlo inútilmente.

—Vas a ver que no hace nada.

—¡Cuidado, cuidado, María! Dame el fuate.

—Lo dejaremos para después, cuando lleguemos a los llanos.

Y se reía de mi zozobra por su osadía.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre que se había acercado.

—Nada, nada señora —respondió María— es que Efraín cree que el caballo me va a tumbar.

—Pero si tú... —dije.

Ella me ordenó callar poniéndose el mango de la fusta sobre sus labios, y me lo entregó.

—¿Y por qué tan valiente hoy? —preguntó mi madre— si otras veces le has tenido miedo.

—Me está haciendo quedar mal —contestó María sonrojada— el señor está convencido de que soy guapísima.

—¿Conque no tienes miedo hoy? —insistió mi madre.

—Sí, pero no tanto, el caballo se ha amansado...

Cuando llegamos a las pampas, el sol había rasgado las nieblas a nuestra espalda. Los riachuelos que vadeábamos corrían a perderse en los lejanos recodos del Zabaletas. María dejó caer el velillo sobre su rostro, y a través de las inquietas gasas color cielo, buscó mis ojos. Guardamos silencio mientras atravesamos

la llanura; solamente Felipe hablaba, hacía mil preguntas a mi madre sobre todo cuanto veía.

En un momento en que María estuvo cerca de mí, me dijo:

—¿En qué piensas? Vuelves a estar como anoche. ¿Es tan grande el problema?

—No pensaba en él, tú me haces olvidarlo.

—¿Es tan irremediable la pérdida?

—Tal vez no. Pensaba en la felicidad de Braulio.

—¿En la de él solamente?

—Me es más fácil imaginarme la de Braulio. Él va a ser desde hoy completamente dichoso, yo voy a ausentarme de ti por años.

Ella me había escuchado sin mirarme, y levantando al fin los ojos, respondió alzando el velillo.

—¿Es una pérdida muy grande?

—¿Por qué quieres hablar de eso?

—Y ¿por qué no?

—...

—Está bien. No me cuentes. Alcancemos a mamá.

Salimos a la campiña y vimos blanquear la torrecilla de la parroquia y colorearse los techos de las casas. Mi caballo y el de María volvieron a emparejarse y ella volvió a la carga.

—Que Dios me perdone, Efraín, pero no puedo dejar de pensar que el revés económico de papá puede tener un lado bueno...

Me quedé frío al oírla porque yo también había pensado en la posibilidad de sacarle provecho a la tragedia de mi padre, un pensamiento mezquino que había tratado en vano de sacarme de la cabeza. Como buen cobarde, me hice el inocente.

—¿Qué quieres decir?

—Que si la cosa es muy grave, papá necesitará ahora más de ti... aceptará que le ayudes...

—Sí —respondí dominado por su mirada.

—¿Ves?

—¡Puedo relevar a mi padre de su promesa de enviarme a Europa, le prometeré luchar a su lado hasta el fin, y él consentirá, debe consentir... así no nos separaremos tú y yo nunca... no nos separarán!

Cuando llegamos al pueblo, vino Braulio a saludarnos y a decirnos que el cura esperaba. Mi madre y María fueron a cambiarse los vestidos.

El cura salió a nuestro encuentro y nos invitó a almorzar con él.

Durante la ceremonia, Braulio no cabía en su felicidad. Tránsito miraba al suelo, y contestó con voz alterada cuando el cura le preguntó. José, a su lado, empuñaba los cirios; y sus ojos se veían llorosos. Mientras el cura bendecía las manos enlazadas de los novios, Tránsito se atrevió a mirar a su marido con amor.

Al terminar la ceremonia, Braulio nos dijo que mientras montábamos ellos saldrían del pueblo. Media hora después les dimos alcance. Tránsito iba de vestido dominguero. Acortamos el paso para ir con ellos un rato y esperar a mi madre. Tránsito iba al lado de María, quitándole del faldón las pelusas que se le habían pegado en los pajonales: hablaba poco, y en su expresión se descubría una delicada mezcla de modestia y placer.

Al despedirnos de ellos, les prometimos ir aquella tarde a la montaña. Tránsito le sonrió a María con dulzura. Parecían unidas por un amor fraternal. María retuvo entre las suyas la mano que le ofrecía tímidamente su ahijada, diciéndole:

—Me da mucha pena el pensar que vas a hacer todo el camino a pie.

—¿Por qué, señorita?

—¿Señorita?

—Madrina, ¿no?

—Sí... sí.

—Bueno. Nos iremos poco a poco ¿verdad? —dijo dirigiéndose a los montañeses.

—Sí —respondió Braulio—, y si no te avergüenzas hoy también de apoyarte en mí para subir los repechos, no llegarás tan cansada.

Mi madre, que nos dio alcance con Felipe, instó a José para que al día siguiente llevase la familia a comer con nosotros, y él aceptó entre complacido y tímido.

La conversación se hizo general durante el regreso, lo que María y yo procuramos para que se distrajese mi madre, quien se quejaba de cansancio, como siempre que andaba a caballo. Solamente al acercarnos a la casa me dijo María en voz baja:

—¿Hablarás con papá hoy?

—Sí.

—No se lo digas hoy.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Cuándo quieres que se lo diga?

—Si pasados estos ocho días no te habla nada de viaje, busca ocasión para decírselo. ¿Y sabes cuál será la mejor? Al final de un

día en que hayan trabajado duro juntos, cuando esté más consciente de lo valiosa que puede ser tu ayuda aquí.

—Pero mientras tanto no podré soportar la incertidumbre de ignorar su reacción.

—¿Y si él no conviene?

—¿Lo temes?

—Sí.

—¿Y qué haremos entonces?

—Tú, obedecerle.

—¿Y tú?

—¡Ay! ¿Quién sabe?

—Debemos creer que aceptará, María.

—No, no, porque si me engañara, sé que ese engaño me haría un mal muy grande. Pero hazlo como te digo: así puede ser que todo salga bien.

XXXVI

Cuando llegamos nos extrañó ver cerradas las ventanas del aposento de mi madre. Eloísa salió a recibirnos, y nos indicó por señas que no hiciéramos ruido.

—Papá está enfermo —dijo.

María y yo cruzamos miradas. Ella y mi madre entraron a verlo; las seguí.

—No es nada —dijo él—, me resfrié.

Tenía las manos y los pies fríos y la frente caliente.

Se sirvió el almuerzo, las mujeres no ocuparon su lugar habitual. Emma fue a decirme que mi padre me llamaba. La fiebre había subido. Las mujeres lo rodeaban.

—Apaguen algunas luces —dijo él cuando entré.

—Aquí está Efraín —dijo mi madre.

—Esto no tiene sino un remedio —le dijo él, y me pidió que le llevara las cartas para firmarlas.

—Esperemos que mejore, así despachará mejor —me atreví a sugerirle.

—¡Qué va hombre! Tráeme esas cartas.

Mi madre me llamó aparte para decirme que llamáramos al médico. Estuve de acuerdo. Luego que despaché un paje en busca del médico, volví a la habitación.

—¿A qué hora volvieron? —me preguntó él.

—Hace más de una hora.

—¿Dónde está tu madre?

—Voy a llamarla.

—Que no sepa nada.

—Sí, señor, esté usted tranquilo.

—¿Pusiste esa posdata a la carta?

—Sí señor.

—¿Sacaste del armario la correspondencia y los recibos?

Fue seguro que mi madre escuchó el diálogo, y como parecía que se había quedado dormido, me preguntó.

—¿Ha tenido tu padre alguna molestia en estos días? ¿Ha recibido alguna mala noticia? ¿Qué es lo que no quiere que yo sepa?

—Nada —le respondí fingiendo la mayor naturalidad.

—Entonces ¿qué significa el delirio? ¿De quién se queja? ¿De qué cartas habla tanto?

—No lo sé, ni lo adivino.

A las cuatro de la tarde llegó el médico. La fiebre no había cedido, y el enfermo continuaba delirando. Todos los remedios caseros que le habíamos aplicado habían sido inútiles. El doctor ordenó un baño de tina y ventosas.

—Lo más probable es que sea una fiebre cerebral —me dijo.

—¿Y el dolor en el hígado?

—Lo uno no tiene que ver con lo otro, pero hay que atender las dos cosas.

—¿Le parece que está muy grave?

—¿Se ha fatigado mucho en estos días?

—Sí, hasta ayer estuvimos en las haciendas de abajo y trabajamos mucho.

—¿Ha tenido algún disgusto serio?

—Sí, hace tres días se le dañó un negocio grande.

—¿Y le ha hecho mucha impresión?

—Desde luego.

—Hay enfermedades que afectan el ánimo...

—Yo creo que esa es la causa principal de la enfermedad. No le cuente nada a mi madre, por favor. Esa es la voluntad de mi padre.

—No se preocupe, por mí no lo sabrá. Vamos —agregó poniéndose en pie y tomando la copa donde preparó la droga—, esto le hará bien.

A las dos de la mañana la fiebre no había cedido un grado. Aun así, el médico se fue. La estancia quedó en profundo silencio. Mi madre permanecía orando en la cabecera, con la mirada puesta en el cuadro de un Cristo. María envolvía los pies de mi padre, que se había quejado de frío.

—Ándate a descansar —le dije a María.

—¿Por qué?

—Porque no es bueno que pases la noche en vela.

—¿Qué hora es?

—Van a ser las tres.

—No estoy cansada y pronto amanecerá. ¿Por qué no vas a descansar tú? Si pasa algo yo misma te llamo.

—¿Cómo están los pies?

—Muy fríos. Voy a ver qué tiene Juan, ya regreso.

El niño había despertado y la llamaba asustado.

—¿Es tiempo del remedio? —le pregunté cuando volvió.

—Pregúntale a mi madre.

Nos acercamos al lecho. Mi padre abrió los ojos, estaban completamente inyectados, la luz le molestó.

—Hora de la bebida —dijo mi madre.

—Mucha sed... mucha sed...

—Esto la calmará —observó ella pasándole el vaso.

—¡Me duele mucho aquí! —dijo él mientras se tocaba la cabeza.

Intentamos incorporarlo. María se paró al borde de la cama e intentó ayudarlo apoyándose en las almohadas.

—Tiene que incorporarse...

—Veamos, hija —contestó con voz débil.

Con mucho esfuerzo consiguió beber unos sorbos.

—¡Cómo se ha postrado! —dijo María.

—Es una bebida narcótica —le dije.

—¿Qué te dijo el doctor?

—Es necesario esperar...

—Ándate a acostar, ya son la tres y media. Yo despierto a Emma para que me acompañe.

—Estás muy pálida.

—No es nada...

Conseguí que las mujeres nos dejaran solos, me senté en la cabecera. Su sueño continuó intranquilo, le brotaban las palabras sueltas del delirio. Así estuve a su lado hasta que empezó a amanecer; la luz de la lámpara se fue haciendo pálida; escuché afuera el canto de los coclíes.

Cuando el médico entró, casi a las siete, preguntó.

—¿Cómo va?

Tomó su pulso y miró su reloj.

—Nada —dijo para sí—. ¿Y la bebida?

—La tomó a las tres —le dije.

—Démosle otra toma y le pondremos los cáusticos.

XXVII

Después de tres días, la fiebre se resistía a ceder. Los síntomas eran tan alarmantes que él mismo no pudo ocultar su angustia. A la media noche el médico me pidió que saliéramos.

—Usted sabe del peligro en que se halla su padre. Me queda un último recurso extremo, una sangría. Si la sangría y los medicamentos que le he dado no producen una crisis, nada me resta por hacer. Por ahora, haga usted que todas ellas se retiren, que nos dejen solos.

Yo estaba seguro de que se resistirían.

—Veo que usted se ha hecho cargo de todo, con inmenso valor —dijo mientras examinaba, bajo la luz, las lancetas.

Mi padre navegaba en un pesado sopor, dominado por su incesante delirio. Permanecía casi sordo a todo llamado, abría por momentos los ojos con suma dificultad y su respiración se sentía pedregosa. Mi madre sollozaba en la cabecera, teniendo entre sus manos, una de las de mi padre. El resto de las mujeres preparaba el baño para la sangría.

A la hora, terminado el procedimiento, el doctor dijo:

—A las dos y media regreso. Si el sueño me vence, me llaman.

Dio las dos el reloj. Mi padre parecía más tranquilo, había pedido agua con voz muy débil. En medio del silencio se percibía su respiración suave, sosegada. Cuando el reloj dio las tres, un quejido doloroso nos sobresaltó.

—Tráigame la ropa, es muy tarde —dijo mi padre como si nada hubiera sucedido.

—Es de noche, señor —le respondí.

—¿Cómo de noche? Necesito levantarme.

—Imposible —observé.

—Gracias —dijo, como si hablase con un extraño—. ¿No estuvo él aquí? —preguntó.

—¿Quién?

—No le permita que entre, que espere. A ver la ropa.

Le supliqué que no insistiera.

—Pero qué necesidad... ¡A ver la ropa!

Me acerqué a María, le tomé la mano, ella se incorporó, abrió los ojos, se puso en pie y se apresuró a cubrirse con el pañolón.

—¿Qué se necesita?

—El delirio ha vuelto, necesito que me acompañes, es muy fuerte.

—¿Cuánto hace?

—Va para una hora.

Se acercó al lecho, lo miró y alejándose en puntillas vino hasta donde yo estaba.

—Está dormido otra vez.

Mi padre despertó a la madrugada, tras un sueño agitado y permaneció unos instantes silencioso.

—¡Voy! —dijo—, voy al instante.

Buscó algo entre las sábanas y, dirigiéndose a un interlocutor imaginario, añadió.

—Perdóneme que lo haga esperar.

Luego me ordenó.

—¡Mi ropa! —dijo subiendo la voz— ¿Qué es esto? ¿Qué hago para que me ayuden?

María y Emma permanecían inmóviles.

—No está aquí —le respondí—, han ido a traer su ropa.

—¿Para qué demonios se la han llevado?

—A lavarla.

—¿Los caballos ya están listos?

—Sí, señor.

—Vaya y dígale a Efraín que lo espero, que venga urgente antes de que se haga tarde. ¡Pero muévase hombre! ¡Carajo! Juan Ángel, el café. ¡No, no... esto es intolerable!

Y en medio de la rabieta quiso saltar de la cama.

—No, papá, cómo va a hacer eso —le dije.

—¿Por qué no? —respondió con aspereza.

—Si se levanta el doctor se molestará.

—¿Qué doctor?

—Pues el que lo está viendo, usted ha estado muy enfermo.

—Yo no tengo nada, estoy bien y quiero levantarme. ¡Ese niño dónde está que no aparece!

—Dile a Emma que vaya a despertar a Luisa para que llame al médico —le pedí a María.

Ante su tenaz insistencia, me vi obligado a alcanzarle la ropa y hasta me resolví a ayudarle a vestir. Apenas se creyó vestido saltó de la cama. Estaba lívido, contraído, poseído por una extraña ira, sus ojos tenían un brillo siniestro. El pie por el que se lo había sangrado, le impedía caminar, así que aceptó mi brazo.

—Abra esa puerta —dijo.

Pidió, cuando estuvimos en el corredor, que lo llevara al oratorio que estaba sin luz. Se detuvo en el umbral. Su mirada apareció menos intranquila.

—¿Desea usted sentarse? —le pregunté.

—Sí... bueno... vamos —respondió con otro tono.

Media hora después volvió a dar signos de querer dormir. Lo llevamos a la cama. El médico se acercó con una poción.

—Hagan que se la beba —pidió y fue a esconderse tras las cortinas.

María despertó a mi padre. Él se quejó, llevó la mano al costado, pero aceptó la toma.

—¿Está dulce? —le preguntó ella.

—Sí, pero ya basta con eso, ya.

—¿Todavía tiene mucho sueño?

—¿Qué hora es?

—Va a amanecer.

—¿Tu mamá?

—Descansando.

María buscó los ojos del médico, él le hizo señas para que le diera más, aunque se resistiera.

—Es agradable, yo la probé, tómese otra cucharadita, y no más.

Los labios de mi padre se contrajeron, intentó sonreír y recibió la cucharada.

—Bueno, ojalá duerma mucho —dijo el médico cerrando las cortinas.

XXXVIII

Mi padre mejoró y la alegría volvió a la casa. Había recomendado el médico que no se le hablara de negocios. Cuando pudo levantarse le insistimos que leyera, escogió el *Diario de Napoleón en Santa Elena*, que terminó conmoviéndolo. En el costurero nos turnábamos para leerle, Emma, María y yo. A veces, mientras lo hacíamos, Emma tocaba la guitarra para distraerlo. Otras veces, él nos hablaba de su niñez. Chanceaba con mi madre respecto al Chocó, reía al oírla defender su tierra natal.

—¿Cuántos años tenía yo cuando nos casamos? —le preguntó mientras hablaban de sus primeros días de casados y del incendio que los arruinó, recién comenzaban la vida en común.

—Veintiuno —respondió ella.

—No, hija, tenía veinte, engañé a tu mamá temeroso de que me creyese muy pollo.

—¿Veinte? —preguntó Emma.

—Y usted, ¿cuántos tenía, mamá? —preguntó María.

—Yo tenía dieciséis, un año más que tú.

—Pero dile que te cuente —dijo mi padre— los aires de importante que se daba conmigo, desde los quince...

—A ver, mamá —dijo María.

—... Fue cuando resolví casarme y hacerme cristiano.

—Pregúntale —respondió mi madre— por qué se resolvió...

La conversación se interrumpió con la llegada de Juan Ángel, que venía con la correspondencia. Entregó algunos periódicos y dos cartas, ambas firmadas por el señor A., una de ellas de fecha bastante atrasada.

—Ya era tiempo —dijo mi padre—, las estaba esperando.

La primera carta que leímos se reducía a decir que no podría emprender viaje a Europa antes de cuatro meses. No me atreví a dirigir la mirada a María. Mi padre esperó a que concluyese la lectura.

—¿Qué se va a hacer? —fue cuanto dijo— Léeme la otra.

Leí:

“Hace quince días que escribí a usted avisándole que me veía precisado a retardar por cuatro meses más mi viaje; pero habiéndose allanado los inconvenientes que se presentaron, me apresuro a dirigirle esta carta con el objeto de anunciarle que el 30 del próximo enero estaré en Cali, donde espero encontrar a Efraín para que nos pongamos en marcha hacia el puerto el dos de febrero. Aunque tuve el pesar de saber que una grave enfermedad lo había tenido a usted en cama, poco después recibí la agradable noticia de que estaba ya fuera de peligro. Doy a usted y a su familia la enhorabuena por el pronto restablecimiento de su salud. Espero, pues, que no habrá inconveniente alguno para que usted me proporcione el placer de llevar la grata compañía de Efraín, por quien, como usted sabe, he tenido siempre tan particular cariño. Sírvase mostrarle esta parte de mi carta.

Cuando terminé de leer, la mirada de mi padre estaba fija en mí. María salió del salón.

—¿A cómo estamos hoy? —preguntó mi padre.

—A veintiséis —le respondí.

—Queda un mes larguito.

Un paje entró a avisarme que el caballo que había pedido estaba listo.

—Cuando regreses contestamos la carta, para que la lleves al pueblo.

—No me demoraré —dije saliendo.

Descendí por las anchas vegas del río, vadeando los brazos de monte donde se levantan murmullos lejanos, del otro lado la pampa azul, donde el sol, al esconderse, se torna lila y oro. Poco a poco la noche se fue viniendo encima, desde un fondo tembloroso de estrellas; brillaba la luz fosfórica de las luciérnagas errantes.

Cuando regresé, la casa estaba completamente iluminada. Mi padre esperaba paseándose por el corredor. El resto de la familia se hallaba en el oratorio.

—Has tardado mucho —dijo mi padre impaciente—. Vamos a escribir la carta.

—Pero quisiera que antes habláramos de algo...

—A ver —me contestó mientras nos sentábamos en el sofá.

—Después de la desgracia económica que acabamos de sufrir —le dije— usted no está obligado a costear mis estudios. Prefiero quedarme aquí a su lado y ayudarle con todo lo que sea necesario. Las circunstancias se han hecho distintas. Lo mejor es esperar. Le ruego que acepte mi propuesta.

—Lo que dices —me respondió— tiene mucho sentido. Pero mi decisión es irrevocable. Mira, los gastos en tu educación ya no empeoran nada, en cambio, una vez concluida tu carrera, toda la familia disfrutará los beneficios de tener un doctor en casa.

—Haré cuanto esté a mi alcance —le contesté desesperanzado.

—Así será. Vete tranquilo. A tu regreso ya habré conseguido otros negocios, otros proyectos, que mejorarán la fortuna fami-

liar, no te preocupes. Vete a estudiar, fórmate y cuando regreses en cuatro o cinco años, María será tu esposa.

Cuando terminó de dictarme la carta para A, quiso que mi madre la oyera. Mientras leía, María entró con el servicio de té para mi padre, mientras yo terminaba de leer: “Efraín estará listo para marchar a Cali el treinta de enero; lo encontrará usted allí y podrán seguir para Buenaventura el dos de febrero, como usted lo desea”.

María, a quien daba yo la espalda, puso sobre la mesa un plato y una taza. Se apoyó en el espaldar de la silla que yo ocupaba. Cuando fue a llenar la taza, su pulso temblaba tanto que mi padre sugirió.

—Basta... basta, hija.

María salió apresurada.

—¿Si ven? —dijo él.

Todos quedamos en silencio.

XXXIX

Cuando sonó la campanilla para la cena, no tuve el coraje de estar cerca de María. Mi madre llamó a la puerta de mi cuarto.

—¿Es posible —dijo— que te dejes dominar así por el pesar? ¿No podrás ser tan fuerte como otras veces? Eres el llamado a darle ánimo a María. Durante los cuatro años de ausencia, tendré a María como la hija que siempre ha sido, pero también como la mujer que te va a hacer feliz y que ha sabido merecer el amor que le tienes. Siempre le hablaré de ti y procuraré hacerle ver tu regreso como un premio del amor.

Levanté la cabeza y la miré con mis ojos arrasados de lágrimas.

—Ve al comedor —dijo antes de salir— y disimula. Tu padre y yo hemos analizado esto muy bien.

Emma y María estaban en el comedor. Yo ocupé la cabecera, como siempre que mi padre faltaba. Un silencio cortante reinaba entre nosotros. Sus miradas no tenían el brillo habitual, más bien la languidez de los ojos que han llorado.

—¿Vas mañana a la hacienda? —preguntó Emma.

—Sí, pero no me estaré allí sino dos días.

—Lleva a Juan Ángel para que vea a su madre.

—Lo llevaré. Sé que Feliciano ha empeorado. Para completar, el doctor Mayn tuvo que salir de urgencia para Cali.

—Tránsito, Lucía y Braulio estuvieron aquí esta tarde y sintieron mucho no encontrarte, te dejaron saludes. Nosotras habíamos pensado ir a verlos el domingo, ¡se han manejado tan bien durante la enfermedad de papá!

—Iremos el lunes, que ya estaré yo aquí —le repuse.

—Si hubieras visto cómo se entristecieron cuando les hablé de tu viaje a Europa.

María ocultó el rostro, yo había visto brillar sus lágrimas. Estéfana entró para decirle que mi madre la llamaba.

Después de la cena los rosales se quedaron inmóviles; no se percibía ni un susurro; apenas los sollozos del río turbaban la calma. Mi madre vino a invitarme al salón. En el sofá, mi padre, a su lado María y mi madre en una butaca.

—Bueno —dijo él a María que jugaba distraídamente con una peinetita—, te repito la pregunta que te hice cuando tu mamá salió, para que me la respondas delante de Efraín —y sonrió.

María movió la cabeza negando.

—¿Entonces cómo diablos hacemos? —insistió él.

María se atrevió a mirarme un instante.

—¿No es cierto —volvió a preguntarle— que prometiste a Efraín ser su esposa cuando regrese de Europa?

Ella, después de unos momentos de silencio, buscó mis ojos y respondió.

—Sí, si él lo quiere...

—¿No sabes si lo quiere? —le replicó burlándose.

Ella calló, sus mejillas se llenaron de rubor.

—Tú sabes que es lo que más quiero en la vida —le dije.

—Sí, lo sé —contestó con voz apagada.

—Dile a Efraín ahora —dijo mi padre adusto— las condiciones con que tú y yo le hacemos esa promesa.

—Con la condición —dijo María— de que se vaya contento...

—¿Cuál otra, hija?

—La otra es que estudie mucho para volver pronto... ¿no es así?

—Sí —contestó mi padre, besándole la frente— y para merecerte. Las demás condiciones las pondrás tú. ¿Te parece bien?

Yo no tuve palabras ni coraje para responderle, y me limité estrechar fuertemente la mano que él me tendía al decirme:

—Hasta el lunes pues, fíjate bien en mis instrucciones y lee muchas veces el pliego.

Mi madre se acercó a nosotros y abrazó nuestras cabezas juntándolas de modo que involuntariamente tocaron mis labios la mejilla de María y salió dejándonos solos en el salón.

Largo tiempo debió correr desde que mi mano asió en el sofá la de María y nuestros ojos se encontraron para no dejar de mirarse hasta que sus labios pronunciaron estas palabras:

—¡Qué bueno es papá!

Asentí, sin que mis labios pudieran balbucir una sílaba.

—¿Por qué no hablas? ¿Te parecen buenas las condiciones que pone?

—Sí, María. ¿Y cuáles son las tuyas en pago de tanto bien?

—Una sola.

—Díla.

—Tú la sabes.

—Sí, sí, pero hoy sí debes decirla.

—Que me ames siempre así —respondió, y su mano se enlazó más estrechamente con la mía.

XL

Cuando llegué a la otra hacienda la mañana siguiente, encontré en la casa al médico que reemplazaba a Mayn, asistiendo a Feliciano. Me hizo saber que había perdido toda esperanza, ella tenía una hepatitis que en su último estadio se resistía a todos los remedios. Su recomendación fue que llamásemos a un sacerdote.

Entré al aposento donde se hallaba Feliciano. Juan Ángel le hacía compañía sorprendido de que su madre no respondiera ante la alabanza a Dios. Su estado no pudo menos que conmoverme. Di orden para que se aumentase el número de esclavas que le servían; hice colocarla en una pieza más cómoda, y mandé por el cura al pueblo.

Feliciano iba a morir lejos de su patria. La mujer que con tan dulce afecto me había cuidado desde que llegó a nuestra casa y en cuyos brazos se durmió María tantas veces, siendo niña.

Esta es su historia.

XLI

Cuando empezó la explotación a gran escala de las minas de oro del Chocó, se necesitaron grandes cuadrillas de esclavos. Los mercados de Kingston y de Cartagena eran los más activos centros del negocio. El dueño de una de las minas más productivas, un irlandés llamado William Sardick, se había establecido hacía dos años en el golfo de Urabá, no lejos de Turbo.

Sardick vino a comprar oro y era frecuente que cambiase con los indios ribereños, Carey, tagua, pieles, cacao y caucho, por sales, aguardiente, pólvora, armas y baratijas. Negocios bastante lucrativos que lo hacían pensar que podría regresar rico a su miserable Irlanda. Su hermano Thomas, establecido en Cuba, y capitán de un buque negrero, era su socio. Descargaba su bergantín en La Habana, colmado de productos indígenas.

William había tratado a sus esclavos con mucha dureza desde el día en que se los arrebató al África. Una de las esclavas era Feliciano, que entonces se llamaba Nay y era africana. Un día Nay advirtió que Thomas iba a embarcarse, supuso que regresaría al África y le pidió de rodillas que la llevara con él.

—Llévame contigo, seré tu esclava para siempre, buscaremos a Sinar,¹ mi esposo, y así tendrás dos esclavos en vez de uno... tú que eres blanco y que cruzas los mares, sabrás dónde está y podremos hallarlo... adoramos al mismo Dios que tú, te seremos fieles, con tal de que no nos separes jamás.

El marino la contempló en silencio. Sus ojos dejaron ver la masedumbre del chacal cuando lo acaricia la hembra. Por fin,

1. Nay y Sinar, un príncipe africano de la tribu Achimis, fueron hechos prisioneros en una batalla tribal. Luego fueron separados, y ella no volvió a verlo nunca más.

tomándole una mano, le dio a entender que si prometía amarlo partirían juntos. Nay, altiva como una reina, retiró bruscamente su mano, se puso en pie, le dio la espalda al capitán y volvió sobre sus pasos.

La esposa de William Sardick, Gabriela, una bella mestiza de Cartagena que contempló la escena, quedó admirada del comportamiento de Nay. Le cuidó la espalda a Nay, le dio lecciones de castellano y no le dijo una palabra a su marido.

Seis meses después, Nay ya se hacía entender en castellano, gracias a las lecciones de Gabriela, aunque no había podido consolarse todavía por la ausencia de su marido Sinar, y la nostalgia por el canto de las aves que le recordaba las de su país, o la vista de flores parecidas a las de sus bosques de Gambia, y a veces llamaba en sueños a su padre y a su esposo.

Las despedidas de los compañeros de infortunio habían ido quebrantando el corazón de la esclava, hasta que se despidió del último. Ella no había sido vendida, y era tratada con menos crueldad. En una ocasión cuando Gabriela le hablaba del cielo, Nay le preguntó con su toda su salvaje franqueza.

—Si los hijos de los esclavos mueren bautizados, ¿pueden ser ángeles?

Adivinando las macabras intenciones de Nay, Gabriela le dijo que en el país donde estaban, el hijo que esperaba sería libre cuando cumpliera dieciocho años.

—Dieciocho años —repitió Nay.

Dos meses después dio a luz a un niño, y se empeñó en cristianizarlo de inmediato. Así que con el primer beso a su hijo, comprendió que Dios le enviaba con él un consuelo y se sintió orgullosa de ser madre del hijo de Sinar.

Un joven inglés que regresaba de las Antillas a la Nueva Granada, apareció por casualidad en aquellos meses en la casa de Sardick, antes de emprender la penosa navegación por el Atrato. Traía consigo una preciosa niña de tres años a quien parecía amar. Eran mi padre y Ester, la cual empezaba apenas a acostumbrarse al nombre de María. Nay supuso que era huérfana de madre y le cobró particular cariño. Mi padre temía confiársela, a pesar de que María no estaba contenta sino en los brazos de ella o jugando con su hijo; pero Gabriela lo tranquilizó, contándole la historia de la hija de Magmahú. Comprendió él la imprudencia de la esposa de Sardick, al haberle mencionado la fecha en que había sido traída la africana a tierra granadina, puesto que las leyes del país prohibían desde 1821 la importación de esclavos; en consecuencia, Nay y su hijo eran libres. Pero calló y más bien esperó una ocasión favorable para proponerle a William que le vendiera a Nay.

Un norteamericano que regresaba a su país después de haber entregado en estas tierras un cargamento de harina, se detuvo en casa de Sardick. En cuanto vio a Nay, quedó prendado de su belleza y le ofreció compra, y él accedió. Después del regateo, Sardick recibió 150 castellanos de oro. Gabriela le contó a Nay que había sido comprada por el norteamericano y le advirtió que en su país su hijo sería esclavo. Nay se mostró indiferente, pero en la tarde, cuando mi padre paseaba por la ribera del mar llevando de la mano a María, ella se acercó con su hijo en brazos y cayó de rodillas a sus pies.

—Sé que en el país a donde me llevan —dijo en su mal castellano— mi hijo será esclavo. Si usted no me compra, yo ahogo a mi niño.

Mi padre resolvió todo con dinero. Revirtió el negocio del norteamericano con una mejor oferta e hizo firmar un nuevo

documento de venta con todas las formalidades y con una nota que hizo que Gabriela le leyese a Nay. Sobrepuesto al efecto de la negociación, mediante la cual mi padre terminó quedándose con la negra, el norteamericano dijo admirado.

—¿Qué gana esta negra con ser libre?

—No quiero una esclava —le respondió mi padre—, lo que necesito es un aya que quiera mucho a María.

Y sentando a María sobre la mesa, se entregó el documento a Nay.

—Guarda bien este papel, eres libre, puedes quedarte o irte conmigo.

Ella tomó a la niña en los brazos y la cubrió de besos. Tomó la mano de mi padre y la besó.

Así fue como llegaron a la casa, Feliciano y Juan Ángel.

En la infancia, y sin saber por qué, algunas veces María y yo jugábamos con ella y la llamábamos Nay. Una noche, sentada a la cabecera de mi cama, cuando me entretenía con uno de sus cuentos fantásticos, interrumpió y se le aguaron los ojos.

—¿Por qué lloras? —pregunté.

—Cuando seas hombre —respondió con cariño— nos llevarás en tu viaje, a Juan Ángel y a mí ¿verdad?

—Sí —le contesté—, iremos a la tierra de las princesas de los cuentos y me las mostrarás, y también las plantas y los animales... ¿Cómo se llama?

—África —contestó ella.

XLII

El cura administró los sacramentos a Feliciana. Yo monté para ir al pueblo a disponer lo del entierro y poner al correo la carta fatal, dirigida al señor A.

Cuando regresé, Feliciana parecía menos quebrantada, y el médico tenía una ligera esperanza. Ella me preguntó por cada uno de los miembros de la familia, y al mencionar a María, dijo.

—¡Necesito verla antes de morir! Le he recomendado tanto a mi hijo.

Y luego agregó.

—Si no hubiera sido por la niña, ¿qué habría sido de él y de mí?

La noche fue terrible. Al día siguiente, sábado, a las tres de la tarde, el médico entró a mi cuarto.

—Morirá hoy. ¿Cómo se llamaba el marido de Feliciana?

—Sinar —le respondí.

—¡Sinar! ¿Y qué se ha hecho? En el delirio solo pronuncia su nombre.

No tuve la paciencia para enterar al médico de la historia de Nay. Fui a su habitación, me acerqué y le dije al oído.

—¡Nay! ¡Nay!

Abrió los ojos enturbiados.

—¿No me conoces?

Hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Quieres que te lea algunas oraciones?

Eran las cinco de la tarde cuando hice que alejaran a Juan Ángel del lecho. Los ojos de la mujer que tan hermosos habían

sido, giraban amarillentos, ya sin luz en las órbitas ahuecadas, la nariz se le había afilado y tenía los labios retostados por la fiebre. Con las manos crispadas sostenía sobre el pecho un crucifijo, y se esforzaba en vano por pronunciar el nombre de Jesús.

Había anochecido cuando expiró.

Las esclavas la vistieron y la colocaron en el ataúd, cubierta desde la garganta hasta los pies de lino blanco. En las esquinas había cirios encendidos. Juan Ángel derramaba lágrimas sobre la frente de su madre. Los esclavos fueron llegando silenciosos y se situaron en el corredor occidental; las mujeres se arrodillaron en círculo alrededor del féretro. Todos rezaban a un mismo tiempo. Terminado el rosario, una esclava entonó la primera estrofa del rezo con dolorosa melancolía. La cuadrilla repetía en coro cada estrofa cantada. Creo haber conservado para siempre los versos del himno.

*En oscuro calabozo
cuya reja al sol ocultan
negros y altos murallones
que las prisiones circundan;
en que sólo las cadenas
que arrastro, el silencio turban
de esta soledad eterna
donde ni el viento se escucha...
Muero sin ver tus montañas
África, donde mi cuna
se meció bajo los bosques
que no cubrirán mi tumba.*

Mientras cantaban, las luces de las velas hacían brillar las lágrimas de las esclavas, y yo procuraba inútilmente ocultarles las mías. Cuando la cuadrilla se retiró, se quedaron unas pocas mujeres que se turnaron para orar toda la noche, y dos hombres que prepararon las andas.

Al fin logré que Juan Ángel durmiera. Me retiré al cuarto, pero el rumor de las voces y el golpe de los machetes de los esclavos que preparaban la parihuela de guaduas no me dejaron dormir.

A las cuatro de la mañana, ocho esclavos y yo nos pusimos en marcha conduciendo el cadáver. Había dado orden a Higinio —el mayordomo— para que retuviera a Juan Ángel en la casa, quería evitarle el espantoso trance de la despedida. Ninguno de los que acompañábamos a Feliciano pronunció una sola palabra durante el viaje. Los campesinos estaban extrañados con el silencio cortante. Era su costumbre entregarse a bullosas orgías, durante las noches de velorio, en las que parientes y vecinos del muerto se reunían en la casa de los dolientes.

Una vez terminó la misa, nos dirigimos al cementerio. La fosa estaba lista. Al llegar a la portada del campo santo, Juan Ángel, que se había volado de la vigilancia de Higinio, nos dio alcance y se abrazó al cajón.

—No es tu madre la que está en el cajón, ella ahora está en el cielo.

—¡Me dejó solo! ¡Me dejó solo! —repetía el infeliz.

—No, no —le respondí—, estoy yo que te he querido y te querré siempre, está María, mi madre, Emma... todas serán tus madres.

Cuando el ataúd estuvo en el fondo de la fosa, uno de los esclavos le echó la primera palada de tierra. Juan Ángel corrió colérico hacia él y le arrebató la pala.

A las tres de la tarde dejamos una cruz sobre la tumba de Nay.

XLIII

Pasados los días, el dolor amainó en nuestros corazones. Todos procuramos aliviar a Juan Ángel con afecto. Mi padre le hizo saber que era completamente libre, aunque la ley lo pusiera bajo su cuidado por algunos años más. Bien podía dejar de ser esclavo y considerarse un criado. Él, que ya tenía noticia de mi próximo viaje, manifestó que lo único que deseaba era que le permitieran acompañarme. Mi padre le alimentó alguna esperanza.

La víspera de mi partida a Santa Rita, María, envuelta en un misterioso aire casto, velaba nuestro amor. Nos tomamos la libertad de pasear solos en el jardín y el huerto. Nos olvidamos de mi viaje, y mientras ella retozaba a mi alrededor, recogiendo flores, yo regaba sus eras. Nos sentamos en un rincón del jardín coronado de madreselvas, desde donde veíamos serpentear el río. Se afanaba por enseñarme a distinguir los lampos de oro, los leones dormidos, los caballos gigantes, las ruinas de castillos de jaspe y el lapislázuli. Su brazo permanecía enlazado del mío y su mirada húmeda me seguía, después de espiar algo invisible. Una tarde que siempre guardaré en la memoria. La luz de los arreboles moribundos se confundía en un cielo lila. Los vientos bajaban retozando de las montañas; las aves volaban a sus nidos. Intentó reclinar la sien sobre mi hombro, pero nada nos dijimos. De repente se detuvo entre los rosales, miró hacia mi ventana y volvió a mí sus ojos.

—Aquí fue, yo estaba vestida así... ¿Lo recuerdas?

—¡Siempre! —le respondí cubriéndole las manos de besos.

—Aquella noche me desperté temblando, soñé que hacías eso que haces ahora... ¿Ves este rosal recién sembrado? Si me olvidas no florecerá jamás.

—¿Crees que será posible?

Desenlazó su brazo del mío, se dirigió al arroyo, hizo cuenco con las manos y volvió a mí para arrodillarse y dejar caer gotas sobre una cebollita retoñada.

—Es una azucena de montaña.

—¿Por qué la sembraste aquí?

—Esperaba que lo hubieras olvidado.

—Aquí encontraste el ramillete de azucenas.

—Ese día alguien supuso que no quería volver a poner flores en tu mesa.

—Mírame, María.

—¿Para qué? —respondió sin levantar los ojos de la matita.

—Cada azucena que nazca aquí será un castigo por cada momento de duda. ¿Sabía yo acaso si era digno?... Vamos a sembrar tus azucenas lejos de este sitio.

—¡No, señor! —me respondió cubriendo la matita.

Me puse en pie, crucé los brazos y esperé que terminara. Trató de verme sin que yo lo notase, y al fin levantó el rostro.

—Conque muy bravito ¿no? Voy a contarle, señor, para qué son todas las azucenas que dé la mata.

Algunos cabellos se enredaron en el rosal, una vez los separé y apoyada en mi brazo, observó.

—Vámonos, oscurece.

—¿Para qué son las azucenas?

—¿No te gustaría encontrar en cada carta que te mande una azucena?

Quebramos al caminar las hojas secas de los mandules y mameyes.

—No quiero ir mañana a la montaña.

—Tránsito se sentirá. Hace un mes que se casó y no le hemos hecho la primera visita. ¿Por qué no quieres ir?

—Le diré que estamos atareadas con tu viaje... que venga ella con Lucía el domingo.

—Está bien. Yo volveré muy temprano.

—¿No habrá cacería?

Habíamos llegado al corredor. Juan, con los brazos abiertos salió al encuentro de María, ella lo levantó, lo besó y después de que él reclinó sobre sus hombros la cabeza, desaparecieron.

XLIV

A las doce del día siguiente bajé de la montaña. Me seguían Juan Ángel y Mayo. Cuando llegué a la casa, María estaba en el pozo acompañada de Juan y Estéfana. El perro corrió hacia ellos. María me buscó con la mirada a tiempo que yo saltaba el vallado del huerto. Estaba sentada bajo el naranjo, sobre una alfombra que Estéfana había extendido.

—¡Qué sol! —me dijo— Deberías haber venido más temprano...

—No fue posible.

—Casi nunca es posible. ¿Quieres bañarte?

—No, gracias.

—Si es porque falta algo, lo pondré enseguida.

—¿Rosas?

Juan se arrodilló delante de María para que le desabrochara la blusa. Yo traía lirios, los que me dieron Tránsito y Lucía, y todos los que encontré en el camino. Escogí los más hermosos para ella, los otros los arrojé al baño.

—¡Ay! ¡Qué lástima! ¡Tan lindos!

—Las ondinas —le dije— hacen lo mismo con ellos cuando se bañan en los remansos.

—¿Quiénes son las ondinas?

—Unas mujeres que ya quisieran parecerse a ti.

—¿A mí? ¿Y dónde las has visto?

—En el río.

Media hora después entró al salón donde la esperaba. Su mirada tenía una liviana brillantez y sus mejillas enrojecidas le daban un aire vivo que la embellecían hasta la locura.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque supuse que entrarías.

—Y yo supuse que vendrías a esperarme.

Se sentó junto a mí.

—Cuando no estés aquí, podrás adivinar lo que hago.

—Por ejemplo... saber si estarás pensando en mí...

—Ven, vamos al costurero de mamá, que por esperarte no he hecho nada.

—¿Podemos estar solos?

—¿Y qué es ese empeño para que estemos solos?

—Lo que no seas tú, me estorba...

—¡Chit! —dijo poniéndose un dedo sobre los labios— ¿Conque muy lindas esas mujeres? —preguntó mientras arreglaba la costura— ¿Cómo es que se llaman?

—¡Ah sí!... son muy lindas.

—¿Y viven en los montes?

—En las orillas del río.

—¿Al sol y al agua? No deben ser muy blancas.

—En las sombras de los grandes bosques.

—¿Y qué hacen allí?

—No sé qué hacen, ya casi no las encuentro.

—¿Y cuánto hace que te sucede esa desgracia? Siendo tan bonitas, estarás apesadumbrado.

—Tú no sabes qué es estar así...

—Deberías explicármelo...

—Está bien.

—¿Cómo es que se llaman?

—Voy a confesártelo.

—A ver, pues.

—Están celosas de ti.

—¿Enojadas conmigo?

—Sí.

—¡Conmigo!

—Antes yo solo pensaba en ellas, y después...

—¿Después?

—Las olvidé por ti.

—¿Debo ponerme orgullosa?

Su mano derecha se movía en el brazo de la butaca, indicándome que podía tomársela.

—¿En Europa hay ondinas?

—Sí. Es seguro que se pintan las mejillas con zumos de flores rojas, y se ponen corsé y botines.

—Yo conozco uno que se desvive por los pies y... por las flores del baño que se van por el desagüe.

—¿Eso quiere decir que debo irme?

—Es que me da lástima que se pierdan.

XLV

Mi padre había resuelto ir a la ciudad antes de mi partida, por los negocios que lo demandaban y por arreglar mi viaje. El catorce de enero, víspera del día en que debía dejarnos, a las siete de la noche hice llevar a su cuarto una parte de mi equipaje. Mi madre acomodaba los baúles, arrodillada sobre una alfombra, y Emma y María le ayudaban. Ya no quedaban por acomodar sino los vestidos. María tomó algunas piezas y preguntó:

—¿Esto también?

Mi madre se llevó el pañuelo a los ojos mientras guardaba cosas.

Salí, y al regresar con algunos papeles, encontré a María recostada en la baranda del corredor.

—¿Qué pasa? —le dije— ¿Por qué lloras?

—Si no lloro...

—Recuerda lo que me tienes prometido.

—Sí, ya sé, debo tener valor. Si fuera posible que me dieras parte del tuyo... no he prometido ni a mamá ni a ti no llorar... si tu semblante no estuviese diciendo más de lo que estas lágrimas dicen, yo las ocultaría...

Enjuagué con mi pañuelo sus lágrimas.

—Espérame... volveré.

—Mira —me dijo mostrándome el valle tenebroso— cómo se han entristecido las noches, y cómo lo harán cuando ya no estés tú. ¿Dónde estarás?

Después de unos momentos de silencio, agregé.

—Si no hubieras venido...

—¿Habría sido mejor?

—¿Mejor?... quizás... Cuando papá dijo lo de la enfermedad que tuve, pensé que era mejor que nunca hubieras venido. ¿Y tú?

—Te amaba como ahora...

—¿Cómo podré pagarte?

—Ya lo has hecho.

—¿Algo que valga tanto así?

—Amarme como te amé entonces, como te amo hoy, amarme mucho.

—... Eso no sería suficiente para pagarte por lo que hiciste.

Y apoyó por unos instantes la frente sobre su mano enlazada con la mía.

—Antes —continuó, levantando lentamente la cabeza— me habría muerto de vergüenza al hablarte así...

—¿Acaso no eres casi mi esposa?

—No acabo de acostumbrarme a esa idea, tanto tiempo que falta... me parece imposible...

—Yo tampoco me hago una idea de lo que falta, pero preferiría no pensar en eso... No puedo imaginarme cómo serás tú entonces y cómo seré yo...

—¿Qué buscas? —preguntó mientras tomaba sus manos.

—Esto —le respondí, sacándole del dedo anular de la mano izquierda una sortija en la cual estaban grabadas los nombres de sus padres.

—¿Para usarla tú? Como no usas sortijas, no te la había ofrecido.

—Te la devolveré el día de nuestra boda. Reemplázala mientras tanto con esta, es la que mi madre me dio cuando me fui para el colegio, por dentro están tu nombre y el mío.

—¡No te la devolveré nunca! Recuerda que antes de irte se te cayó en el arroyo, yo me descalcé para buscarla y mamá se enojó mucho.

Algo oscuro y veloz como un pensamiento fatal cruzó frente a nosotros. María dejó escapar un grito horrorizado.

—¡El ave negra!

Temblorosa se asió a mí. Un escalofrío pavoroso me recorrió el cuerpo. María quedó inmóvil. Mi madre, alarmada por el grito, se acercó apresurada.

—¿Qué pasó? ¿Qué fue ese grito? —preguntó.

—La misma ave que vimos en el cuarto de Efraín.

La luz tembló en la mano de mi madre.

XLVI

A las siete de la mañana ya habían terminado de sacar todo el equipaje de mi padre, mientras tomábamos el primer café. Debería acompañarlo hasta la hacienda de los señores M, de quienes iría a despedirme. La familia estaba toda en el corredor cuando trajeron las bestias. Mi padre besó en la mejilla a mi madre, en la frente a María y a Emma y a los niños. Juan le pidió que le trajera un galapaguito con pistolerías para ensillar su potro gaucho. Se detuvo mi padre delante de María y le dijo en voz baja, poniéndole una mano sobre la cabeza.

—Estarás muy guapa y juiciosa ¿no es verdad, judía?

María respondió con sus ojos, dulcemente envueltos en un aura de pudor, desde donde intentó deslizarse una lágrima solitaria.

Me despedí y ella, sin que nadie la oyera, me dijo casi al oído.

—Ni un minuto después de las cinco.

De la familia de don Jerónimo, solamente Carlos estaba en la hacienda. Me recibí y visitamos el ingenio, recorrimos el huerto, y luego fuimos a las pesebreras, donde se movían nerviosamente media docena de valiosos caballos.

Después del almuerzo, fumamos.

—Por lo visto, me será imposible verte más, con tu cara alegre de estudiante, la que ponías con los caprichos de Matilde.

—Cuando regrese tendrás médico de balde.

—¿Crees que no lo había previsto? Estudia mucho y vuelve pronto. Todo el mundo quiso que fuera a pasar la nochebuena en Buga, así que para quedarme tuve que fingir que me había

dislocado un tobillo, a riesgo de perder popularidad entre mis primas.

—Finges como las mujeres.

—¿Te imaginas que no he pensado en eso? ¡Mil veces! Figúrate tirado en un catre desde las seis de la tarde, aguardando a que vengan los negros a rezar, a que me llamen después a tomar chocolate...

—Pero leerás.

—¿Leo, pero con quién hablo de lo que leo? ¿Con el cotudo del mayordomo que bosteza desde las cinco?

—Necesitas urgentemente casarte, vuelve a pensar en Matilde, tráela.

—Después de convencerme de que había sido una locura intentar casarme con tu prima —Dios y ella me lo perdonen—, vino la tentación, suelo imaginarme que Matilde ya es mi mujer y que está en la casa, pero suelto una bullosa carcajada al imaginar cómo sería de infeliz.

—Pero ¿por qué?

—Hombre, Matilde es de Bogotá, como la pila de San Carlos, como la estatua de Bolívar, o como el portero Escamilla. La echo a perder si la trasplanto aquí.

—Hazte amar, estos bosques la encantarán...

—Ya vienes con poesías. ¿Y mi padre y sus campesinadas? ¿Y mis tías con sus gazmoñerías? ¿Y esta soledad? ¿Y el calor?... ¿Y el demonio?...

—No seas tan aguafiestas —le interrumpí riéndome.

—No hablemos más de eso. Apúrate en regresar. Cuando regreses ¿te casarás con María?

—Dios mediante...

—¿Quieres que sea tu padrino?

—¡De mil amores!

—Haz que traigan mi caballo —le dije después de un rato de silencio.

—¿Te vas ya?

—Me esperan temprano, además me falta despedirme de Emigdio y de mi compadre Custodio, que no vive cerca.

—¿Te vas el treinta ?

—Sí.

—Ándate. Te quedan solo quince días, no te detengo.

Vadeaba el Amaimito cuando divisé al compadre Custodio. Cabalgaba en un potrón melado y llevaba de cabestro una yegua bebeca, agobiada por los años y por cuatro racimos de plátanos. Le seguía un idiota que desempeñaba en la chagra funciones de porquero, pajarero y hortelano.

—Dios me lo guarde, compadrito —me dijo el viejo cuando estuvo cerca—, si no le grito se me escabulle.

—A su casa iba, compadre. ¿Y Salomé sigue tan trabajadora como antes?

—Esa muchacha me tiene zurumbático, no le miento.

—Tan formalita ella...

—Así tan pacatica como la ve...

—¿Qué sucede?

—Usted es mi amigo, así que le voy a contar.

—¿Usted conoce a Tiburcio, el mulatico que crió el difunto Murcia?

—¿No es el que se quería casar con Salomé?

—Allá llegamos.

—¿Qué hay de él?

—No le faltan historias para venir a vernos, pero lo que busca es ver a Salomé.

—¿Y cómo sabe que está enamorada la Salomé?

—¡Válgame! No habré visto cómo le bailan los ojos cuando lo ve, se pone azogada, pareciera en sequía, y fumar es lo único que le queda...

Llegamos a la casa de Custodio y él taloneó el potro para darse ínfulas. Mi caballo se espantó con una ropa blanca que estaba colgada. Cuando me apeaba, mi compadre ya le había tapado la cabeza al potro, y después de amarrar las cabalgaduras, entró gritando.

—¡Candelaria! ¡Salomé!

Solo los bimbos contestaron.

—Pero ni los perros —continuó mi compadre— como si a todos se los hubiera tragado la tierra.

—Allá voy —respondió desde la cocina mi comadre.

—¡Pero si es que viene con el compadre Efraín!

—Aguárdeme una nada compadrito, que estoy bajando raspadura y se nos quema...

—¿Y Fermín dónde está? —preguntó Custodio.

—Se fue con los perros a buscar el puerco cimarrón —respondió Salomé asomándose por la puerta de la cocina, mientras yo me quitaba los zamarros.

Era una casita de paja y suelo apisonado, pero muy limpia, rodeada de cafetos, anones y papayuelos, agua corriente y cristalina. La salita tenía taburetes forrados en cuero crudo, mesita con carpeta almidonada y en el aparador había platos y escudillas.

A poco salió de la cocina mi comadre, sofocada con el calor.

—Salomé y yo lo estábamos esperando para comer.

—¿Tendré tiempo de ir a bañarme? A ver Salomé —dije conversando bajo— ¿Qué me tienes?

—Jalea... y si supiera que lo he estado esperando como al pan bendito...

—¿Me tienes cosas buenas?

—¿No le digo que lo he estado esperando?

—Pero diga a ver.

—Desde que tomó tanto empeño para que ese señor inglés viniera a verme lo del tifo, me convencí de que sí me tiene cariño. Lo que tengo que contarle es tantísimo, que de pronto ni se pueda, y antes es un milagro que mamá no esté aquí...

—¿Entonces va a bañarse compadrito? —dijo Candelaria— Voy a traerle una sábana bien olorosa y ahorita mismo se va con Salomé y su ahijado.

Al oír la propuesta de la buena mujer supe que había entrado en el plan de su marido, Salomé me hizo un gesto discreto, como diciéndome: "ahora sí".

Salí de la cocina y mientras se preparaba lo necesario para el baño pensé qué razón tendría mi compadre para celar a su hija... con sus lunares, su talle, esos senos y ese andar...

—¿Nos vamos? —interrumpió Salomé.

Y dándome a oler la sábana que llevaba colgada de un hombro, añadió.

—¿A qué huele?

—A ti.

—A malvas, señor.

—Pues a malvas será.

—Yo siempre las pongo en mi baúl. Lo voy a llevar por entre el cacaotal...

XLVII

Salimos por el portal de atrás en compañía de Fermín, quien se adelantó.

—No se me vayan a demorar —gritó mi comadre.

—¿Qué hacemos con Fermín? —me preguntó Salomé en voz baja.

—Tú verás.

—Ya sé, cuando lleguemos, yo lo engaño.

Avanzábamos por entre el terciopelo sombrío del cacaotal, que parecía infinito. La belleza de los pies de Salomé no me dejaba respirar. Fermín, que se había retrasado, iba arrojando cáscaras de mazorca y pepas de aguacate a los cucaracheros. Al llegar al pie de un enorme árbol, nos detuvimos y ella le dijo a su hermano:

—Las vacas van ensuciar el agua. Deben estar en el bebedero de arriba. No hay más remedio que ir a espantarlas: corre mi vida y cuidado con ir a romper los trastos...

Fermín no se dejó repetir la orden, a paso ligero tomó el camino de subida.

—¿Si vio, no? —preguntó Salomé con mal fingida distracción.

Se puso luego a mirarse los pies.

—A ver pues, qué es lo que me vas a contar.

—No sé cómo comenzar. Se me hace como muy triste...

—Como sea, empieza, porque después no se va a poder. Yo también tengo algo bueno que contarte.

—¿Sí? Pues diga usted primero.

—No, primero tú.

—Pues sucede y acontece que Tiburcio se ha vuelto un ingrato y anda buscando majaderías para darme sentimiento. Ya hace cosa de un mes que estamos de pelea sin yo haberle dado motivo.

—¿Estás bien segura?

—Mire... se lo juro. Lo que pasa es que no me quiere. Dígame usted, ¿me lo puedo aguantar siendo yo tan honrada?

—¿Y eso? ¿Por qué no te quiere?

—Porque lo vio venir a usted unas veces a la casa y porque yo le tengo cariño.

—Pero sabrá que es un disparate.

—Me costó lágrimas y buenas palabras para hacerlo entrar en razón.

—Siento haber sido la causa de eso.

—Pero es que no le he dicho lo mejor. Mi taita le amansa potros al niño Justiniano, y además tienen unos terneros en compañía. Una vez que estaba aquí, Tiburcio se lo encontró. También lo encontró un domingo en la tarde...

—¿Dos veces?

—No, han sido más, solo que Tiburcio no lo ha visto, pero a mí se me pone que le han contado. ¿Yo tengo la culpa de que ese blanco dé en venir? ¿Por qué mi taita no le dice que no vuelva?

—Cosas sencillas, difíciles de hacer.

—Eso le digo a Tiburcio, todo tiene su remedio...

—¿Que se casen?

—Si tanto me quiere...

Salomé tenía los ojos aguados, y después de dar unos pasos, se detuvo a enjugarse las lágrimas.

—No llores —le dije—, todo eso es cosa de celos.

—Bien que me alegraría que don José lo echara.

—Nada tiene que ver que esté jornaleando con José. No estarás haciendo con Tiburcio, lo que él hace contigo.

—¿Yo qué le hago?

—Pues celarlo.

—¿Yo? ¡Eso sí que no!

—¿Ah no?

—Vea, a mí nadie me quita de la cabeza, que si el señor José lo permitiera, ese sinvergüenza se casaría con la Lucía...

—No estás ni tibia, Lucía quiere desde chiquita a un hermano de Braulio, Tránsito me lo contó.

Salomé se puso pensativa cuando finalmente llegamos al extremo del cacaotal. Nos sentamos en un tronco, meció sus pies, y yo volví a perder la concentración.

—¿Puedo decirle a Tiburcio lo que conversamos?

—Ni se le ocurra, no lo vaya a hacer.

—Entonces no hay modo de remediar tus penas.

Y se echó a llorar desconsolada.

—Qué cobarde eres, negra —le dije apartándole las manos de la cara.

—Si Tiburcio supiera que me paso las noches llorándolo...

—Te apuesto lo que quieras que mañana viene a contentarte.

—No tendría con qué pagarle —me respondió estrechándome la mano en las suyas, y acercándola a su mejilla—. ¿Me lo

promete? Ahora —añadió cuando fuimos a pasar el cerco—
voltéese y no me vea saltar...

—Qué escrupulosa, quién lo pensaría.

Salomé no quiso pasar mientras yo la estuviera viendo.

—Miren pues al niño, si no se voltea no paso.

—Déjame que te ayude, que se hace tarde y mi comadre...

—¿Y si me enredo?

—Apóyate en mi hombro.

—Paso como pluma —presumió saltando ágilmente—, me
voy a poner creidísima.

—No seas boquirrubia.

—Ay niño, qué es eso, ¿me está diciendo piquicaliente? Como
si nos hubiéramos entrompado.

—Voy a enojarme.

—¿Qué hiciera yo para ponerlo bravo? Es antojo que tengo.

—¿Y si no pudieras contentarme?

—¡Ayayay! Yo sé que se le vuelve el corazón un yuyo, si me
ve llorando.

—Sé que no lo haces por coquetería.

—¿Que no lo hago por qué? ¿Cómo así?

—Co-que-te-ría.

—¿Y eso qué quiere decir? Dígame, de veras no sé... solo que
sea cosa mala...

—Vamos, andando.

—No doy un paso más si no me dice.

—Entonces me iré solo.

—¡Jesús! Ni se le ocurra, sería capaz hasta de revolverle el agua. Mejor dicho, hasta de secarlo.

—¡Qué remedio!

—Si fuera blanca y rica, yo lo querría a usted montones. Se lo juro.

—¿Y qué haríamos con Tiburcio?

—¿Con Tiburcio? Lo pondríamos de mayordomo...

—Qué buen plan, piensas en todo.

—¿Por qué? ¿No le gustaría que yo lo quisiera bien bueno?

—No es eso, sino el destino que le esperaría a Tiburcio.

Y entonces la negra Salomé se rió con toda gana.

Habíamos llegado al río, ella dispuso una sábana sobre el césped y bajo la sombra se arrodilló y lavó su cara, luego se desató de la cintura un pañuelo.

—A bañarse, pues. Refrésquese un rato y ahora que regrese Fermín, yo me doy una zambullida.

Se quedó mirándome maliciosa mientras se pasaba las manos húmedas por entre los cabellos, con una cierta y deliciosa dejadez.

—¿Me creerá que he soñado que es cierto lo que le venía diciendo?

—¿Que Tiburcio no te quiere?

—No, que yo era blanca... cuando desperté me entró una tristeza tan grande, al otro día era domingo y durante la misa no pensé en otra cosa.

Las cavilaciones y confidencias de Salomé se vieron interrumpidas con los gritos de “¡chino, chino!”, que desde el otro

lado del río, mi compadre lanzaba llamando a los cerdos. Salomé se asustó.

—Ve, y el Fermín se hizo humo... báñese pues, yo voy a buscarlo río arriba, no sea que se largue sin esperarnos.

—Espéralo aquí, él vendrá. ¿Te asustaste al oír a mi compadre? ¿A él no le gusta que conversemos?

—Que conversemos sí, pero...

Y saltando sobre las inmensas piedras de la orilla desapareció tras los carboneros frondosos. Los gritos del compadre continuaron. La confianza tiene sus límites, me dije. Nos había seguido, y cuando nos perdió de vista se puso a llamar marraños. Custodio ignoraba que las dulzuras de su hija, a mi alma no tocaban, era ciega y sorda a otros encantos.

Regresamos a la casa. Salomé me dio las gracias con un “Dios se lo pague”.

—Mientras se bañaba estuve echando flores al río ¿no las vio?

Durante la comida tuve ocasión de saborear los plátanos pintones, los quesillos frescos, los buñuelos recién hechos, los pandebonos y la jalea. Mientras comíamos puse al tanto a mi compadre de lo que quería la muchacha y de lo que yo pensaba hacer para ayudarlos.

A las cuatro de la tarde la casa era un arca de Noé: los patos atravesaron la salita; las gallinas se amotinaron al pie del ciruelo; los pavos criollos se pavoneaban inflados, devolviéndoles los gritos a dos loras; los cerdos chillaban tratando de introducir las cabezas por entre los travesaños de la puerta, a lo que se agregaban los gritos de mi compadre dando órdenes y los de su mujer espantando animales.

Fue larga la despedida. Le prometí a mi comadre encomendarme al Milagroso de Buga para que me fuera bien en el viaje y volviera pronto. Al despedirme de Salomé, me apretó la mano, y mirándome con una sonrisa entre afectuosa y coqueta, dijo:

—Mire bien que con usted cuento. A mí no me diga adiós... porque aunque sea arrastrándome he de salir a verlo. Oiga, no me olvide... vea que si no, yo no sé qué haga...

Al otro lado de la quebrada, una voz cantaba:

*Al tiempo le pido tiempo
y el tiempo tiempo me da,
y el mismo tiempo me dice
que él me desengañará.*

Salió Tiburcio de la arboleda con ruana y bordón. Cuando me vio calló y se detuvo a saludarme.

—¡Caramba! ¿De dónde viene sorbiéndose los vientos?

—De hacer unas visitas, y la última, para fortuna tuya, fue a casa de Salomé.

—Marras que no iba...

— Y ¿cuánto hace que no vas tú?

El mozo, con la cabeza agachada, se puso a despedazar con el bordón una matita de lulo.

—Ella tiene la culpa. ¿Qué le ha contado?

—Que eres un ingrato y un celoso, y que se muere por ti: nada más.

—¿Conque todo eso le dijo? Pero entonces le guardó lo mejor.

—¿Qué es lo que llamas mejor?

—Las fiestas que tiene con el niño Justiniano.

—Óyeme, ¿crees que yo pueda estar enamorado de Salomé?

—¿Cómo lo creería?

—Pues tan enamorada está Salomé de Justiniano como yo de ella. Es necesario que estimes a la muchacha, la has ofendido con los celos, anda a contentarla, ella te lo perdonará todo y te querrá más que nunca.

Tiburcio se quedó mudo, como sintiendo el aire repentino de una cierta tristeza.

—Mire, niño Efraín, yo la quiero tantísimo... pero cuando uno tiene su genio, todo se aguanta menos que lo tengan a uno por pendejo...

—Hoy, contándome, lloró.

—¿De veras?

—Si la quieres como dices, cástate con ella.

—Lo he pensado, pero no me resuelvo, Salomé me causa malicia, y no sé si el señor Custodio me la querría dar.

—Por mi compadre, yo te respondo. Ve a su casa ya y hazle la visita.

—¿Cómo así que usted responde?

—Sé que te la dará gustoso. Si lo aplazas, perderás a Salomé...

—Ya mismo voy, patrón.

—Adiós, que van a ser las cinco. Ah, y que no te oiga Salomé esos versos que venías cantando.

XLVIII

Eran las cinco. Mi madre y Emma me esperaban. María estaba sentada en los escalones y vestía un traje verde. Juan dormía en su regazo. Ella se puso de pie. El niño suplicó que lo pasara en mi caballo, María se acercó para entregármelo.

—Las cinco en punto, qué exactitud —dijo ella.

—¿Qué has hecho con tu Mimiya? —le pregunté a Juan tras alejarnos.

—Ella ha estado muy tonta hoy.

—¿Cómo así?

—Llora y llora.

—¿Y por qué no la has contentado?

—No quiere contentarse, le llevé flores, pero no... se lo conté a mamá.

—¿Y qué hizo mamá?

—Ella la abrazó...

María me recibió a Juan.

—¿Has regado ya las matas? —le pregunté.

—No, te estaba esperando.

Cuando terminamos de regar las flores, nos sentamos junto al arroyo. Los rayos del sol se ocultaban tras las montañas de Mulaló.

—Mírame —le dije.

Su mirada tenía algo de la dulce languidez de su belleza.

—Juan me ha dicho que has estado tonta hoy... ¿Has llorado?

—Sí. Cuando montaron en la mañana, se me ocurrió que ya no volverías. Tuve que ir a tu cuarto a ver tus cosas... todo me pareció tan triste, tuve miedo de que llegara el día, dime... ¿Qué haré? Tú te vas y yo me quedo recordando y esperando, voy a morirme...

—No lo digas —le dije mientras pasaba mi mano por su frente—, si sigues hablando así, vas a acabar con mi último valor.

—¿Todavía tienes? Yo lo perdí todo. A tu lado siento tanta felicidad... pero te vas con ella, y yo jamás volveré a ser como era... no sé para qué viniste.

Sus últimas palabras me estremecieron. Luego se hizo un silencio doloroso.

—Está bien, dejaré de llorar.

—No te quejes a mí, quéjate a los que nos hicieron compañeros de niñez, a los culpables de que te ame como te amo... quéjate a Dios. ¿Qué me has dado que no pudiera darse y exigirse delante de Él?

—¡Nada! Pero por qué me lo preguntas así...

—No lo sé...

—Soy una ignorante, no sé lo que digo, pero no me tengas rencor, intentaré ser valiente...

Reclinó su cabeza en mi hombro.

—Nunca te habías enojado conmigo.

Mis labios se posaron, por primera vez, en sus cabellos y ella alzó las manos buscándolos con un cierto ardor para defender su frente de mis caricias.

XLIX

El veintiocho de enero, dos días antes del viaje, subí a la montaña. Braulio había venido a llevarme, enviado por José, para la despedida. El montañés no interrumpió mi silencio durante la marcha. Cuando llegamos, Tránsito y Lucía estaban ordeñando.

—Acaben de ordeñar —les dije recostando mi escopeta en el palenque—, quiero que se acuerde de mí todas las mañanas...

Así que nos pusimos a sacar las espumas en el balde, mientras yo las miraba por debajo de la vaca.

—¿Acabaron?

—Creo que ya no tiene más. Apenas la del ternero.

El becerro desesperaba mientras le quitamos el bozal, y cuando quedó libre se pegó a las tetas.

—¿Era lo que querías?

Así que se levantó, puso el balde en la cabeza, me miró con picardía y se dirigió a la casa, mientras yo me entretuve con Tránsito y Braulio.

—¡Lucía! —gritó Tránsito— trae el paño bordado, está en el baulito pastuso.

Ellos reían a tiempo que Lucía se presentó con el paño.

—Vaya a ver su café, se le va a quemar, y deja de estar riéndote como una tonta...

—¿Ya está? —preguntó Tránsito.

—¡Uh! Hace días.

—Yo le pedí, la última vez que estuve, que me lo enseñara a hacer —dije.

Tránsito regresó con el café y apenas lo probé supe que rivalizaba con el maravilloso café de Juan Ángel.

Fuimos a llamar a José y a Luisa para almorzar. El viejo estaba acomodando arracachas y verduras para el mercado del día siguiente, y ella sacaba del horno el pan de yuca. Nos acomodamos en la cocina, Tránsito en su papel de dueña de casa. Todos evitaron con delicadeza sencilla cualquier alusión a mi viaje.

Una vez terminamos de comer, Braulio, José y yo nos dirigimos al platanal.

Más tarde, reunidos nuevamente en la salita, se sintió como inevitable la tensión de la temible despedida. Guardamos silencio. Debieron ver algo en mi rostro que los conmovió. Al fin, haciendo acopio de valor, me levanté, miré el reloj, tomé mi escopeta y sus arreos y los colgué en un garabato.

—Siempre que aciertes un tiro —le dije a Braulio— acuérdate de mí.

El montañés no tuvo voz para agradecerme.

Luisa lloró. Tránsito y Lucía, de pie, me dieron la espalda. Braulio empalideció y José fingió buscar algo en el rincón.

—Bueno —le dije a Luisa—, rece usted mucho por mí.

Ella sollozó. Junté en un abrazo sobre mi pecho las cabezas de las muchachas, que también sollozaron mientras mis lágrimas rodaban por sus cabelleras.

—Yo voy mañana —me dijo José, tendiéndome la mano.

Nos abrazamos con Braulio. Una vez me estrechó y enjugándose los ojos, tomó el camino mientras yo me dirigí por el opuesto, seguido de Mayo.

L

Descendí hasta el fondo de la cañada. Mi corazón daba un adiós silencioso a cada sitio, a cada árbol, a cada arroyo. Me detuve en la orilla del río, me dejé hipnotizar por su corriente, como si lo estuviera viendo por última vez, y dejé caer unas cuantas lágrimas, que huyeron de mí tan rápido como los días felices.

Apenas llegué a la casa fui al costurero de mi madre. Allí estaban ella y Emma. Hablamos cerca de una hora y extrañado de no ver a María, la pregunté.

—Estuvimos con ella en el oratorio —respondió Emma— después se fue a la repostería, no sabrá que has vuelto.

Nunca me había sucedido regresar a la casa y no encontrar a María de inmediato. Temí que hubiese vuelto a caer en el abatimiento.

Cuando fue la hora de comer, Juan vino a llamarme; al salir de la habitación la encontré apoyada en la reja del costurero.

—Mamá no te ha llamado —me dijo Juan riendo.

—¿Quién te ha enseñado a mentir? María no te perdonará.

—Ella fue la que me mandó —contestó Juan señalándola.

María se delató con su sonrisa. Sus ojos tenían la apacible alegría que nuestro amor les había quitado.

—¿Por qué estás tan encerrado?

—Acabas de engañarme...

—¡Vea qué engaño! Es bueno después de un encierro, salir...

—Me gusta verte valiente.

—También es que he estado muy ocupada. Pero te vi cuando venías bajando. No traías la escopeta.

—¿Y qué has estado haciendo?

—Cosas buenas y cosas malas.

—A ver.

—He rezado mucho.

—Me dijo Emma que te había dado la rezadera.

—Necesito decirle a la Virgen que estoy triste, ella me oye.

—¿Y cuándo le hablas, qué sientes?

—Me quita esta tristeza y me da menos miedo pensar en tu viaje. Acompáñame esta noche al oratorio.

—¿Y lo malo?

—¿Lo malo?

—Sí, lo malo.

—Si rezas esta noche conmigo te cuento.

—Además he estado planchando...

—¡Tú planchando?

—Sí, lo hago muy rara vez.

—¿Qué necesidad hay de que lo hagas? Vas a estropear tus manos.

—Fue que quise que llevaras tus camisas planchadas por mí.

—¿Y quién te enseñó?

—Un día Juan Ángel le llevó unas camisas a la criada, porque dizque a su amito no le había gustado el planchado. Le dije a Marcelina que yo iba a ayudarle. Así fue como le quedaron perfectas. Después de eso nunca volviste a devolver una sola camisa.

—Jamás imaginé que tuvieras fuerzas, ni manos, para manejar una plancha.

—Una muy chiquita, y envuelvo el asa en un pañuelo...

—A verlas.

—Míralas.

Las tomé y acaricié sus palmas de raso.

—¿Qué hiciste en la montaña?

—Sufrí. Jamás imaginé que me doliera tanto decirles adiós.

—¿Qué te dijeron ellas?

—Nada, casi nada, las ahogaban sus lágrimas.

—No te pongas triste.

—Quiero que al recordar las últimas horas que pasemos juntos, pueda verte siempre resignada y casi feliz.

—Sí —dijo enjugándose los ojos—, así quiero estar, y mañana domingo quiero que estemos juntos todo el día, leeremos algo, y me dirás cómo te agrada más, verme vestida.

—Como estás hoy.

Llamaron a comer. Y nos separamos con la sensación, compartida, de que estando rodeados de familia, nos encontrábamos separados.

LI

A las once de la noche del veintinueve me separé de la familia y de María. Estuve despierto en la habitación hasta la una. Me recosté vestido, sosteniendo el pañuelo de María, empapado en lágrimas y recuerdos. Todavía lloro al recordar aquellos días, cuyo dolor debería servir para escribir, ahora que lo intento. Si fuera posible a mi mente sorprender mi corazón en todo su doloroso secreto, para revelarlo. No nos es posible deleitarnos con un pesar de un amor.

Un estremecimiento nervioso me despertó del sobresaltado sueño en el que me había hundido, dejé que mi mirada recorriera cada pulgada de la habitación desmantelada y en medio del desorden previo a la partida. Procuré conciliar el sueño interrumpido para recordarla tan bella, tan pensativa, tan callada, en su mirada y su sonrisa. Un sollozo volvió a estremecerme.

No eran las cinco todavía cuando supe que sería imposible ocultar las huellas del insomnio, vi brillar luz en las rendijas del aposento de María, y luego oí la voz de Juan que la llamaba. La primera luz desgarró la neblina que se extendía flotante hasta las llanuras lejanas, al filo de los montes occidentales, limpios y azules, donde refulgían débilmente Yumbo y Vijes.

Juan Ángel me trajo café, ensilló mi caballo negro, y lo dejó atado en el naranjo. Se presentó trayendo las polainas y los espelines. Mientras me los calzaba lloró a mis pies.

—No llores, cuando regrese ya serás un hombre, y no te volverás a separar de mí.

Las espuelas resonaron nítidas en el salón. Empujé la puerta del costurero, mi madre vino a mí y nos entrelazamos en un

largo abrazo. Sabía que las demostraciones de dolor hacían flaquear mi ánimo.

Emma fue la última. Me señaló el oratorio: en el altar, María, vestida de blanco, dio un grito al verme. Ocultó el rostro, alzó la mano para que se la tomase, así que arrodillado la cubrí de caricias. Al ponerme en pie, se levantó de súbito para asirse a mi cuello. Mi corazón había preservado para aquel instante todas mis lágrimas. Mis labios descansaron sobre su frente. María sacudió la cabeza, escondió en mi pecho su rostro y extendió uno de los brazos para señalarme el altar. Emma, que acababa de entrar, la recibió en su regazo y con un gesto me indicó que me alejara.

LII

Llevaba dos semanas en Londres cuando recibí el paquete de cartas de familia, venía lacrado con el sello de mi padre. Había una carta de María. Antes de desdoblarla, busqué su perfume, en sus pliegues sobrevivía un fragmento de cáliz de azucena. Mis ojos quisieron inútilmente leer las primeras líneas. Abrí el balcón, el aire no me era suficiente. ¡Rosales del huerto! ¡Montañas americanas, montañas mías! ¡Noches azules!

La ciudad rumorosa y embozada en su viejo ropaje de humo, todavía dormía protegida por los cortinajes plomizos de un cielo invernal. Una ráfaga del cierzo azotó mi rostro. La carta decía:

“Mientras están de sobremesa en el comedor, después de la cena, me he venido a tu cuarto para escribirte. Aquí es donde puedo llorar sin que nadie venga a consolarme; aquí donde me figuro que puedo verte y hablar contigo. Todo está como lo dejaste, porque mamá y yo hemos querido que esté así: las últimas flores que puse en tu mesa han ido cayendo marchitas ya al fondo del florero: ya no se ve una sola; los asientos en los mismos sitios; los libros como estaban y abierto sobre la mesa el último en que leíste; tu traje de caza, donde lo colgaste al volver de la montaña la última vez; el almanaque del estante mostrando siempre ese 30 de enero ¡ay, tan temido, tan espantoso y ya pasado! Ahora mismo las ramas florecidas de los rosales de tu ventana entran como a buscarte y tiemblan cuando las rozo y les digo que volverás. ¿Dónde estarás? ¿Qué harás en este momento? De nada me sirve haberte exigido tantas veces que me mostraras en el mapa cómo ibas a hacer el viaje, porque no puedo figurarme nada. Me da miedo pensar en ese mar que todos admiran, y para mi tormento te veo siempre en medio de él. Pero después de tu llegada a Londres vas a contármelo todo: me dirás cómo es el paisaje que rodea la casa en que vives; me describirás minuciosamente

tu habitación, sus muebles, sus adornos; me dirás qué haces todos los días, cómo pasas las noches, a qué horas estudias, en cuáles descansas, cómo son tus paseos, y en qué ratos piensas más en tu María. Vuélveme a decir qué horas de aquí corresponden a las de allá, pues se me ha olvidado. José y su familia han venido tres veces desde que te fuiste. Tránsito y Lucía no te nombran sin que se les llenen los ojos de lágrimas; y son tan dulces y cariñosas conmigo, tan finas si me hablan de ti, que apenas es creíble. Ellas me han preguntado si allá llegan las cartas que se te escriban, y alegres al saber que sí, me han encargado te diga en su nombre mil cosas. Ni Mayo te olvida. Al día siguiente de tu marcha recorría desesperado la casa y el huerto buscándote. Se fue a la montaña; y a la oración, cuando volvió, se puso a aullar sentado en el cerrito de la subida. Lo vi después acostado a la puerta de tu cuarto: se la abrí, y entró lleno de gusto; pero como no te encontré después de haber husmeado por todas partes, se me acercó otra vez triste, y parecía preguntarme por ti con unos ojos a los que sólo les faltaba llorar; y al nombrarte yo, levantó la cabeza como si fuera a verte entrar. ¡Pobre! Se figura que te escondes de él como lo hacías algunas veces para impacientarlo, y entra a todos los cuartos andando paso a paso y sin hacer el menor ruido, esperando sorprenderte. Anoche no concluí esta carta porque mamá y Emma vinieron a buscarme; ellas creen que me hace daño estar en tu cuarto, pero si me impidieran entrar aquí no sé qué haría. Juan se despertó esta mañana preguntándome si habías vuelto, porque dormida me oye nombrarte. Nuestra mata de azucenas ha dado la primera, y dentro de esta carta va un pedacito. ¿No es verdad que estás seguro de que nunca dejará de florecer? Así necesito creer, así creo que la de rosas dará las más lindas del jardín”.

LIII

Durante aquel año llegaron mensualmente dos cartas de María. Las últimas venían saturadas de una melancolía tan profunda que me asustaron. En vano traté de animarla, diciéndole que la tristeza terminaría destruyendo su salud. “Yo sé que no puede faltar mucho para que te vea —había contestado—, solo desde ese día podré no estar triste... nadie podrá volver a separarnos”.

Durante los últimos días de junio se me presentó el señor A, que acababa de llegar de París, y a quien no había visto desde el invierno.

—Le traigo cartas de su casa —dijo después del abrazo.

—¿De tres correos?

—De uno solo. Pero es necesario que hablemos —advirtió.

Noté algo siniestro en su semblante.

—He venido para ayudarle a regresar a América.

—¡Al Cauca!

—Sí —me respondió—, aunque no sé si adivina la causa.

—¡Mi madre! —exclamé desconcertado.

—No, ella está bien.

—¿Quién, pues? —grité.

—Nadie ha muerto.

—¡María! ¡María!

—Entenderá la razón de mi visita. Lo que me dicen es que vivirá si usted llega a tiempo.

Una de las cartas que me trajo, decía:

“Vente —me decía— ven pronto, o me moriré sin decirte adiós. Al fin me consienten que te confiese la verdad: hace un año que me mata hora por hora esta enfermedad que la dicha curó por unos días. Si no hubieran interrumpido esa felicidad, yo habría vivido para ti. Si vienes... sí, vendrás, porque yo tendré fuerzas para resistir hasta que te vea; si vienes hallarás solamente una sombra de tu María; pero esa sombra necesita abrazarte antes de desaparecer. Si no te espero, si una fuerza más poderosa que mi voluntad me arrastra sin que tú me animes, sin que cierres mis ojos, a Emma le dejaré, para que te lo guarde, todo lo que yo sé te será amable: las trenzas de mis cabellos, el guardapelo en donde están los tuyos y los de mi madre, la sortija que pusiste en mi mano en vísperas de irte, y todas tus cartas. Pero, ¿a qué afligirte diciéndote todo esto? Si vienes, yo me alentaré; si vuelvo a oír tu voz, si tus ojos me dicen un solo instante lo que solo ellos saben decirme, yo viviré y volveré a ser como antes era. Yo no quiero morirme; yo no puedo morirme y dejarte solo para siempre”.

La carta de mi padre decía que a los médicos todavía les quedaba una esperanza de salvar a María. Pero ante el riesgo, mi padre no vaciló en ordenarme que regresara de inmediato, y se disculpaba por no haberlo previsto.

Dos horas después salí de Londres.

LIV

Llegué en el barco *Emilia López* a Buenaventura, un veinticinco de julio. Reclinado en cubierta contemplé mis montañas azules. Diecisiete meses antes, mientras descendía por entre las tumultuosas aguas del Dagua, mi corazón se había despedido de ellas. Tenía en mis manos la última carta de María que había recibido en Panamá, y que releía mientras veía agonizar el atardecer.

“La noticia de tu regreso ha bastado a volverme las fuerzas. Ya puedo contar los días, porque cada uno que pasa acerca más la hora de volver a verte. Hoy ha estado muy hermosa la mañana, tan hermosa como esas que no has olvidado. Hice que Emma me llevara al huerto; estuve en los sitios que me son más queridos en él; y me sentí casi buena bajo esos árboles, rodeada de todas esas flores, viendo correr el arroyo, sentada en el banco de piedra de la orilla. Si esto me sucede ahora, ¿cómo no he de mejorar me cuando vuelva a recorrerlo acompañada por ti? Acabo de poner azucenas y rosas de las nuestras al cuadro de la Virgen, y me ha parecido que ella me miraba más dulcemente que de costumbre y que iba a sonreír. Pero quieren que vayamos a la ciudad, porque dicen que allá podrán asistirme mejor los médicos: yo no necesito otro remedio que verte a mi lado para siempre. Yo quiero esperarte aquí: no quiero abandonar todo esto que amabas, porque se me figura que a mí me lo dejaste recomendado y que me amarías menos en otra parte. Suplicaré para que papá demore nuestro viaje, y mientras tanto llegarás, adiós”.

Los últimos renglones eran casi ilegibles.

Nos recibió un bote de la aduana.

—¡Lorenzo! —grité al reconocer a un amigo querido que venía con el administrador y el jefe del resguardo.

—¡Ya voy! —gritó desde abajo.

Subió precipitadamente la escala y nos abrazamos.

—No vas a llorar —me dijo discretamente—, los marineros nos acribillarían.

Me confesó que María estaba mejor cuando él salió de casa. Hacía dos semanas que me esperaba en Buenaventura. Lorenzo no era un esclavo, hacía las veces de acompañante de mi padre en sus viajes. Era muy querido por toda la familia y gozaba de los fueros de mayordomo y de las consideraciones de un amigo de la casa.

Verificada la ceremonia del administrador al buque, pusieron mi equipaje en el bote. Cuando nos acercábamos al muelle, la noche se vino encima, olas negras, tersas y silenciosas danzaban alrededor de la embarcación y un enjambre de luciérnagas revoloteaba en las orillas.

Una vez estuvimos en tierra, el administrador me condujo a su casa y me instaló en una habitación. Después de colgar la hamaca salió, diciendo antes:

—Voy a ordenar el despacho de tu equipaje.

El administrador era un buen hombre, rollizo y rubicundo, tenía una familia establecida en el Cauca, a la que no se había resuelto traer al puerto, aunque los porteños le parecían alegres, comunicativos y despreocupados.

Regresó un cuarto de hora después a buscarme, venía de pantalones y chaqueta blanca, y de chaleco y corbata.

—Descansa un par de días antes de seguir tu viaje —dijo llevando dos copas de brandy.

—No puedo.

—Tómate el brandy Efraín, es un excelente Martell, o ¿prefieres otra cosa?

—Yo creí que Lorenzo tenía preparado todo para partir mañana.

—Ya veremos. ¿Prefieres ginebra o ajeno?

—Lo que usted guste.

—Salud, pues —dijo convidándome.

Y después de vaciar la copa:

—¿No es superior? —preguntó— Supongo que habrás saboreado el más añejo en Inglaterra.

—Dime ¿podré madrugar?

—Sí, claro que sí, todo es broma mía —respondió desde la hamaca—. ¿Abrasa, eh? Es el mejor médico que tenemos por aquí.

—¿Una broma?

—Tu padre me pidió que tuviera todo listo para cuando llegaras. Ya va para quince días que Lorenzo arrimó, hace ocho que están listos los bogas y la canoa.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

—Sería egoísmo retenerte.

—¿Qué sabe usted?

—No mucho más de lo que sabrás por la carta que te hice llegar a Panamá. ¿No te dicen que está mejor?

—Eso dicen.

—¿Y Lorenzo?

—Dice lo mismo.

—¡Marcos, la comida! —gritó de repente para que lo oyeran en la cocina— vamos, hace hambre. Si te hubieras tomado el brandy tendrías apetito.

Al momento de ingresar al comedor le pidió al paje que si venían a buscarnos, dijera que no estábamos en casa. Lorenzo nos acompañó a cenar.

—Si no fueras moreno juraría que das los buenos días en castellano. Se me hace estar viendo a tu padre a los veinte, aunque tú eres más alto. Sin esa seriedad heredada de tu madre, creería estar con el judío, la primera noche que desembarcó en Quibdó. ¿No te parece Lorenzo?

—Idéntico —respondió.

—Si hubieras visto —continuó mi huésped dirigiéndose a él— el afán de nuestro inglesito cuando le dije que se quedara dos días más conmigo. Temí que me regañara. Vamos a ver cómo le parece este tinto, y si logramos que lo haga sonreír.

La jovialidad del administrador no flaqueó durante las dos horas de la cena. A las nueve pude escapar. Prometí estar en pie a las cuatro.

—Espero que no te quejes de las ratas. Desde tu última visita les he hecho la guerra a muerte.

LV

A las cuatro llamaron a mi puerta. Desayunamos con brandy y café, mientras los bogas sacaban el equipaje.

—¿Y ahora hasta cuándo? —dijo el administrador.

—Quizá vuelva pronto.

—¿Regresas a Europa?

—Tal vez.

Al alejarse la canoa, gritó:

—¡Buen viaje!

Y dirigiéndose a los dos bogas:

—¡Laureán, Cortico! Cuídenmelo, como cosa mía.

—Sí, mi amo —contestaron a dúo los dos negros.

Dos cuadras más allá todavía distinguía al administrador, inmóvil en el mismo sitio donde nos habíamos abrazado. Permanecí de pie bajo un rústico camarote techado con matambas, bejucos y hojas de rabihorcado. Lorenzo iba sentado a mis pies con la cabeza apoyada sobre las rodillas. Apenas se oía el canto monótono y ronco de los bamburés en los manglares.

—Toma un trago Cortico, y entona esa canción triste —dije.

—¡Jesú! mi amo, ¿le parece triste?

Lorenzo bebió de su chamberga pastusa aguardiente anisado en el mate que el boga le pasó, y dijo:

—El sereno me ha dado carraspera Laureán —y dirigiéndose a su compañero—, el blanco despeja el pecho, para que cantemos un alegrito.

—¡A probarlo!

Laureán saboreó el aguardiente.

—¿Qué es eso del baile a oscuras? —le pregunté.

La respuesta vino con el primer verso del siguiente bunde, Cortico respondió con el segundo.

*Se no junde ya la luna;
Remá, remá.
¿Qué hará mi negra tan sola?
Llorá, llorá.
Me coge tu noche oscura,
San Juan, San Juan.
Oscura como mi negra,
Ni má, ni má.
La lú de su s'oyo mío
Der má, der má.
Lo relámpago parecen,
Bogá, bogá.*

—No más bunde —dije a los negros aprovechando la última pausa.

—¿Le parece a su mercé mal cantao? —preguntó Cortico, que era el más comunicativo.

—No, hombre, muy triste.

—¿La *juga*?

—Lo que sea.

—¡Alabao! Si cuando me cantan bien una *juga* y la baila con este negro Mariugenia... créame su mercé lo que le digo: hasta los ángeles del cielo zapatean con gana de *bailá*.

—Abra el ojo y cierre el pico, compae —dijo Laureán.

—¿Acaso soy sordo?

—Bueno, pué.

—Vamo a velo, señó.

La embarcación luchaba contra la corriente. Cortico dio un golpe en el borde de la canoa para ordenar el viraje. Poco o poco fueron haciéndose densas las nieblas. Del lado del mar nos llegaban truenos lejanos. Los bogas no volvieron a hablar. Sentimos que un rumor semejante al de un huracán nos perseguía. Gotas gordas de lluvia comenzaron a empaparnos. Lorenzo quiso encender la luz, pero cuando Cortico le vio frotar el fósforo advirtió.

—No prenda vela patrón, me deslumbro y se embarca la culebra.

La lluvia azotaba la techumbre. La oscuridad y el silencio, no obstante, me resultaban gratos, tras la fingida amabilidad que había tenido que improvisar durante todo el viaje. Los más dulces recuerdos y los más tristes pensamientos volvieron a disputarse mi corazón. Solo faltaban cinco días para volverla a tener entre mis brazos y devolverle la vida que mi ausencia le había robado. El amor ante el cual la ciencia se considera impotente, debe poderlo todo. Recordé un fragmento de sus últimas cartas: “La noticia de tu regreso ha bastado a volverme las fuerzas... Yo no puedo morirme y dejarte solo para siempre”.

La brisa del Zabaletas rizaba el agua del río. Los bogas detuvieron la canoa en una playa de la ribera izquierda.

—¿Qué pasa? —pregunté a Lorenzo.

—Estamos en el Arenal.

—¡Alto! —gritó un hombre que debería estar al acecho.

Los bogas soltaron una carcajada y Cortico dijo:

—¡San Pablo bendito! Casi nos pica este cristiano. Cabo Ansermo, a *busté* lo va a matá un reumatismo metido entre el barrial. ¿Quién le contó que yo subía?

—Bellaco, ¡las brujas! —le respondió el guarda— ¿A ver qué llevas?

—Buque de gente.

Lorenzo encendió la luz, el cabo entró al rancho, dándole al negro contrabandista una amistosa palmada. Me saludó con respeto, examinó la guía. El primer grito de Cortico, al llegar a la playa, alarmó a dos guardias más, con cara de mal dormidos. Había cesado la lluvia y empezaba a amanecer. Después de las despedidas continuamos el viaje.

Las riberas se fueron haciendo grandes; las palmeras frecuentes; por trechos el pambil manchado de púrpura; la milpesos frondosa; el chontadura y la guatle; la naidí de flexible tallo e inquieto plumaje. Todas con penachos de oro. Pero aún faltaba ver el naguare y el piáunde, como reyes de la selva, empinando sus copas.

Y la navegación fue haciéndose cada vez más penosa. Eran las diez cuando llegamos a Callelarga. En la ribera izquierda había una choza levantada sobre gruesos estantillos de guayacán, madera petrificada que defiende a los habitantes ribereños de las inundaciones y las víboras, terror de los viajeros.

Mientras Lorenzo, guiado por los bogas, iba a disponer nuestro almuerzo en la casita, permanecí en la canoa preparándome para un baño. Pero los mosquitos me atormentaron a tal punto que renuncié a la idea. A los negros, su color y la piel, los protegen de los bichos. Lorenzo me trajo el almuerzo a la canoa. Cortico se las daba de buen cocinero, me prometió que al día siguiente haría un sancocho de pescado.

Llegamos de tarde a San Cipriano. El sol confirmaba el verano. Cuando las riberas lo permitían, Lorenzo y yo nos desentumábamos *playeando* por las orillas, evitando tropezar con alguna serpiente negra, rollizas y de collar blanco.

Laureán y Cortico serían curanderos, no hay boga que no lo sea y que no lleve los contras para la picadura de serpiente, el guaco, los bejucos atajasangre, la siempreviva y la zaragoza, zumos que cargan terciados al cuello en colmillos de tigre y de caimán.

Llegamos a San Cipriano en la confluencia del río que da nombre al sitio, y el Dagua.

—¡Doña Rufina! ¡Aquí voy yo! —gritó fuerte Cortico cuando vio la casa— ¿Dónde está la viejota?

—Tardes, Cortico —respondió una negra joven, asomándose al corredor.

—Me tiene que da posada, porque traigo cosa buena.

—Sí señó, suba pues.

—¿Y mi compañero?

—En la Junta.

—¿Y tío Bibiano?

—Así no más...

Laureán dio las buenas tardes. Luego sacaron los equipajes de la canoa, mientras me fijé en algo que había atraído la atención de Cortico, la tal viejota, una culebra tan gruesa como un brazo fornido; de tres varas de largo; dorso áspero; color de hoja seca y salpicada de manchas negras; la barriga parecía de marfil ensamblado, tenía una cabeza enorme y una boca tan grande como la cabeza misma; la nariz arremangada y los colmillos

como uñas de gato. Estaba tranquilamente colgada del cuello en un poste del embarcadero, y las aguas jugaban con su cola.

—¡San Pablo! —exclamó Lorenzo— ¡Qué animalote!

Rufina nos contó que había unas mucho más grandes, que se encontraban en las orillas, en el chípero, un árbol frondoso a pocas varas de la casa. Tras morder a su víctima, la aprisiona con una fuerza sobrenatural, repite el ataque varias veces hasta el final, entonces se enrolla, envuelve el cadáver y se echa a dormir por horas sobre él. Algunos cazadores y bogas se han salvado de la muerte agarrándole la garganta con ambas manos hasta ahogarla, o arrojándole una ruana sobre la cabeza.

Subimos la escalera formada por un solo tronco de guayacán con muescas, y nos dirigimos al rancho, hecho de tablas picadas de pambil, negras y brillantes. Rufina tenía un atractivo garbo natural, vestía falda de percal azul, camisa blanca, candongas de higas azules y gargantilla. Además, el encanto de su voz, cuya gracia consistía en elevar el tono en la sílaba acentuada de la palabra final de cada frase. Su talle flexible y su esquiva sonrisa me recordaron a Remigia la noche de bodas. Bibiano, su padre, un boga de algo más de cincuenta años, inhabilitado por el reumatismo, salió a recibirnos, sombrero en mano y apoyándose en un grueso bastón de chonta, vestía calzones de bayeta amarilla y camisa de listado azul.

La casa era un corredor, una sala –paredes de palma– seguida de una sola alcoba pegada a la cocina, cuya hornilla era un cajón de tablas de palma relleno con tierra. De una viga colgaban atarrayas y varas de pescar. De un garabato pendían un tamboril y una carrasca, y en el rincón, el carángano, un instrumento de guadua percutida propio de la región.

Pronto estuvo mi hamaca colgada. Los montes estaban iluminados por la última luz amarilla de la tarde. Bibiano se sentó cerca de mí. Tejía trenzas para adornar los sombreros, fumaba en su pipa mientras me hablaba de los viajes que había hecho de joven, de su difunta esposa, de la manera de hacer la pesca en corrales y de sus achaques. Había sido esclavo hasta los treinta, en las minas del Iró, compró su libertad y la de su mujer y se fueron a vivir a orillas del Dagua. Los bogas charlaban con Rufina, que preparaba el sancocho de trucha. Lorenzo descansaba silencioso en un rincón.

Se oyeron gritos en el río, Lorenzo bajó a mirar. Era el correo. Casi de repente la noche se vino encima con un aire de pompa americana. Lorenzo encendió velas y preparó la mesa con el menaje de nuestra alforja.

A las ocho, todos estábamos acomodados para dormir. Lorenzo colgó su hamaca junto a mí.

—Taita —dijo Rufina desde su alcoba a Bibiano, que dormía con nosotros en la sala—, escuche la verrugosa...

Todos escuchamos algo como el cocleo de una gallina gigante.

—Avísele a Laureán para que mañana pasen con mañita.

—¿Oíste? —preguntó Bibiano.

—Sí señor —respondió Laureán.

Según comprendí más tarde, Rufina era la novia de Laureán.

—¿Qué es esto tan grande que vuela encima? —le pregunté a Bibiano.

El murciélago, amito —contestó—, pero estese tranquilo, aquí adentro no pasa nada...

LVI

Lorenzo me llamó a las tres. Tras encomendarnos a la Virgen, nos despedimos de Bibiano y de su hija, y nos embarcamos.

—Aquí canta la verrugosa —le dijo Laureán a Cortico apenas iniciamos la navegación.

El almuerzo fue una copia del almuerzo del día anterior, pero “tapao”: Se hace un hoyo en la playa, se lo forra con hojas de bijao, se echan ahí el plátano, la carne, las yerbas y los aliños, se tapa todo con un plato de barro cocido y encima se prende el fogón.

La navegación se fue haciendo cada vez más ardua. A las dos nos detuvimos. Luareán se internó en el bosque y regresó poco después trayendo unas hojas que restregó en un mate lleno de agua, hasta que el líquido se tiñó de verde, luego se lo tomó (el zumo de esa hoja es el único antídoto contra las terribles fiebres de la costa).

A cada paso se arrojaban al agua Cortico y Laureán, el primero cabestreaba la canoa, mientras el segundo la impulsaba por la popa. Al cambiar de orilla la impulsaron, subiendo los dos de un solo salto, impidiendo así que nos arrebatara el raudal enfurecido. Después de cada lance, entre todos achicábamos el agua de la canoa.

Pernoctamos al fin del día en el Saltico, un desapacible caserío donde usualmente termina el viaje de los bogas que vienen del Puerto. Mis bogas arrastraron a tierra la canoa y la dejaron en la playa donde deberíamos embarcarnos al día siguiente.

Del Saltico al Salto, los peligros del viaje no tienen nombre. Los bosques fueron adquiriendo, a medida que nos alejábamos de la costa, la diversidad de tintas y tonos que hacen de ella un

conjunto indescriptible. Escuchamos el canto del paují; de las panchanas sobrevolando las montañas. El martín pescador, única ave acuática de las riberas, rozaba los remansos con sus alas, o se hundía en ellos para sacar un pececillo plateado. Encontramos muchas canoas bajando. Los bogas se balanceaban, el de la popa sentado a veces, pendiente de los chorros de revueltas veloces en medio de agitadas espumas.

El Delfina, límpido riachuelo que brota del corazón de las montañas, mezcla tímidamente sus corrientes con las del Dagua. Allí tuvimos que hacer un alto para conseguir una palanca porque Laureán acababa de romper su último repuesto. Hacía una hora que el aguacero se sostenía en su inclemente intensidad y las fragorosas cintas de espumas se entrecruzaban, formando raudales encontrados.

—La niña está celosa —dijo Cortico cuando arrimamos a la playa.

Creí que se refería a una música tristísima y ahogada que parecía venir de la choza vecina.

—¿Qué niña? —le pregunté.

—Pues Pepita, mi amo.

Caí en la cuenta de que se refería al río de tal nombre, que se une al Dagua abajo del pueblo de Juntas.

—¿Por qué está celosa?

—¿No ve sumercé lo que baja?

—No.

—La creciente.

—¿Y por qué no es el Dagua el celoso? Ella es más linda que él.

Cortico se rio antes de responderme.

—El Dagua tiene mal genio.

Desembarqué y caminé hasta el rancho mientras los bogas hacían sus cálculos. El instrumento que escuché era una marimba de chonta, puesta sobre tarros de guadua alineados de mayor a menor, percutida con bolillos pequeños forrados en cuero.

Una vez conseguida la palanca de biguare, o cueronegro, continuamos subiendo con mejor tiempo y sin padecer los celos de Pepita. Los bogas estimulados por Lorenzo se esforzaron todo lo que pudieron, a fin de que pudiéramos llegar de día a Juntas. Pasamos por la campiñita de Sombrerillo. Eran las cuatro de la tarde cuando pasamos al pie de los peñascos de Medialuna. Después avanzamos con dificultad a través del Credo. Y por fin, sin que lo pudiera creer, nos encontramos en la playa de Juntas.

D, un antiguo dependiente de mi padre, me esperaba, avisado por el correo que encontramos en San Cipriano. Me condujo a su casa, donde esperé a Lorenzo y a los bogas. Como tenían que madrugar se despidieron de mí deseándome buena salud, tras apurar un par de copas de cognac.

LVII

Insistí a D para que venciera cualquier inconveniente y me permitiera seguir el viaje la misma tarde, si era posible. Lorenzo se aseguró de que las bestias estuvieran en el pueblo y dijo que tendríamos noche de luna llena. Tanto a él como a mí, nos complacía no tener que pernoctar en Juntas.

Así que una vez hechos todos los arreglos por parte de D, nos despedimos de él y montamos en buen par de mulas. Un muchacho, en otra, llevaba un baúl con mi ropa y algo de comida, que nuestro huésped insistió en que aceptáramos.

Habíamos recorrido algo más de la subida a Puerta, cuando el sol comenzó a ocultarse. Vi desde lo alto la hondonada de la que habíamos salido y aspiré el aire fresco de la sierra. Al fondo Juntas, con sus techumbres pajizas y cenicientas, y el Dagua que baña el islote donde se levanta el caserío. A lo lejos, espejeaban con los últimos rayos de luz las playas de Sombrerillo. Por primera vez desde que abandoné Londres, me sentí absolutamente dueño de mi voluntad para acortar las distancias que me separaban de María. Solamente me faltaban dos jornadas para estar junto a ella.

Llegamos al Hormiguero guiados solo por la luz de luna. Lorenzo echó pie a tierra. Sentimos los perros ladrar.

—¿Le parece que durmamos aquí? Es buena gente y hay pasto fresco.

—No, sigamos —le contesté—, yo no tengo cansancio y las mulas tampoco.

—Justo viene con mis mulas para Juntas, según me dijo el muchacho que encontramos en la Puerta, acampa esta noche en

Santana. Donde lo encontremos tomamos chocolate y dormimos un ratico, si se puede. ¿Le parece?

—Es urgente llegar a Cali mañana en la tarde —el corazón me decía que cualquier retraso podía ser fatal.

—A este paso, a las siete entraremos a San Francisco.

Encendió un cigarro, bebió un trago largo y emprendimos la marcha, mal despedidos por los perros de la casita.

Llegamos a Hojas pasadas las diez. Lorenzo, fijándose en las mulas que ramoneaban, dijo:

—Ahí está Justo, por ahí deben andar el Tamborero y Frontino.

—¿Qué gente es esa? —pregunté.

—Amigotes míos.

Un viento frío se columpiaba entre los cañaverales de las faldas vecinas. Nos acercamos a donde las brasas amortiguadas de dos fogones, junto a una tolda, daban calor a los posados. Un perro negro que dormía enroscado, nos gruñó.

—¡Ave María! —saludó Lorenzo como se acostumbra cuando se llega a una posada— ¡Calla, Barbillas! —chitó al perro.

Un mulato alto y delgado salió de entre las barricadas de zurrones de tabaco que flanqueaban los costados de la tolda. Era el caporal Justo. Vestía camisa de coleta y calzoncillos bombachos, y tenía la cabeza cubierta con un pañuelo atado a la nuca.

—¡Ole Lorenzo? ¿Este no es el niño Efraín?

Nos saludamos.

—Desciendan —continuó el caporal—. Traerán cansadas las mulas.

—Las tuyas serán las cansadas —respondió Lorenzo—, vienen a paso de hormiga.

—Verá que no. ¿Pero qué andan haciendo a estas horas?

—Caminando mientras tú roncas. Déjate de conversar y manda a que aticen las brasas para hacer un buen chocolate.

Justo encendió un cabo de vela, lo puso en un plátano agujereado y tendió un cobijón en el suelo para que nos sentáramos.

—¿Y hasta dónde van? —preguntó mientras Lorenzo de su mochila sacaba las provisiones para acompañar el chocolate.

—A Santana —respondió—. ¿Cómo van las muletas? El hijo de la García me dijo al salir de Juntas que se te había cansado la rosilla.

—Es la única maulona, pero ahí viene.

Cuando el chocolate hirvió, los arrieros nos ofrecieron sus matecillos.

—¡Válgame! —dijo Justo mientras yo bebía— ¿Quién iba a conocer al niño Efraín?

A cambio del chocolate dejamos a los arrieros el brandy.

Serían las once cuando partimos. La luna bañaba las lomas de los Chancos y Bitaco.

LVIII

Al día siguiente a las cuatro de la tarde llegamos al alto de las Cruces. Volví a ver mi valle del Cauca, tan bello, como desventurado yo. No saben cuántas veces había soñado con este momento. Mi corazón se aceleró frente a la vastedad de ese dominio que había marcado mi vida, palpitaba como solo puede palpar un corazón enamorado, ante el presentimiento de que María pronto iría a reclinar su cabeza en él. Fijé mis ojos en las colinas iluminadas al pie de la sierra, las tierras de mi padre.

Lorenzo, que se había adelantado, regresó trayendo un caballo blanco que había recibido en Tocotá para hacer en él las tres últimas leguas de la jornada.

—Mira —le dije mientras mi brazo extendido le señalaba el punto blanco de la sierra—, mañana a esta hora estaremos allá, en casa.

—¿Allá a qué? La familia está en Cali.

—¿Cómo? Tú no me lo habías dicho. ¿Por qué se han venido?

—Porque justo anoche la señorita se agravó.

Lo dijo sin mirarme. Monté temblando. Descendí literalmente enloquecido por el pedregoso sendero. La tarde se apagaba cuando doblé la última cuchilla. El más extraño de los vientos zumbó inexorable entre los peñascos. Bajo un cielo azul turquí descubrí la gigantesca mole del nevado del Huila, arropada entre glaciales brumas flotantes.

Entre sollozos irreprimibles, lágrimas que se comía el viento, arrancadas por el sentimiento contrariado, no supe cómo el caballo, al que le dejé la rienda libre, encontró el camino. Descendía a riesgo de que el tiempo no fuera tan generoso con el amor

de la más bella criatura del mundo, a la dueña de mi corazón, la que humillaba con su belleza a todas las flores, aquella cuya nobleza hacía parecer mezquino al corazón más bondadoso. Sentí que el dolor me rompía el pecho, sofocado por una lluvia de sollozos que me ahogaba.

La ciudad acababa de dormirse. Reuní el valor que me quedaba para llamar a la puerta de la casa. Un paje abrió. Boté las bridas y corrí zaguán adentro, el corredor estaba oscuro. Había avanzado en dirección al salón cuando alguien me atrapó en un abrazo.

—¡María! ¡Mi María! —exclamé estrechando contra mi corazón su cabeza.

—¡No, no, Dios mío! ¡No! —Era Emma. Vestía de negro y su rostro estaba completamente lavado por una marea de lágrimas.

Se abrió la puerta del aposento de mi madre y ella se me acercó tambaleándose, alcanzó a balbucir algo antes de que yo estallara en el más doloroso y desgarrado lamento.

—¿Dónde está, dónde está? —grité.

—En el cielo —dijo mi madre.

LIX

No pude darme cuenta de lo que había pasado. A alguna hora desperté rodeado de personas y objetos indistinguibles. La lámpara velada de luz opaca, el silencio cristalino y una indecisa sensación de estar vivo.

—María —dije.

Escuché un sollozo. Mi madre me miraba. Hizo casi en secreto una pregunta.

—¿Es verdad? —le respondí con otra pregunta.

Guardó silencio, reclinó su cabeza en la mía.

—¡Me engañaron!... ¿A qué he venido?

—¿Y yo? —interrumpió humedeciendo mi cuello.

Después se acercó mi padre, y me estrechó una mano.

Mi madre, Eloísa y Emma se turnaron aquella noche para velar mi lecho, luego de la visita del médico.

Emma sabía de sus últimos días... los últimos momentos, su última palabra.

Pero yo no tenía el valor para oír esa agonía, que también era la mía.

LX

Tres semanas habían corrido desde mi regreso, dos meses han pasado desde su muerte y aún no pronuncio una oración sobre su tumba. Estoy sin fuerzas, enfermo, desvaído, incapaz de poner un pie en la mansión de nuestro amor.

Emma se encargó de exprimir de mi corazón la amargura que me provocaron las confidencias de María para mí. El dique de las lágrimas se rompió en dos dolorosas y lentas horas.

La tarde en que María me escribió su última carta, Emma la halló sentada en el banco de piedra, fijos sus ojos en la corriente del agua.

—¿Por qué sola? —preguntó Emma abrazándola— Déjame acompañarte.

—Quise venir sola. Creí que tendría fuerzas.

Apoyada en el brazo de Emma, caminó hasta el rosal frente a mi ventana.

—Tal vez sean las últimas. Mira cuántos botones tiene —dijo María, y rozando con su mejilla una rosa, susurró—: ¡Adiós rosal!

Emma no pudo contener el llanto.

—Quedémonos todavía un poquito más —suplicó María—. Dile que nunca dejó de florecer.

Se detuvo junto al arroyo y apoyó la frente en el pecho de Emma.

—No quiero morirme sin volver a verlo...

Por la tarde estuvo en mi cuarto, permaneció en silencio, con los codos en la ventana y los bucles desordenados.

—Puede hacerte mal el viento de la noche —le advirtió Emma.

—Ya nada puede hacerme mal.

—¿No quieres que vayamos al oratorio?

—Ahora no, déjame aquí...

—Tendrás que hacerle caso al doctor, necesitas cuidarte, María.

—Emma, voy a morirme ¿lo comprendes? ¿Cuándo es que va a llegar Efraín?

Hizo un esfuerzo y continuó.

—Quiero dejarle algo. Lo pondrás en el cofrecito en que tengo sus cartas y las flores secas, este guardapelo donde están sus cabellos y los de mi madre, esta sortija. En mi delantal azul debes envolver mis trenzas... ya no podría ser su esposa... Dios, líbralo del dolor de verme así, líbralo del trance de verme morir. Estréchalo en tus brazos y dile que me espantó más su soledad que la muerte misma.

El cura respondió el llamado cerca del mediodía. Mi madre, mis hermanas, el doctor Mayn, Luisa, sus hijas y algunas esclavas se arrodillaron a presenciar la última ceremonia.

—Hija mía, Dios viene a visitarte: ¿quieres recibirlo? —dijo el cura.

Ella continuó muda e inmóvil. Mayn le tomó el pulso.

—Cuatro horas lo menos.

El sacerdote la bendijo y la ungió.

Una hora después de la ceremonia, Juan, que se había acercado al lecho, lloró inconsolable, mi madre lo sentó en el lecho cerca de ella.

—¿Está dormida? —preguntó.

Mi padre interrumpió la cruel escena. A las cinco Mayn se puso de pie, y sus ojos humedecidos dejaron comprender a mi padre que todo había terminado.

La luz de los cirios brillaba sobre su frente tersa, los labios parecían helados. Entre las manos y sobre el pecho, un crucifijo.

Braulio, José y cuatro peones más condujeron al pueblo el cadáver, cruzaron las mismas llanuras por donde una mañana feliz pasamos con María, el día del matrimonio de Tránsito. Mi padre y el cura seguían el cortejo.

Mi padre regresó al medio día y se entregó sin más al llanto.

En la tarde dejaron la hacienda de la sierra para ir a pernoctar en la del valle, de donde emprenderían viaje al otro día a la ciudad.

LXI

Dos meses después de la muerte de María, el diez de septiembre, escuché de labios de Emma el relato final de los hechos, los últimos días de María, una tarea que postergó todo lo que pudo. Me entregó la llave del armario donde estaban guardadas sus cosas en la casa de la sierra, sus vestidos y lo que le había dejado para mí.

El doce me despedí de mi padre, a quien había hecho creer que deseaba pasar la noche en la hacienda de Carlos, para de esa manera estar más temprano en Cali al día siguiente. Cuando lo abracé me entregó un paquete sellado.

—Contiene la última voluntad de Salomón y la dote de su hija. Si mi interés por ti me hizo alejarte de ella y precipitar su muerte... perdóname...

Su humildad me conmovió.

El mismo día después de haber vadeado el Amaime, esperé a Juan Ángel para pedirle que tomase el camino de la sierra. Ya se empezaba a oír el ruido de las corrientes del Zabaletas. De lejos divisé las luces del hogar, donde María debería estar. Vi la piedra que nos sirvió de asiento tantas veces en aquellas felices tardes de lectura. Entré al huerto de mis amores, las palomas y los tordos aleteaban, el viento arrastraba hojas secas sobre el empedrado de la gradería. Salté del caballo, miré en torno, pero debí sentarme en los escalones desde donde tantas veces sus ojos me dijeron adiós.

Ya casi entrada la noche, sentí los pasos de una anciana esclava que habiendo visto mi caballo suelto, salió a ver. Detrás de ella, caminaba trabajosamente Mayo. El perro me arrancó gemidos de dolor, se detuvo, me reconoció, lamió el polvo de mis

botas, se echó a mis pies y aulló. La esclava traía las llaves. Me informó que Braulio y Tránsito estaban en la montaña.

Entré al salón, no pude distinguir los objetos, caí en el sofá donde por vez primera le hablé de amor. Abrí la puerta del aposento de mi madre. Seguí hasta el oratorio. Iba a pedírsela a Dios... aunque sabía que ni siquiera él podía devolvérmela. Fui a buscarla donde mis brazos la estrecharon, un rayo insólito de luna atravesó la celosía y me dejó ver el paño fúnebre, los restos de los cirios...

Juan Ángel puso una bujía en una de las mesas de la habitación de mi madre. Le pedí que me dejase solo y me dirigí a la alcoba de María. Su perfume todavía estaba allí... velando las últimas prendas. El crucifijo sobre la mesa, rodeado de flores marchitas y algunas copas con las últimas pociones. Abrí el armario y sentí que una constelación íntima de aromas, de los días de nuestro amor, danzaron en la atmósfera umbría de la habitación. Palpé las telas, miré en el cajón que Emma me había indicado y lo primero que encontré fueron sus trenzas, que besé con infinito dolor.

Otra vez en el huerto sentí que alguien se ocultaba en los rosales, alguien que pronunció mi nombre. A Tránsito debió producirle espanto mi rostro, por unos momentos permaneció asombrada. La respuesta que di a la súplica para que abandonase el lugar, debió revelarle el absoluto desprecio que yo estaba sintiendo por la vida. La pobre muchacha solo pudo balbucir:

—¿Tampoco quiere ver a Braulio ni a mi hijo?

—No llores Tránsito, perdóname —supliqué—. ¿Dónde están?

Me condujo al corredor del jardín, donde su marido me esperaba. Braulio recibió mi abrazo, y una vez nos sentamos Tránsito puso en mis rodillas a su hijo, un niño de seis meses.

LXII

La media noche me halló en mi cuarto. Todo estaba como lo había dejado. Marchitas y carcomidas por los insectos permanecían en el florero las últimas azucenas que ella puso. Abrí el paquete de las cartas. Vi las líneas borradas por sus lágrimas, mis últimas palabras dirigidas a ella. Las releí, compaginando el dolor brutal y la memoria de un amor interrumpido por la muerte.

Con las trenzas en las manos me recosté en el sofá. El reloj marcó las dos, angustiada hora víspera de mi viaje, así que pese a todo y rendido por el dolor caí dormido sin darme cuenta, y soñé que María era mi esposa. Vestía un traje blanco vaporoso, llevaba delantal azul, del color de un jirón del cielo, entreabrió la puerta de mi cuarto, se acercó y arrodillada sobre la alfombra tocó mi frente con sus labios suaves como el terciopelo de los lirios del río. Me dejó aspirar por un momento su aliento tibio y fragante, pero esperé inútilmente que besara mis labios.

Un grito desesperado puso fin al sueño. La lámpara se había consumido, por la ventana penetraba el viento frío de la madrugada, mis manos estaban yertas y seguían aferradas a sus trenzas, única verdad de mi sueño.

LXIII

Al llegar la tarde, había visitado todos los sitios queridos. Juan Ángel y Braulio se habían adelantado. José, su mujer y sus hijas me rodearon, siguieron conmigo al oratorio, y todos de rodillas oramos por quien tanto habíamos amado.

Tránsito y Lucía recibieron mi adiós, sollozaron, Luisa desapareció. Me faltaron palabras para despedirme de José y su gente.

Monté, les dije adiós y marché. En el camino me alcanzó Mayo, que me había seguido. Fatigado, se detuvo al otro lado de la acequia que nos separaba, dos veces intentó vadearla, y dos veces tuvo que retroceder. Se sentó sobre sus patas traseras y aulló de una manera desgarradora, como reclamándome que lo abandonara en su vejez.

Hora y media después de cabalgar me detuve frente a una especie de huerto aislado en la llanura y cercado de palenque. Braulio empujó una hoja de la puerta, atravesé las malezas. El sol amarilleaba sobre los zarzales y los follajes que daban sombra a las tumbas. Al pasar frente a un grupo de corpulentos tamarindos quedé frente a un pedestal blanco manchado por las lluvias y coronado por una cruz de hierro. En una plancha negra que las adormideras ocultaban, se leía: María.

Sostuve un monólogo terrible con la muerte, a la que interrogué y maldije. Braulio se acercó para entregarme una corona de rosas y azucenas, que habían enviado las hijas de José. Respetó mi silencio y pasados unos instantes me indicó que era hora de partir. Colgué la corona de la cruz y me abracé a su pie.

Ya había montado cuando sentimos el revuelo de un ave que pasó rápida sobre nuestras cabezas, emitió un graznido horripilante y fue a posarse sobre la cruz, donde aleteó y repitió el infausto sonido.

Bordeando el sacrilegio, la Alcaldía de Cali y su Secretaría de Cultura y Turismo presentan la adaptación de *María*. Con el ánimo de acercar la obra a los lectores más jóvenes, se agilizó la narración y se eliminaron algunos vocablos que el tiempo ha oscurecido, respetando siempre el estilo de Isaacs.



ALCALDÍA DE
SANTIAGO DE CALI
SECRETARÍA DE CULTURA
Y TURISMO

Construyendo hoy
la Cali del mañana

ALCALDÍA DE CALI